

PH



Ateneoa

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

008(83)(05)

SUMARIO

- Eugenio González R. *Recuerdo de Montalvo.*
 Domingo Amunátegui Solar. *Un apóstol de carne y hueso.*
 Alfredo Gandarillas D. *Poemas.*
 Januario Espinosa. *Apuntes de semántica.*
 René Brickles Velasco. *La esfinge.*
 Dr. K. O. Henckel. *Los trabajos de Goethe sobre morfología animal y las investigaciones modernas.*
 Dr. Jean Maurienne. *La algofilia entre los escritores.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Manuel Rojas. *La tragedia de Alberto Edwards.*
 Eugenio Labarca. *Briand, a grandes y pequeños rasgos.*
 Elie Faure. *Agonía de la pintura.*
 Alfred Coester. *Rubén Darío; casticismo y americanismo.*

NOTAS Y DOCUMENTOS.—LOS LIBROS.—
GLOSARIO.—INDICE.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

008 (83) (05)

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (111)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 • Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIV RA INDART 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

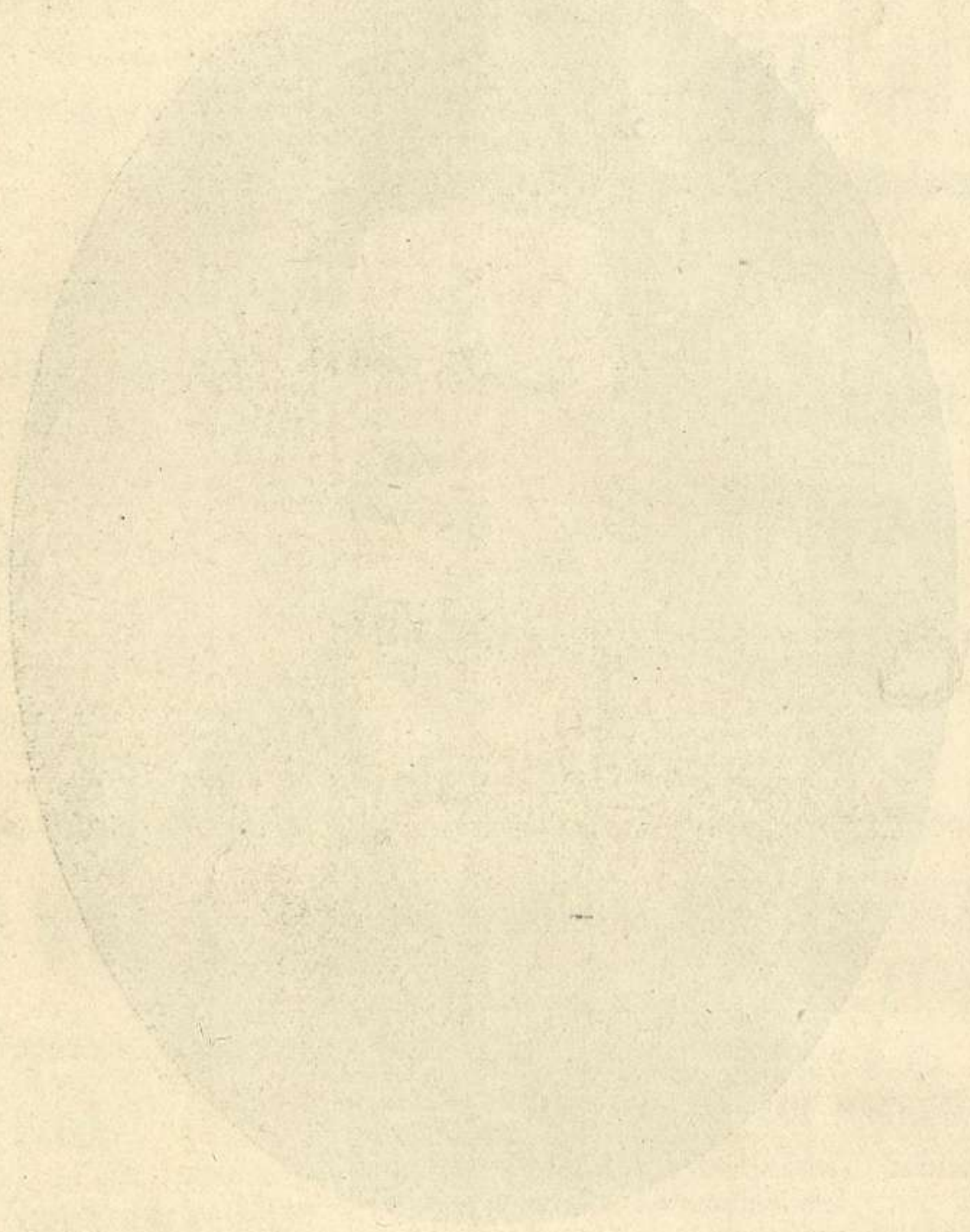
Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.



JUAN MONTALVO.

1832 - 1932

Con su silencio ya proverbial para las grandes figuras intelectuales, América celebró el 13 de Abril último el primer centenario del nacimiento de Juan Montalvo. Se ha dicho de él «que supo amar y odiar de igual manera en su beligerancia sin tregua: un tigre para los perversos y para los buenos, un corazón de madre». Fue maestro de la libertad, contra los tiranos. Maestro, contra los fanáticos e hipócritas. Pero al propio tiempo un artista de la palabra. Vivió en soledad permanente porque en América sólo logran pleitesía los que rinden su dignidad a los pies de los tiranos y los que se inclinan con adulos y lisonjas ante los poderosos.



Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Abril de 1932

Núm. 86

Eugenio González R.

RECUERDO DE MONTALVO (1).

SOLO penetrado de respetuosa emoción puede un americano de hoy considerar la personalidad de un hombre como Juan Montalvo en quien se dieron, con tal cabal plenitud, las más firmes excelencias del espíritu y del carácter, y en quien asumió relieves representativos, a veces heroicos, el drama de la inteligencia en conflicto con los hechos. Porque Montalvo es, entre nosotros, como lo dijera Rodó, el que mejor puede encarnar en una galería emersoniana el tipo del Intelectual, la calidad del Escritor. Como tal, encierra en la trayectoria de su vida la oposición, frecuente en América, entre las aspiraciones de una conciencia superiormente depurada por la cultura y las ásperas realidades de la tierra.

De todos los escritores americanos, ninguno reúne mayor suma de grandes aptitudes, mayor acopio de lecturas y reflexiones, mayor primor en el cultivo del pensamiento y del estilo. Su obra alcanza la reciedumbre imperecedera de lo clásico, una pureza formal intachable que continúa las más legítimas tradiciones

(1) Discurso pronunciado en el homenaje tributado a Juan Montalvo, con motivo del centenario de su nacimiento, en el Internado Nacional Barros Arana.

del idioma, sin que por eso deje de contener la palpación vital que define al verdadero talento creador. Nutrido en los grandes maestros, logró la sobriedad ejemplar, la expresiva fuerza, la rotundidad elocuente, y a ello aunó, en admirable armonía, la densidad ideológica, la ágil dialéctica, el fervor humano.

Tuvo adentrada en el alma, como imperativo del destino, la vocación del escritor; y el amor de las ideas, inagotable en él y siempre fresco, unido al genio natural de la palabra, robustecido por el estudio atento de los modelos ejemplares, hizo de Montalvo un ensayista no superado y un polemista insigne. Su prosa política, junto a la eficacia destructora del sarcasmo ocasional, exhibe rasgos de valor permanente. Tema que toca su pluma se dignifica. Siempre, aun en los arrebatos de la pasión política, el artista vela, imprimiendo un sello de noble calidad literaria a la diatriba y al apóstrofe. Ahí están sus «Catilinarias» para demostrarlo.

Pero, sin duda, donde su talento excepcional, su variada erudición y su aptitud expresiva alcanzan el máximo florecimiento es en los «Siete Tratados» y en aquellos «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes», ensayo de imitación de un libro inimitable, como él lo subtitula. Pocas veces en la literatura española y nunca en la americana encontraremos, como en estas obras, un señorío más indiscutible de los complejos recursos del idioma, una ilustración clásica de más fina ley. No obstante, el cultivo de la forma perfecta, la delectación en el uso de palabras y giros desusados, no priva en ningún momento a Montalvo de sus inquietudes de combatiente, de sus vigilantes e implacables pasiones de hombre. Todo ello da a su literatura una peculiar fuerza atractiva: vuelca en el molde antiguo, reconstruido por la disciplina del intelectual, el espíritu contemporáneo, ennoblecido por el brío del ciudadano.

Porque más representativa aun que su calidad de escritor es su conciencia de ciudadano, y más hondo que el amor a la belleza, fué, tal vez, en su alma, el amor a la libertad. Como Sarmiento frente a Rozas, Montalvo encarna frente a García Moreno la rebelión de la inteligencia contra la fuerza, y en esta actitud que mantiene a través de años azarosos, con gallarda pertinacia, su figura se proyecta sobre el panorama americano como un ejemplo de heroísmo cívico. Ahora distanciados en el tiempo, sin mengua del respeto debido al varón ilustre, veamos esa actitud en consonancia con el medio y con la época.

Roto el orden patriarcal y católico de la Colonia, esfumados los sentimientos hereditarios de sumisión y jerarquía, desaparecidos en el atorbellinado sucederse de las revoluciones las viejas disciplinas tradicionales, irrumpen con inusitada violencia los instintos anárquicos de las masas, en la superficie de las sociedades continentales. Años de incertidumbre bélica, de bárbara pasión militante, de frenesí sin objetivo, son los que atraviesan nuestros pueblos una vez que los rígidos moldes autoritarios del dominio español se rompen a impulsos de una pujante vitalidad revolucionaria.

Sobre el revuelto oleaje político, destacan las aristocracias blancas de jurisconsultos y letrados que pretenden imponer las nuevas fórmulas republicanas al insurrecto mestizaje y a las hordas rurales. Vanos son los intentos candorosos de los ideólogos, adoctrinados en la Revolución Francesa y en el romanticismo liberal, para dar una estructura democrática al bullente conglomerado de fuerzas que se debaten por la supremacía. Las pasiones y los instintos, poderes anárquicos, refractarios a toda integración y desprovistos de sentido, se revuelven sin tregua en épica pugna. Sobre las ciudades cultas, guardadoras del espíritu colonial, de los hábitos corteses y pulcros, de la sensibili-

dad refinada, se desperraman las muchedumbres guerreras de los llanos y de las sierras, trayendo la dura voluntad informe de la naturaleza.

Y es que las aristocracias criollas, que continúan la gran tradición española, representan un ámbito cultural que no arraiga en la obscura potencia del medio. La lucha que se plantea es, en lo íntimo, y radical, el conflicto entre cultura y naturaleza, entre las formas de pensamiento y convivencia de las minorías europeizantes y el empuje autóctono de las masas que aun no se elevan a la comprensión de su propio y original destino. Desde un comienzo, la lucha política reviste terrible acritud: liberales y conservadores alternan en el goce del poder y el Estado, es, a menudo, botín de guerrilleros. Ninguna estabilidad jurídica ni continuidad gubernamental es posible porque falta el cimiento necesario; los sentimientos sociales de respeto, de solidaridad, de disciplina. Sólo la fuerza obtiene una precaria y siempre efímera apariencia de orden. Los instintos sublevados y sin cauce apenas se subordinan a la autoridad de la violencia.

Fácil es comprender el drama de la inteligencia en una atmósfera social de tan adversa índole. El intelectual vive en el mundo platónico de las ideas, la viviente verdad de los hechos raras veces influye en la orientación de su actividad pública. El intelectual llega a la política con un rico acervo de conceptos, de ideales, de citas históricas, y de proyectos racionalistas. La realidad compleja, cambiante e ingrata no entra en sus cálculos abstractos. El quisiera conformar la vida a las aspiraciones universales de la razón. Así vemos en Hispano-América un fenómeno que pudo observarse también en la Rusia anterior a la Revolución de Octubre: el divorcio patético entre los núcleos intelectuales y el ambiente primitivo. La inteligencia acoje las fórmulas, las ideas, los métodos y los prejuicios europeos, y sin adaptarlos, quiere imponerlos.

Mientras los ideólogos—abogados y poetas—procuran establecer la democracia en los artículos de las Constituciones, los caudillos, hijos de la tierra, la realizan impetuosamente a su modo, quebrando los cuadros de la sociedad tradicional, en la agitación de sucesivas guerras civiles.

El respeto espontáneo a la norma jurídica presupone una conciencia colectiva y ésta sólo se da en climas de alta y depurada cultura. Donde no hay siquiera unidad racial, como en Hispano-América, y los instintos violentos campean, tienen que surgir fatalmente poderes inorgánicos, efímeros, gobiernos personalistas. Gobernantes como Rozas, Guzmán Blanco, Porfirio Díaz y García Moreno no se dan por azar sino por determinación del ambiente. Y esta necesidad histórica, de la cual son ciegos y, a veces, terribles instrumentos, les comunica cierta extraña grandeza y suspende el juicio condenatorio del que, sin ánimo de bandería, explora el turbulento pasado americano.

Montalvo tuvo en García Moreno un adversario digno de su categoría. De las muchas personalidades despóticas que han aparecido en la política continental, tan rica en valores humanos, ninguna de tan acentuada originalidad como la de este universitario que consiguió imponer en el Ecuador, con la firmeza de su voluntad autocrática, una curiosa tiranía de tipo clerical. No la intolerancia mediocre sino el fanatismo supremo fija el perfil del gobierno de García Moreno. Lo público y lo privado se encuadran dentro de severas normas católicas. La Compañía de Jesús dirige en la sombra, con las sutiles artes de Loyola, la marcha del Estado. Un implacable servicio inquisitorial controla la circulación de las ideas. Los cuerpos del Ejército son designados con nombres eclesiásticos. Más aún: las ceremonias religiosas dan ocasión para que el Jefe del Estado exhiba su devoto frenesí, cargando sobre sus espaldas, en piadosa procesión, una

pesada cruz, rodeado de los altos dignatarios, a la cabeza de la sombría muchedumbre.

Junto a esta devoción ostentosa, García Moreno ejerce su poder, sin contemplaciones, contra los enemigos de su régimen que sirve a la santa religión. Las persecuciones y los destierros completan el cuadro del fanatismo. El hombre que se siente amparado por la Providencia no vacila en recurrir a crueles extremos para defender la integridad de su poder temporal que está al servicio del poder espiritual. Una oscuridad pesada, henchida de un confuso clamor litúrgico, a ratos sacudida por una protesta que la sangre ahoga, podría ser la imagen de la tiranía de García Moreno.

Sin embargo, injusto sería desconocer que tal régimen tuvo un fuerte contenido ideal. La personalidad de García Moreno no es la del fanático vulgar, ni la del ambicioso artero, ni la del tirano egoísta. Fué grande, sin duda: tuvo los dones del talento, la energía de la voluntad y la pasión de un sueño imposible. Aquella tentativa suya, no por frustrada menos respetable, de dar a todo un pueblo la unidad del sentimiento religioso, su afán de dignificar al Estado poniéndolo al servicio de fines trascendentales, merecen la atención comprensiva de la posteridad. Además, aunque vivía para el cielo, no descuidó su tierra: organizó las finanzas públicas, abrió caminos propicios al comercio, inició la red ferroviaria atendió los problemas económicos.....

Contra él mantuvo Montalvo una agitada y soberbia campaña. Ya en 1860, antes de haber actuado en lides públicas, el escritor dirige al estadista estas palabras que envuelven orgullosa amenaza:

Si alguna vez me resigno a tomar parte en nuestras pobres cosas, Ud. y cualquier otro cuya conducta fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos tendrán en mí un enemigo, y no vulgar.

No, no fué vulgar el adversario de García Moreno. Honrado fué el gobernante con que la pluma de Montalvo escribiera su nombre para execrarlo. Y grato tuvo que ser para el escritor que el destino le deparara un enemigo de rango eminente.

Interminable sería escribir al margen de la vida y la obra de Juan Montalvo: vida tan rica en viriles virtudes, obra tan colmada de méritos indiscutibles. Pasan los años abriantando su recuerdo. Hijo del Ecuador, es un hombre de América. El lo sintió también así, y su espíritu abarcó las grandes perspectivas continentales. Pero tuvo de nuestra realidad, a veces, acaso en los instantes de inevitable desaliento que acometen hasta el más animoso luchador, una imagen amarga:

Yo pienso, decía—que nuestra democracia alharaquenta es como el precito condenado a llevar una enorme peña a la cúspide de un monte: no ha subido cuatro pasos cuando cae y vuelve al trabajo y el dolor. La civilización es para nosotros el peñón de Sísifo: no lo hemos levantado siete estados y henos allí, caídos al pie de la montaña.

Hoy, a cuarenta y tres años de su muerte, conservan sus palabras una lapidaria fuerza de verdad. El destino de Hispano-América aparece cargado de problemas inquietantes. Oscuros presagios cierran el horizonte del porvenir. Y es bueno y es alentador, en horas como éstas, de inquietud y de congoja, aproximarse en espíritu a un hombre como Juan Montalvo, ejemplar en su vida y en su obra.

Domingo Amunátegui Solar.

UN APOSTOL DE CARNE Y HUESO

POCAS figuras se conocen más interesantes y simpáticas en la historia de Chile que la del jesuíta Luis de Valdivia.

Abnegado, valiente, perspicaz, ocupó a principios del siglo XVII uno de los primeros lugares en esta pobre colonia española, en la cual no faltaban, ni soldados europeos de gran pericia, ni magistrados conocedores del derecho y diestros en el arte de gobernar a los hombres.

La personalidad de aquel religioso, no sólo adquirió gran relieve en vida, por su influencia en la cuestión más grave que entonces agitaba a la Capitanía General, sino que también se ha agigantado con el transcurso de los siglos, por la apreciación justiciera que hoy merecen sus doctrinas y conducta a la luz de los principios sociales modernos.

Luis de Valdivia fué el padre Las Casas de Chile.

Es verdad que se equivocó grandemente cuando creyó que bastaba la predicación evangélica para transformar con rapidez la índole propia de los bárbaros araucanos, y para convertirles en un pueblo culto, sumiso a las leyes y amante de la paz; pero asimismo lo es que su activa propaganda en favor de las prácticas respetuosas del derecho ajeno, aun cuando éste fuera el de hombres primitivos, correspondía a una escuela muy adelantada para su tiempo.

Durante un largo período de años, sostuvo sus ideas rebatiendo el dictamen de los gobernadores de Chile y contrariando tenazmente los intereses de los encomenderos, y se impuso en las salas del Virrey del Perú y aun en la Corte Española. Como es muy sabido, Felipe III aceptó los planes propuestos por él para la pacificación de Arauco, y dió instrucciones a los gobernantes del virreinato a fin de que los pusieran en ejecución.

Predicó asimismo con el ejemplo, y en diferentes ocasiones vivió en medio de las tribus rebeldes, con gran riesgo de su persona, sin ahorrar penalidades de ninguna clase.

Poseía en realidad el alma de un apóstol.

Fracasó, porque la enseñanza religiosa y la administración de los sacramentos constituía un proceder que no se hallaba al alcance de la mentalidad araucana, y cuyos efectos desaparecían pronto después de practicado; y porque la colonización del país exigía el auxilio inmediato, voluntario o forzoso, del brazo indígena, y este auxilio tenía su principal fuente en la guerra del Bío-Bío, que proveía, con abundancia, de trabajadores a las encomiendas españolas.

Pero, a pesar de todo, aunque en mucha parte fueron estériles los infatigables esfuerzos del generoso jesuíta, sus sanas intenciones y elocuentes palabras contribuyeron, sin duda, a mejorar la condición de los naturales que servían en las casas y haciendas de los conquistadores.

Estos antecedentes explican el prestigio inmenso que rodea de aureola el recuerdo de su nombre.

El padre Luis de Valdivia ha llegado hasta nosotros como un hombre excepcional, dotado de todas las cualidades que la Iglesia exige para consagrar a los santos.

Hasta hace pocos años se le juzgaba inmaculado.

Sólo se conocían sus luchas inauditas para hacer cesar las campañas en el territorio de Arauco, las misiones realizadas por él en la comarca que se extiende al sur del Bío-Bío, sus sermones, y sus gramáticas y vocabularios de lenguas indígenas.

Se sabía también que en la última parte de su vida, recluso en el colegio de Valladolid, se había ocupado en reunir datos sobre la historia de la provincia jesuítica de Castilla (1).

Esto era todo. En resumen, la historia únicamente podía presentar los interesantes sucesos que formaron la tela de la vida pública del ejemplar misionero.

Pero el espíritu de curiosidad no se contenta en nuestros días con conocer la actuación de los personajes políticos, y se empeña por penetrar en los secretos de la vida privada, no sólo para inquirir la verdadera causa de la conducta oficial, sino también para estudiar con hondura la psicología humana en sus principales representantes.

La historia moderna retrata a los gobernantes en el foro y en la alcoba; y los describe en las ceremonias y en su conducta particular.

(1) Antonio Astraín, *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*. Tomo 1.º Introducción bibliográfica, página XXXVIII.

Este método de indagación es extraordinariamente difícil cuando se aplica a los ministros del culto, y casi impracticable en el caso de un religioso.

Felizmente, desde el memorable pontificado de León XIII, los archivos de la Iglesia Romana han sido abiertos a los estudiosos seculares, liberalidad que permitió al alemán Pastor dar a luz su historia de los Papas; y las órdenes religiosas han seguido el sabio ejemplo del sucesor de San Pedro.

Un ilustre jesuíta, el padre Antonio Astraín, ha dado a luz en Madrid, en los últimos años, una *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, en la cual ofrece interesantes datos biográficos sobre el padre Luis de Valdivia, que permiten conjeturar el fondo del alma de este benemérito defensor de los indígenas chilenos.

El padre Astraín no teme revelar las debilidades de su hermano en religión, expresa con sinceridad el juicio que se ha formado sobre su actitud en la guerra defensiva, y agrega noticias completamente nuevas acerca del fin de su carrera en nuestro país.

El historiógrafo jesuíta revela poseer las dotes de un investigador formidable, y no ha omitido sacrificios para estudiar el tema de su obra en todos los archivos de Europa y América. Por cierto, para él no hubo papeles reservados, ni el tiempo le impuso limitaciones de meses ni de años.

No faltan los puntos oscuros que él no ha podido esclarecer totalmente; pero en algunos casos deja translucirse lo que cree verdadero.

En cuanto a sus informaciones ignoradas sobre el padre Valdivia, como que se refieren a varón tan insigne, deben ser recogidas inmediatamente por la historia de Chile, a fin de completar la biografía del heroico misionero.

Ninguna persona ilustrada entre nosotros desconoce el hecho de que Luis de Valdivia fué uno de los primeros hijos de San Ignacio que llegó a esta tierra a fines del siglo XVI, y desde el principio consagró sus esfuerzos a evangelizar a los indígenas.

«Este padre, asegura Astraín, era sin duda el más eminente de los jesuitas llegados a Chile. Por su ciencia, por su presteza de ingenio para diversas facultades, por su feliz memoria y por sus buenos modales y trato de gentes, predominaba, digámoslo así, en aquella expedición de jesuitas instalada en Santiago. Ya desde el camino parece que empezó a estudiar un poco la lengua de los indios; pero, llegado allí, pudo muy pronto entenderse con ellos, y fué de los primeros que escribieran gramática sobre la lengua de aquellos indígenas (1)».

(1) Astraín, obra citada en el texto. Tomo 4.º, páginas 671 y 672.

Al año, más o menos, de hallarse los jesuitas establecidos en la capital de la colonia, regresó al Perú el superior Baltasar Piñas, que ya era anciano, y le sucedió en el rectorado Luis de Valdivia.

A pesar de sus altas cualidades, no pudo, sin embargo, continuar en su cargo, y a principios de 1602 fué relevado de aquel oficio.

¿Cuál fué la causa de la partida del padre al virreinato?

Astraín se expresa en estos términos: «La razón de esta mudanza nos la explica el padre Esteban Páez, visitador, en una carta que escribió poco después al padre Claudio Aquaviva (1). Refiriendo el estado del colegio de Santiago, decía que el anterior rector, aunque hombre de mucha religión, estaba sujeto a grandes melancolías, por lo cual habían padecido muchas amarguras sus súbditos del colegio». Y, en una nota, agrega: «Bien claro dice el padre Páez, en esta carta y en otra suya, que se envió nuevo rector, porque los jesuitas de Chile estaban desconsolados con las melancolías del padre Valdivia (2)».

¿Qué clase de melancolías eran éstas?

Astraín (3) no va más allá; de tal modo que, con el dato suministrado por él, es necesario estudiar qué dolencia había atacado al padre Luis de Valdivia.

Por aquella época frisaba con los cuarenta años de edad, esto es, se hallaba en la plenitud de la vida. Sus melancolías no podían provenir de ningún mal grave, como el que aquejó a Carlos V a mediados del siglo XVI, ni de otro parecido, la tuberculosis, por ejemplo; porque la larga vida del padre Valdivia es bastante prueba de que estaba dotado de un organismo sano y fuerte.

Un hombre que llevó tan agitada existencia como la que él hubo de soportar en Chile durante el primer tercio del siglo XVII debía de poseer una salud a toda prueba.

Es legítimo suponer que las melancolías del religioso jesuita no eran sino los síntomas de la crisis que aqueja de ordinario, con mayor o menor violencia, a los religiosos de uno y otro sexo, pasado el período de exaltación que les ha movido a pronunciar votos solémnes.

No sólo los impulsos de la carne, no satisfechos, sino también la espantosa contrariedad de hallarse aislados de todo lo que ha sido para ellos goce o consuelo en el mundo, constituyen profundos torcedores que explican la amargura y el desequilibrio de seres enterrados en vida.

(1) General de la orden.

(2) Astraín, obra y tomo citados, páginas 677 y 678.

(3) El padre Astraín falleció en España en 1928

La profesión religiosa, sin duda, engendra un estado anormal, que no soportan tranquilamente sino naturalezas excepcionales.

Se explica, pues, que el alma apasionada de Luis de Valdivia se resignara con dificultad a obedecer los rígidos preceptos de la orden en que había ingresado, como dió elocuentes pruebas en su carrera posterior.

Volvió el padre a Lima, como se ha leído, a desempeñar las funciones que le encomendaron sus jefes inmediatos.

El Virrey del Perú, conde de Monterrey, aprovechó entonces los conocimientos que Luis de Valdivia había adquirido en nuestro país a fin de consultarle sobre las medidas más eficaces para poner término a la guerra del Bio-Bío. Ya entonces este problema preocupaba grandemente a los consejeros del Rey en la Península y a sus representantes de América.

Aquella lucha duraba desde hacía más de sesenta años y no se le veía fin. Las campañas de Arauco consumían más hombres y dinero que los que la Corte Española podía proporcionar.

La verdadera causa de la prolongación de las hostilidades, aseguró al Virrey el religioso jesuíta, era el servicio obligatorio impuesto a los indígenas. Las vejaciones extraordinarias que con este motivo padecían de parte de los encomenderos, se hacían intolerables a los araucanos, y los incitaban a rebelarse contra la dominación española. Si se conseguía persuadirles de que en adelante no sufrirían estos malos tratamientos y podrían vivir tranquilos, era de esperar que depondrían las armas y se someterían a la autoridad del Rey.

La experiencia manifestada por el padre Valdivia movió al Virrey del Perú, en 1605, para pedir al provincial que lo mandara nuevamente a Chile, con ocasión del nombramiento de gobernador que había hecho en la persona de Alonso García Ramón, «para que sirviese como de medianero pacífico entre el gobernador y los araucanos (1)».

Una grave dificultad se ofrecía, sin embargo, al cumplimiento de este deseo del Virrey, y era que en el Perú habían vuelto a aparecer en el ánimo de Valdivia las mismas melancolías sufridas en Chile.

A tal punto llegaron estos achaques que, por Enero de 1603, había solicitado del general Aquaviva permiso para regresar a España.

«Otro rasgo un poco singular probablemente de esas mismas melancolías fué el voto que hizo de no ser superior en la Compañía (2)».

(1) Astraín, obra y tomo citados, página 681.

(2) Astraín, obra y tomo citados, página 692.

En respuesta a su carta, el padre Aquaviva, en vez de acceder, le estimuló a que obtuviera del provincial que le mandara nuevamente a nuestro país, «ya que no había otro en la provincia que supiera la lengua de ciertos indios de Chile». «El voto, agregaba, que V. R. dice ha hecho de no ser superior, no es conforme a la puridad y puntualidad que nuestro bienaventurado Padre desea den sus hijos (1)».

Indudablemente esta intervención del general facilitó el viaje del insigne misionero en compañía de García Ramón.

La historia refiere minuciosamente la actuación del padre Valdivia en aquella época. En medio de sus predicaciones, estuvo varias veces en peligro de ser sacrificado por los bárbaros; pero, al mismo tiempo, a menudo logró aquietarlos con su persuasiva y elocuente palabra.

Por desgracia, no convenció a García Ramón de que convenía suspender los procedimientos bélicos, y esta divergencia de pareceres le resolvió a regresar al virreinato en el mes de Mayo de 1606.

«Vuelto a Lima, continuó unos tres años en aquella ciudad, y fué destinado por entonces para acompañar al padre Diego de Torres a las regiones del Tucumán, cuando se pensaba formar esta provincia. Parece que estaba dispuesto para emprender este viaje, y era señalado como socio del provincial; pero de repente le detuvo en Lima un suceso inesperado. No sabemos con qué motivo, cierta persona le levantó una grave calumnia en materia de castidad. Los superiores procuraron averiguar el caso, y, gracias a Dios, se convencieron de la inocencia de Valdivia, sobre todo cuando el calumniador, arrepentido de su culpa, se desdijo ante notario de la calumnia levantada al misionero. Este pesado incidente afligió mucho al padre Valdivia, agrega Astraín, y parece que se ofendió algún tanto de que nuestros superiores hicieran algunas de las diligencias que hicieron para averiguar su inocencia. Volvieron sus antiguas melancolías, y escribió de nuevo al padre general, pidiéndole permiso para volver a España (2)».

Aquaviva no lo concedió tampoco en esta oportunidad, y trató de confortarle con una carta muy amable; y, en la misma fecha, escribió al provincial del Perú a fin de que consolara a Valdivia y le estimulara al trabajo.

Luis de Valdivia era un valioso obrero de la orden y no convenía perderlo por ningún motivo.

(1) Astraín, obra, tomo y página citados.

(2) Astraín, obra y tomo citados, página 693.

En breve, este generoso espíritu debía tener un vasto campo donde podría ejercitar su desbordante actividad.

En el interregno comprendido desde la muerte del conde de Monterrey hasta la llegada del marqués de Montes Claros, en que el virreinato estuvo gobernado por la Real Audiencia, concertóse el padre Valdivia con el oidor don Juan de Villela para proponer al mismo Rey el único plan que, a juicio de ambos, podría suspender y rematar la guerra araucana.

Villela dirigió al soberano de España un verdadero memorial sobre este asunto, con fecha 3 de Junio de 1607 (1); y, al día siguiente, el padre Valdivia, una extensa y expresiva carta, que concordaba con la anterior (2).

«Reducíase este proyecto, en sus líneas generales, a lo siguiente: En vez de pelear con los araucanos a fuego y sangre en batallas campales, y haciendo entradas o malocas en su territorio, debía construirse una línea de fuertes en la frontera enemiga y mantener allí los soldados españoles a la defensiva. Entretanto, los misioneros tratarían con los araucanos, y, poco a poco, los irían convirtiendo al Evangelio y atrayendo a la paz y amistad de los españoles (3)».

El oidor Villela fué nombrado Presidente de la Audiencia de Guadalajara, en Nueva España, o sea, Méjico, y dejó de tener intervención en el cumplimiento del plan. Correspondió, pues, a Luis de Valdivia la delicada tarea de ganar a su causa al nuevo Virrey, y, más tarde, la de realizar el proyecto en la Capitanía General de Chile.

Como es notorio, las comunicaciones del oidor nombrado y del padre jesuíta alcanzaron cumplido éxito en Madrid.

El ambiente era muy favorable en la Corte para toda idea que hiciera cesar las hostilidades contra los rebeldes araucanos.

Tanto la Junta de Guerra, consultada por el Rey, como el propio Felipe III, autorizaron al Virrey del Perú para que pusiera en práctica el nuevo sistema, en el caso de juzgarlo así oportuno.

En su carta de 4 de Junio de 1607, ofrecíase Luis de Valdivia para poner término a la guerra si tuviera autoridad de Su Majestad.

Esta insinuación es censurada por el padre Astraín, quien «cree que habría sido más acertado pedir que el cambio de guerra lo hicieran quienes debían hacerlo, es decir, las autoridades po-

(1) Crescente Errázuriz, *Historia de Chile durante los gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada*. Tomo 2.º, página 308.

(2) Astraín, obra y tomo citados, páginas 694-696.

(3) Astraín, obra y tomo citados, página 696.

líticas, y no empeñarse en hacerlo por sí mismo, obteniendo para ello autoridad de Su Majestad (1)».

Contrariamente a este dictamen, el padre Valdivia, entusiasmado con el proyecto forjado por él y por el oidor Villela, fué tomando, de año en año, mayor participación en los medios que le sugería su experiencia para llevarlo a buen fin, hasta el punto de que llegó a ser el representante más autorizado del Rey en los campos de Arauco.

No podría negarse que Luis de Valdivia, llevado de excelentes propósitos, tenía el alma henchida de extraordinaria ambición de mando (2).

Así se comprenderá cuál sería su contrariedad y decepción cuando a principios del siglo, en Chile y en el Perú, se veía sujeto a la más rigurosa regla conocida, como un humilde siervo, sin voluntad alguna, *perinde ad cadaver*.

Antes que nada, el misionero jesuíta comprendió que, a fin de realizar su proyecto, necesitaba ganar el ánimo del nuevo Virrey, marqués de Montes Claros.

Durante dos años que aun permaneció en Lima después de la llegada de este personaje, el padre Valdivia se ocupó de preferencia en madurar el asunto, conferenciando a menudo con el Virrey, a quien puso completamente de su lado.

En estas circunstancias, Montes Claros juzgó indispensable enviarle a la Corte, con el objeto de que informase al Rey sobre el estado de las cosas de Chile y le propusiese de viva voz el sistema de guerra defensiva.

A pesar de que el gobernador García Ramón había enviado también a España un representante suyo, encargado de solicitar auxilios para hacer guerra activa a los araucanos, Luis de Valdivia consiguió inclinar a los consejeros del monarca en favor de su plan; y el mismo Felipe III resolvió fiarse en el buen criterio del marqués de Montes Claros para que resolviera la cuestión y diera las instrucciones necesarias sobre la implantación del proyecto.

Nadie vaciló en la Corte en acordar que Luis de Valdivia debía ser el ejecutor principal del nuevo sistema. Más aun. Se pensó en que convendría darle el obispado de La Imperial, que se hallaba vacante; pero, a pesar de que el padre consentía en

(1) Astraín, obra y tomo citados, página 697.

(2) El primer historiador que así lo comprendió y lo manifestó en la prensa fué don Crescente Errázuriz, quien, en célebre polémica con el jesuíta Zoilo Villalón, probó hasta la evidencia en el año 1877, en *El Estandarte Católico*, que el padre Valdivia, desmintiendo el voto que había hecho de no ser superior de su orden, solicitó y obtuvo de la Corte toda la suma del poder político y religioso cuando vino a implantar la guerra defensiva.

ello, no fué posible llevarlo a efecto, por oposición del general de la orden, el cual juzgó que tal nombramiento era contrario al instituto de la Compañía.

No por haberse frustrado este designio dejó de traer a Chile el benemérito jesuíta una gran suma de facultades. El Virrey del Perú le nombró visitador político del Reino, como se llamaba entonces a la Capitanía General; y consiguió autoridad cuasi episcopal, porque el Rey mandó al Obispo de Santiago que le entregara la administración de la diócesis de La Imperial. Además, en el Perú fué nombrado comisario del Santo Oficio (1).

Más tarde, el general Aquaviva, a petición suya, le hizo superior independiente en todo lo que tocaba a las residencias jesuíticas de la frontera araucana (2).

La ambición del padre Valdivia era insaciable. En vista sin duda de la buena acogida que había recibido en la Corte su plan de conquista pacífica, a principios de 1618, solicitó del general Vitelleschi, sucesor de Aquaviva, que pidiera a Su Santidad *le diera sus veces sin dependencia del obispo*. «La petición que deseaba hacer Valdivia, exclama el padre Astraín, era enorme. ¡Pedir *las veces del Papa*, y esto sin ninguna limitación! (3)».

De todas suertes, no sólo logró el misionero jesuíta reunir en su mano grandes potestades, sino también que, por muerte de García Ramón, se nombrara gobernador de Chile a la persona designada por él, esto es, a Alonso de Ribera, valiente capitán de Flandes que ya había desempeñado este cargo en nuestro país.

Es verdad que Luis de Valdivia habría deseado disponer de esta extraordinaria latitud de atribuciones con el fin de asegurar el buen resultado de su proyecto; pero también lo es que algunas de ellas más bien le sirvieron de estorbo, y que todas revelaban pretensión de suficiencia impropia en un religioso.

Para comprobar lo primero basta saber que «al cabo de algunos meses juzgó prudente el padre Valdivia renunciar a la administración y despedirse de todos los negocios eclesiásticos de La Imperial» (4).

Después de un año de gestiones en la Corte Española y acompañado de diez misioneros, el padre se embarcó a principios de 1611, y llegó a Lima con toda felicidad.

En el virreinato no encontró obstáculo de ningún género. El marqués de Montes Claros, que se hallaba muy bien dispuesto,

(1) Astraín, obra y tomo citados, página 711.

(2) Astraín, obra y tomo citados, página 708.

(3) Astraín, obra y tomo citados, página 713.

(4) Astraín, obra y tomo citados, página 718.

contestó a la real confianza autorizando la guerra defensiva, y dictando las providencias necesarias para entablarla.

No se conformaba, sin embargo, con tal proceder la opinión de los padres más sesudos de la Compañía en el Perú. Entre ellos se contaba el padre Alonso Messía. En respuesta a una carta suya, le decía el general Aquaviva, con fecha 29 de Enero de 1613:

«Verdaderamente se ve que el celo de V. R. es bueno en todo, principalmente en lo del padre Valdivia, el cual holgáramos que se quedara por acá, y en su provincia (la de Castilla) le recibían de muy buena gana; pero, viéndose la resolución que Su Majestad y su Consejo tomó de que volviese, no se pudo excusar. Aunque es prudente y religioso, hémosle encargado que comunique los negocios y siga la dirección del padre provincial, como creemos que lo hará, procediendo con el recato y prudencia que conviene (1)».

«Por estas palabras se ve, agrega el historiador Astraín, que nuestro padre general no las tenía todas consigo en punto al buen suceso de este negocio (2)».

El nuevo gobernador de Chile, Alonso de Ribera, llegó a Santiago a fines de Marzo de 1612, y Luis de Valdivia desembarcó en Concepción mes y medio después.

Muy pronto, ambas autoridades pudieron cerciorarse de que el nuevo sistema de someter a los araucanos era desaprobado por todos los pobladores españoles de la colonia. La práctica, por lo demás, demostró, hasta la evidencia, que éstos tenían la razón

La historia de la aplicación del sistema de guerra defensiva es muy conocida.

El asesinato en los campos de Elicura de los misioneros jesuitas Vecchi y Aranda y del hermano coadjutor Montalbán, perpetrado por los araucanos, desencadenó una verdadera tempestad contra el padre Valdivia y contra la Compañía.

«De muy atrás, asegura Astraín, había empezado la oposición. Desde que se supieron en Chile los arbitrios de paz que llevaba de la Corte el padre Valdivia, pusieron mal rostro muchos colonos españoles, cuyos intereses habían de peligrar con el nuevo sistema. Como, desde que puso los pies el padre Valdivia en Concepción, pregonaba a son de trompeta la abolición del servicio personal, enconáronse contra él los encomenderos... El padre Valdivia hablaba en nombre de Su Majestad y anunciaba una ley que debía obligar a todos. De aquí la indignación que concibieron contra él los que temían perder el lucro del servicio

(1) Astraín, obra y tomo citados, página 709.

(2) Astraín, página citada.

personal. Contúvose, empero, por algún tiempo esta indignación, porque el gobernador Alonso de Ribera apoyó a los principios el sistema del padre Valdivia. Pero, cuando a fines de 1612 se conoció alguna mudanza en el ánimo del gobernador, y ocurrió el degüello de los tres jesuítas, la oposición al padre Valdivia se manifestó en público a «banderas desplegadas (1)».

El propio marqués de Montes Claros se alarmó con los atrevimientos del misionero, y escribió al gobernador Ribera «que no era bien se aventurara tanto en esas entradas, porque, fuera de la pérdida tan grande que sería si les faltara en alguna, que esto es mucho de excusar y de temer en la condición de los indios, a vueltas de esto son muy considerables la reputación que arrastraría tras sí cualquier suceso y el embargo que se pondría a todo lo que pretendieran. Y así era bien que Su Merced le fuera a la mano (2)».

Hasta entonces el gobernador se había limitado, de conformidad con las instrucciones del Virrey, a proteger con sus soldados la línea de la frontera; pero, cuando se impuso de que el marqués de Montes Claros negaba su aprobación a la conducta de Valdivia, recobró su independencia, y empezó a atacar a los rebeldes con su acostumbrada energía.

Protestaban en aquella época contra el misionero jesuíta y contra la guerra defensiva, no sólo los encomenderos y militares, sino también los religiosos de otras órdenes (3).

En estas circunstancias, los cabildos de La Serena, Santiago y Concepción resolvieron enviar a España un representante que, en vista de los últimos sucesos y de la experiencia de setenta años de guerra, pidiera al monarca la suspensión de la guerra defensiva y de las ordenanzas sobre el servicio personal de los indígenas. El individuo designado para esta alta comisión fué el guardián del convento de San Francisco de Santiago, fray Pedro de Sosa (4).

Al mismo tiempo, Alonso de Ribera nombró con igual objeto al maestro de campo Pedro Cortés Monroy (5).

«Por su parte, el padre Valdivia envió al Perú al padre Melchor Venegas, y a Madrid a su más asiduo compañero, el padre Gaspar Sobrino. Todos estos enviados iban bien provistos de cartas, memoriales y respuestas para apoyar cada cual sus opi-

(1) Astraín, obra y tomo citados, página 720.

(2) Astraín, obra y tomo citados, página 721.

(3) Astraín, obra y tomo citados, páginas 722-724.

(4) Miguel Luis Amunátegui, *La cuestión de límites entre Chile y la República Argentina*. Tomo 2.º, páginas 301 y siguientes.

(5) Amunátegui Solar, *Un soldado de la conquista de Chile*, páginas 84-87.

niones. Entretanto, con la muerte del padre Aquaviva y el advenimiento al generalato del padre Mucio Vitelleschi, cambió notablemente el estado de las cosas en todos estos negocios. El padre Vitelleschi reprobó la ingerencia de Valdivia en la cuestión de la guerra defensiva, y, a consecuencia de esta reprobación, todo el negocio empezó a tomar otro sesgo (1)».

Los representantes de las ciudades de Chile y de la Compañía de Jesús permanecieron largos años en la Corte alegando en favor de sus respectivas tesis: aquéllos, por la guerra activa contra los araucanos; y éstos, por la defensiva o evangélica.

El triunfo debía ser alcanzado por estos últimos de una manera estrepitosa.

Por real cédula de 21 de Noviembre de 1615, Felipe III ordenó terminantemente que se prosiguiese la guerra defensiva; y, en carta de 3 de Enero del año que sigue, aprobó en forma expresa la conducta del padre Valdivia (2).

Esta resolución del soberano de España mejoró considerablemente la situación del empeñoso misionero, la cual había empezado a hacerse insostenible en nuestro país.

Alonso de Ribera falleció en el mes de Marzo de 1617, y su sucesor en el mando, el licenciado Talaverano Gallegos, siguió las inspiraciones del padre Valdivia.

En esta época ya había reemplazado en el virreinato al marqués de Montes Claros el príncipe de Esquilache, que era sumamente adicto a la Compañía.

El triunfo del padre Valdivia fué, pues, completo. Agréguese que al oír Talaverano Gallegos sucedió en 1618 don Lope de Ulloa y Lemos, que traía recomendaciones especiales del Virrey para que marchara de acuerdo con el religioso jesuíta.

A pesar de todo, poco tiempo más debía permanecer en Chile Luis de Valdivia.

Sobre las causas de esta retirada ofrece interesantes noticias el historiador Astraín.

«Es de saber, asegura, que desde que empezó a trabajar el padre Valdivia en la grande obra de establecer la guerra defensiva, los jesuítas más ilustres, no sólo de Chile, sino también del Paraguay y del Perú, opinaron que debía retirarse de aquel negocio complicado. Adviértase bien. No reprochaban estos padres el sistema de la guerra defensiva. Muy al contrario, si hemos de juzgar por ciertas cartas de entonces y por la exposición de la Congregación provincial del Paraguay (en 1615), juzgaban que aquel modo de guerrear era prudente y acertado. Lo que

(1) Astraín, obra y tomo citados, página 731.

(2) Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Tomo 1.º, página 317.

no podían sufrir era que un hijo de la Compañía dirigiese aquella empresa, que reputaban puramente política y militar. Además miraron con cierta extrañeza la situación singular en que le había colocado el padre Aquaviva, haciéndole independiente del provincial del Paraguay (1)».

A los pocos meses de haber ascendido al generalato de la orden, el padre Vitelleschi manifestó al padre Valdivia que debía irse alejando, poco a poco, de la dirección de la guerra defensiva; y, por de pronto, con fecha 30 de Abril de 1616, le quitó la independencia que le había dado Aquaviva en las residencias jesuíticas de la frontera, sometiéndole en todo y por todo al provincial del Paraguay, a quien se hallaban entonces sujetos los jesuitas chilenos.

Cree Astraín que de aquí nació en Luis de Valdivia la idea que propuso en Marzo de 1619 de volver a España, a fin de informar al Rey sobre el estado de la guerra araucana.

El general no concedió, sin embargo, el permiso «hasta saber si podía verificarse la vuelta sin ofensa de Su Majestad (2)».

«Empero, agrega Astraín, llegados al mes de Noviembre del mismo año 1619 nos hallamos súbitamente con la extraña noticia de que el padre Valdivia se había embarcado para Lima, resuelto a no volver más a las tierras en que tanto había trabajado. ¿Cuál fué la causa de esta salida inesperada? Diremos sin ambages la verdad, aunque sea bastante amarga. El padre Valdivia salió de Chile, porque tuvo un encuentro estrepitoso con el padre provincial del Paraguay, Pedro de Oñate. El mismo Valdivia nos lo dice expresamente en una carta que después dirigió al mismo Oñate. «*Me resolví, dice, a dejarlo todo, por no verme en manos de V. R., sin huir de su gobierno tan apresurado*». En otra carta escrita diez días después, refiriendo que el Virrey del Perú procuraba devolverle a Chile, añade Valdivia: «*Fuéme fuerza decirle. . . que, por cuanto Dios tiene criado, estando sujeto a V. R., no volvería a Chile*». Y, cerca del fin de la misma carta, exclama él mismo: «*V. R. me culpó, y me injurió, y me afrentó*».

«¿Cuál, continúa Astraín, fué el acto particular a que alude el padre Valdivia y que él llama injuria y afrenta? ¿Qué hizo el padre Oñate para que tanto se affigiera Valdivia? Es cosa conocida que desde 1612 los enemigos de nuestro misionero murmuraban continuamente contra él, y más de una vez le levantaron falsos testimonios en materia de honestidad. Difundiéndose pronto por todas partes estas calumnias, el padre Pedro de Oñate deseó, naturalmente, prevenir cuanto se pudiera cualquiera

(1) Astraín, obra citada. Tomo 5.º, páginas 630 y 631.

(2) Astraín, obra citada. Tomo 5.º, páginas 636 y 637.

ocasión que se pudiera dar a ellas. Examinando la conducta del padre Valdivia, parece que descubrió algunos ligeros descuidos que pudieron dar asidero a las murmuraciones de los malévolos. Tal era, por ejemplo, el poner la mano sobre la cabeza de una mujer, lo cual había hecho Valdivia consolando a algunas pobres indias.

«¿Creyó, además, el padre provincial alguna culpa grave del padre Valdivia? Así pudiera inferirse de cierta expresión que usa éste en la segunda de sus cartas, donde dice: «V. R. escribió... que, aunque me habían levantado muchos testimonios, pero que era yo persona que había cometido esto y esto y esto, cosas tan graves». ¿Se significa por esta expresión algún pecado mortal? Estamos seguros de que no. Si el padre Oñate hubiera creído a su súbdito reo de culpa grave, le hubiera encerrado y formado proceso, como se acostumbraba, y ya que no se atreviese a tanto, por ser tan principal en Chile la persona del padre Valdivia, de seguro hubiera avisado al padre general, y éste, indefectiblemente, hubiera mandado averiguar la culpa y castigarla severamente, si era verdadera..

«Hallándose, pues, el provincial por un lado con aquellas calumnias, y por otro con algún descuido en el proceder del misionero, creyó necesario delante de Dios aplicar enérgico remedio y hacer todo lo posible para librar a la Compañía de aquellas murmuraciones. Mandó, pues, severamente al padre Valdivia evitar todo descuido y alejar de sí toda ocasión que pudiera dar pábulo a la calumnia. Este precepto se lo impuso con censuras eclesiásticas, y se lo dió por escrito y firmado de su nombre. Este acto del padre provincial fué un golpe terrible para el padre Valdivia. Aquel hombre, acostumbrado a dirigir por sí mismo todos sus negocios; aquel hombre, que había pedido autoridad eclesiástica, civil y religiosa, que había insistido tanto para que le concediesen ser independiente de todos los superiores de América; aquel hombre, en fin, tan acostumbrado a mandar, no pudo sufrir el verse mandado por el padre provincial con tanto rigor. Al instante, resolvió alejarse para siempre de Chile (1)».

En las notas puestas por el historiador jesuíta a las páginas transcritas se puede adelantar algo la investigación.

En una de ellas (2), advierte que el padre Cordara, autor de una historia de la Compañía, «había escrito una frase que se podía interpretar en mal sentido».

La frase era ésta: «Provincialis, etsi talis viri integritate occupatus causae cognitionem non institueret, eum tamen priva-

(1) Astraín, obra citada. Tomo 5.º, páginas 637-639.

(2) Nota 2 de la página 638.

tim increpuit quasi sontem». Traducción: *Aunque el provincial, ocupado en averiguar si el padre había o no delinquido, no le entabló proceso, privadamente, sin embargo, le reprendió con dureza como si fuera culpable.*

Al buen entendedor pocas palabras. Según la versión apuntada, el padre Cordara creía que el provincial Oñate había juzgado culpable a Luis de Valdivia.

Cualquiera otra interpretación falsearía el sentido de la frase latina.

En otra de las notas (1), Astraín, sin quererlo tal vez, da la explicación de por qué el provincial Oñate no se atrevió a iniciar proceso al padre Valdivia.

En carta dirigida por este último al padre Oñate, desde la ciudad de Lima, con fecha 30 de Abril de 1620 (2), le decía: «V. R. me preguntó si quería que se procediese *ordine judiciali*. Dije que sí, aunque ví el daño general al negocio del Rey, que de desacreditar mi persona y de andar en preguntas se seguiría. Y V. R. de hecho me persuadió a callar.»

Un proceso entablado contra el padre Valdivia por actos inmorales habría sido una campanada que habría causado graves perjuicios a la Compañía de Jesús y notable descrédito al sistema de la guerra defensiva, establecida bajo la autoridad del Rey y de su representante más calificado en el Perú.

Las revelaciones del historiador Astraín sobre la verdadera causa del alejamiento de Valdivia, descubren un hecho completamente ignorado de Barros Arana y de José Toribio Medina.

El resto de la narración hecha por Astrain, hasta la muerte del ilustre misionero, no ofrecen novedad, salvo quizás la de comprobar que, si Luis de Valdivia no volvió a nuestro país, no fué por propia iniciativa, sino constreñido por la voluntad de sus superiores.

Medio año permaneció en la capital del Perú, y de allí se embarcó para España.

A fines de 1620 llegó a la Península, desde donde escribió al general Vitelleschi.

Este último le contestó de Roma, a 25 de Enero de 1621, manifestándole que no era necesario fuera a la ciudad pontificia, y encareciéndole la conveniencia de que abreviara lo más posible su permanencia en Madrid. Por lo demás, le recomendaba que, «tratándose de volverle al Perú, S. R., como tan religioso, procurara estorbarlo, valiéndose para ello de los medios que

(1) Nota 1 de la página 639.

(2) Esta carta puede leerse en el *Apéndice* del tomo 5.º de la *Historia* de Astraín, páginas 701 y 702.

fueran posibles». Todo el empeño del general era que se trasladara pronto a la provincia de Castilla.

No le fué, sin embargo, fácil conseguirlo, y hubo de gastar seis meses de esfuerzo para sacarle de la Corte.

Por supuesto, Valdivia pidió audiencia al Rey, y Felipe III se mostró muy agradecido a sus buenos servicios en América.

En esta entrevista con el soberano, solicitó permiso para descansar de sus fatigas.

Por desgracia para el padre, Felipe III murió el día 31 de Marzo del año 1621; y con este acontecimiento Valdivia quedó privado de su apoyo más fuerte.

Es indudable que el padre Valdivia tenía el firme propósito de quedar en la Corte; y así se explica lo que escribía el general Vitelleschi al provincial de Toledo, con fecha 20 de Abril:

«Lo que V. R. me escribe del padre Luis de Valdivia, me ha dado cuidado, porque no conviene de ninguna manera quede en esa Corte, porque, por haberse entrometido en estos negocios, ha padecido mucho la Compañía en todo el reino de Chile, y estamos allá odiados, y se ha impedido el fruto de nuestros ministerios. Y, si allá supiesen que vivía en la Corte, le atribuirán todas las órdenes que el Consejo enviare contra los españoles, y se volverán contra la Compañía, y continuará la persecución que hasta ahora se ha producido, y así deseo que este negocio lo tome V. R. con mucho brío, y, si fuere menester, hable a Su Majestad y al señor presidente del Consejo de Indias, y les informe de los inconvenientes que se seguirán, y les suplique de mi parte den licencia para que el padre Valdivia se vaya a la provincia de Castilla, y, en orden a esto, V. R. se valga de las personas que le pudieran favorecer, que esto conviene al servicio de Dios y del Rey.»

Inútiles fueron las instancias que interpuso el padre Valdivia ante el general de su orden para que diera permiso de que él continuara viviendo en Madrid. Entre otras razones alegaba el suplicante que el clima de Toledo, demasiado frío, haría daño a su salud. Vitelleschi se mantuvo inflexible, y dió a escoger al misionero los colegios de Andalucía, Murcia o Plasencia, si tenía recelo de irse a Toledo. En ningún caso podría residir en Madrid.

A principios del mes de Julio, el nuevo Rey, Felipe IV, pidió al general que consintiera en dejar a Valdivia en la ciudad de Madrid. A pesar de tan grande influencia, Vitelleschi no se dobló; y, con fecha 30 de Agosto de 1621, Luis de Valdivia salió para Valladolid.

Vitelleschi le escribió entonces una carta, a 31 de Octubre de

1622, confortando su ánimo, y manifestándole que él había hecho poco caso de los cargos que habían dirigido al padre en América.

Luis de Valdivia había sido nombrado prefecto de estudios mayores del colegio de Valladolid.

Como se deduce de este hecho, conservaba todo el prestigio a que le hacían acreedor los inmensos servicios prestados por él en Chile a la causa de la humanidad.

En Valladolid, Valdivia fué recibido con toda clase de consideraciones por el provincial de Castilla.

Habiendo llegado a conocimiento de Vitelleschi que el padre había gastado mucho en aderezar su aposento, escribió al provincial de Castilla esta amarga censura:

«El padre Luis de Valdivia ha gastado más de cien ducados en acomodar su aposento. Dícemelo que lo hizo con licencia de V. R. Gustara yo mucho que no se la hubiera dado para esto, sino que pasara como los demás. Tiene en él muchas cosas superfluas. Ordene V. R. que se las quiten, y no permita que tenga más de lo que comunmente usamos conforme a nuestra pobreza.»

Así vivió el padre Valdivia sus postreros veintiún años, hasta que falleció en 5 de Noviembre de 1642, en el mismo colegio de Valladolid.

«Fué el padre Luis de Valdivia insigne por más de un título, escribe Astraín al final de su biografía; pero también tuvo sus defectos, que le perjudicaron notablemente. Poseía gran cabeza para concebir, pero faltábale el tacto y suavidad que se requieren para ejecutar. Alentábale un espíritu apostólico infatigable, pero fué deficiente en humildad y sumisión a la santa obediencia. A ese defecto se debió su salida inesperada de Chile y el que una vida tan activa y laboriosa terminase con veintiún años de mustia vejez (1).»

A pesar de los amargos contratiempos y decepciones que había sufrido, el ánimo del ilustre jesuíta se conservó hasta lo último firme y entero.

El padre chileno Alonso de Ovalle, que tuvo oportunidad de visitarle a principios de 1642, refiere que, «aunque se veía tan dolorido y impedido que no podía dar un paso, le abrazaba el celo de estas almas de los indios de Chile, de manera que había hecho voto de volver acá; y, pidiéndome que le trajese conmigo,

(1) Los últimos hechos de la biografía de Valdivia pueden leerse en las páginas 640-647 del tomo 5.º de la *Historia* de Astraín.

me facilitaba las dificultades del camino de tal suerte que le parecía posible el emprenderlo (1).»

El examen desapasionado de la gloriosa vida de este religioso deja la impresión de que, si no hubiera vivido agarrotado por las estricteces de la orden a que perteneció, gracias a su alta inteligencia y audaces impulsos, habría podido llenar con extraordinario brillo y eficacia la carrera de un gran estadista.

(1) Ovalle, *Histórica Relación del Reino de Chile*. Véase el tomo 13 de *Historiadores de Chile*, página 335.

Alfredo Gandarillas D.

POEMAS

INFANCIA

*He vuelto a esta vieja casa
donde mis días
fueron gavillas de soles perezosos.*

*El tiempo tiene ahora
olor a metales desaparecidos.
Crece un grito húmedo
en mi garganta,
aquí,
donde canté, como cantan
en las madrugadas los aleros,
mientras voy recorriendo
el mapa azul de mi infancia.*

*Yo no recuerdo
si entonces era triste o alegre.
Pero sé que tuve entre mis manos
la alegría de muchos volantines
—pedazos de papel que se perdieron
en azules montañas de distancia.*

Garganta de bronce,
el surtidor,
dice igual que antes su abandono.
Pienso
que alguno de mis caballos de madera
cruza al galope por el patio....

EL POEMA DEL ALBA

El alba ha absorbido la tinta de la noche.
En los jardines
amanecen los espejos trizados del rocío.
Te he esperado escribiendo
tu nombre
en la pizarra gris del infinito.
Hoy cuando la noche
abra otra vez su lenta corola de sueño,
tendrán los telescopios
una nueva constelación de estrellas pálidas...

Tú llegas
agitando los brazos,
como hacen los pescadores en los regresos.
Eres entre mis manos
una madrugadora rosa blanca.
O una dulce canción de amanecida.

Cualquier cosa,
tal vez una palabra esbelta,
Cualquier cosa que seas,
te recibo,
como el cesto a la fruta,
como el mar a la vela dormida.

*El viento pasa espigando caminos.
Mi tristeza es ahora
un guijarro en la noria de tu alegría,
de tu alegría amplia como los mares
que me enseñaron las primeras canciones
Tú sabes.
Cada palabra mía es un ala de gaviota
que las marejadas echaron sobre las playas*

*Podría ahora correr
alegre como un niño
tras el aro de musgo de la infancia,
en la mañana alta de tus ojos.
Y hasta podría bajar grandes abismos azules
como los aerolitos de la noche.
Me siento vertiginoso y liviano.
Soy un arroyo matinal a tu sombra*

Januario Espinosa.

APUNTES DE SEMÁNTICA

TODOS los que conocieron al eminente profesor del Pedagógico, don Enrique Nercasseaux y Morán, han de recordar sus intransigencias en materia de lenguaje: no toleraba que se usara vocablo alguno que no figurara en el Léxico oficial, y conversar con él era exponerse a una serie de rectificaciones. Tomás Gatica Martínez ha referido con mucha gracia en artículos de prensa, y en privado, las incidencias a que daban lugar esa manía purística del gran catedrático. No aceptaba don Enrique, según Gatica, que se dijera *cacho* en vez de *cubilete*, *góndola* por *jardinera*, *carrusel* en vez de *tiovivo*, *sandwich* por *emparedado*, etc. Tachaba también *torreja*, de uso tan corriente, y reconocizaba que debería decirse *luquete*. Y no se fijaba que existe en el diccionario la palabra *torrija*, «rebanada de pan». Ha habido, pues, en este caso un ligero cambio morfológico y otro, también ligero, de carácter semántico, pues no va mucha distancia de *rabanada* a *torreja* en cuanto al sentido.

Era, en realidad, laudable, la actitud del señor Nercasseaux en defensa de la pureza del idioma: sólo que, si le obedeciéramos estrictamente, nos expondríamos a no hacernos entender de nadie. No paraba mientes en que son numerosas las palabras que han cambiado de sentido y especialmente en que un mismo vocablo tiene diferente significado en cada país o zona de países,

de los que forman la masa hispanoparlante. Un ejemplo: *chapa*, según el diccionario, es «una hoja de metal, madera, etc.», y en Chile empleamos el mismo vocablo con sentidos distintos: en vez de «cerradura» y para designar un juego: el del par de monedas que se lanzan al aire. Decimos también «afirmar las chapas» por «portarse valiente y decidido». Si vamos al origen de esta palabra, nos encontramos con que estaba predestinada a graves cambios semánticos al pasar de un idioma a otro. Origen de nuestro *chapa* ha sido el francés *chape*, «capa que usan los prelados y cardenales». La palabra francesa deriva, a su vez, del latín *capere*, «contener».

Nada ha indignado más a los puristas que se le dé a *nimio* un sentido precisamente el contrario del verdadero. Pero todas sus protestas no han impedido que el vocablo persista en su nuevo significado, en conversaciones y escritos. No ven que es este un simple caso de etimología popular, originado, según costumbre, por parecido de forma con otro vocablo: *mínimo*. Una cosa semejante está ocurriendo con la palabra *tráfico*, que ha tomado el sentido de *tránsito* tanto aquí como en otros países de habla castellana: últimamente leímos a grandes títulos en una revista argentina «Tráfico de automóviles». En la Dirección de Correos y Telégrafos hay un «jefe del Tráfico»: es el que tiene que ver con el tránsito de telegramas. Y el hecho es que ya nadie usa «tráfico» en su correcto sentido, «comercio», y sólo empleamos *traficante* en su calidad peyorativa.

¿Y cómo podríamos los puristas atajar a las palabras en su natural evolución? Las hay que cambian tanto en su significado que los etimólogos tienen a cada instante motivos de asombro. Y lo más común es que el mismo vocablo dé lugar a muchos otros de distinto sentido. Menéndez Pidal en su «Gramática histórica» y el Padre Restrepo en sus «Elementos de Semántica» citan, entre otros, el caso del latín *tym-*

panus, «tambor», que ha dado lugar a una serie de palabras castellanas: *témpano*, *timbre*, *timbal*, *tímpano*, de acepción tan distinta, y todavía una de ellas, *timbre*, con varios significados a la vez: «campanilla eléctrica o de mano, carácter distintivo de los sonidos, sello, etc.» El mismo Padre Restrepo señala el curioso ejemplo de *frejol* y *bajel*, que tienen el mismo origen: el griego *phaselus*, «aluvia». ¡Quién iba a figurarse que el succulento poroto fuera etimológicamente hermano de un buque! «Nos sorprende, dice, Vendryes, ver que la misma palabra sirva para expresar ideas tan distintas: *cálculo renal* y *cálculo mental*...». Nos explicaremos esto al saber que *cálculo* era una pedrecilla que los romanos empleaban para las votaciones y también para sus cuentas

Concretándonos sólo a Chile, si consultamos el diccionario nos encontraremos con verdaderas sorpresas con relación a vocablos bastante difundidos: veremos así que *volantín* es «una cuerda especial para pescar». Es también un caso de etimología popular, por creer que *volantín* deriva de *volar*. *Maroma*, según el diccionario, es un cordel grueso. Y llamamos *maromero* al saltimbanqui, en vez de *volantinero*, preconizado por el castellano clásico. *Badulaque* era antiguamente el nombre de un afeitado: después pasó a significar «un hombre de poco juicio». ¿Por qué le damos nosotros el significado de «canalla, pillo, etc?» Tal vez por cierta semejanza con *bellaco*. *Bofetada* viene de *buffare*, «soplar» y su acepción es: «golpe dado con la mano abierta en el carrillo». Pecamos, pues, contra el léxico al llamar *bofetada* o *bofetón* a cualquier golpe con el puño cerrado. *Boliche* es «un juego de bolos». Tal vez empezó a llamarse así a los negocios en que hubiera este juego. Aquí lo aplicamos a cualquier almacén pequeño. *Noria* es «una máquina para sacar agua» y la usamos en vez de *pozo*. También solemos llamar *cisterna* al pozo, y *cisterna* es «un depósito subterráneo para conservar

agua». Es uso general, no sólo entre los campesinos, lo de llamar manco al caballo, y ya se sabe que este vocablo significa «falto de un brazo o de una mano». *Chuzo* es «una pica o lanza corta». Aquí lo aplicamos a lo que, según el diccionario, debe llamarse *pico*, y también al caballo ordinario o jamelgo. *Bledo* es una planta, cuyas hojas se comen cocidas, y no algo absolutamente sin valor como damos a entender nosotros. *Borra* es «cordera de un año». Lo usamos en lugar de *hez*. *Concho*, que usamos en el mismo sentido, no figura en el diccionario: es palabra quichua. *Borracha* es «una bota para echar vino». *Botarate* tiene la misma acepción de *badulaque*: «hombre de poco juicio». Este es otro caso de etimología popular: hemos creído que este vocablo deriva del verbo *botar*. *Bronca* es «una broma pesada»; es verdad también que algo tiene que ver esto con «alboroto». *Bolaco* es «ardid, maña, artificio»: no anda muy cerca de la acepción que aquí le damos. *Trápalón* es aumentativo de *trápala*, «persona charlatana, falsa o embustera». Nosotros lo usamos en el sentido de «persona descuidada». Como puede verse por esta lista, tomada al azar en el diccionario, no estamos muy de acuerdo con los cánones del idioma en nuestro lenguaje familiar. Y los ejemplos son muchos, de modo que los puristas recalcitrantes tienen una tarea para rato. Igual cosa ha de suceder en cada país de habla española, incluso en la península.

En cuanto a los vocablos nuevos, se puede cosechar buen número de ejemplares en los círculos de juegos de azar o de simple diversión. Así, en la hípica, es de uso corriente *tinca* en el sentido de «intuición». Es bien sabido que este vocablo se emplea también para significar «empeño». Por supuesto, no figura *tinca* en el diccionario, pero en él puede rastrearse su origen. Sin duda, ha nacido de *atincar*, voz, según la Academia, derivada del árabe y equivalente a bórax. Solo que *bórax* también deriva del árabe, y este último es el

nombre que los árabes dan al borato de soda. El vocablo *atincar* no figura en el árabe moderno. Hay, por lo demás, otro dato: según la Enciclopedia Espasa, se da el nombre de *tincal* al bórax natural, es decir como sale de la mina. De cualquier modo, es indudable que se ha llamado *atincar* al bórax en otro tiempo, y como esta sal la emplean las lavanderas para darle más brillo al planchado de cuellos, camisas, etc., por comparación se ha dicho «ponerle tinca» por «ponerle empeño». Y con todo, esto tiene poca relación con el sentido que le dan los jugadores de las carreras a esta palabra (1).

En el mismo lenguaje hípico, se usa mucho *leche* en el reemplazo de «buena suerte» y se llama *lechero* al afortunado que siempre gana. La palabra *batacazo*, «golpe con estruendo», se ha modificado un poco en su forma, y se califica de *batatazo* a la sorpresa dada por el triunfo de un animal poco cotizado en las apuestas. La *nombrada*, es el dato en secreto, una buena noticia respecto a las posibilidades de un caballo en la carrera. *Agachar* un caballo es hacerlo perder. También se dice de un caballo hecho perder intencionadamente que «fué para atrás» o «fué para Australia».

Y, por último, ¿por qué admirarnos de que se den distinto nombre a ciertas cosas de un país a otro, entre los que forman una hermandad lingüística, si también existen estos cambios entre las provincias o regiones de un mismo país? En las provincias de Aconcagua y Coquimbo el pueblo llama *talca* a los truenos. Tal voz araucana es desconocida del río Maule al sur, en donde, sin embargo, es grande el número de palabras indígenas que han persistido. En las mismas provincias llaman *cocho* a lo mismo que en el sur llaman *chercán*, es decir

(1) El profesor de Gramática del Instituto Pedagógico, don Claudio Rosales, es de opinión de que *tinca*, en esta segunda acepción, es probablemente una adaptación o castellanización de la voz inglesa *(to) think*, «pensar». Y esto es muy posible ya que la hípica es un deporte inglés.

el «ulpo caliente». En el sur se ha bautizado *batea* al conocido utensilio para lavar ropa, y que por acá se conoce por el nombre de *artesa*. Ni en el sur ni en el norte andan conformes con el léxico, puesto que *batea* es una «bandeja o azafate» y *artesa* un «cajón para amasar el pan». Sabido es que también se llama *batea* a la especie de palangana, de metal o de madera, que se usa en los lavaderos de oro. *Tiemple* se dice en el sur en vez de *pololo*, y *moza* en vez de *querida*. *Palangana* es usado por allá en el sentido de *farsante*, o de «hombre poco serio». Con paciencia, podría formarse una lista larga de estos regionalismos, prueba clara de lo inestables que son los idiomas... como la vida.

Es, pues, inútil pretender fijarlos, reducirlos a una cosa rígida: pretender, en suma, que se hable en todo conforme a lo determinado por los 36 «inmortales» que se reúnen en Madrid, y que saben tanto sobre lo que realmente ocurre en nuestro idioma, que su propio presidente, don Ramón Menéndez Pidal, a pesar de que es una eminencia en esta materia y poco se le escapa, afirma muy seriamente en su «Gramática histórica» que la «j» se pronuncia como una «H aspirada» en toda la América hispana, cuando en realidad este vicio sólo es propio de Colombia, Venezuela y Centro América. Olvida también de decir que la «z» ha desaparecido como sonido en toda América.

Con aspirar a que se cumplan las reglas gramaticales ya es suficiente; porque a alguna regla tenemos que someternos al hablar y escribir. De otro modo no nos entenderíamos.

René Brickles Velasco.

LA ESFINGE

I

A través de la amplia ventana abierta como la riente boca de una mujer, alcanzaban a divisarse en el subsiguiente salón, los finos y flexibles cuerpos de las muchachas que pasaban a intervalos una y otra vez, como las figuras fantásticas de la pantalla, danzan—el *trote de zorro yanqui* o el *tango* de los *paisanitos*, enlazadas a los mozalbetes peinados a la gomina; al compás de la mecánica de la radiola, porque el noble Blutchner de los tiempos de antaño, *silencioso y cubierto de polvo*, en toda aquella tarde, fué echado al olvido.

¡Por cierto, nos encontramos delante de una de aquellas residencias felices que el gran bardo de Nicaragua, al llegar por primera vez a Santiago, pobre y vagabundo, contempló desde la Alameda... *la calle de los grandes palacios en que hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórvido, el ágata y el mármol!*

Era la casa de don Juan Guimaraes, figura muy importante de la Bolsa de Comercio y perteneciente a una de aquellas familias de origen extranjero, vinculadas desde muy antiguo, a la aristocracia de la capital.

Se encendieron las ampolletas eléctricas del salón, porque el *five o'clock tea* amenazaba convertirse en

nine o'clock, y los mozalbetes del peinado a la gomina, después de ceremonioso saludo a la pareja, se despidieron y se retiraron.

Toya, la niña de la casa, y sus amigas de colegio Pila, Chela y Chita, se sentaron en el bello sofá de seda y entre las mesitas de jaspe, de patitas gráciles y los espejos de marco dorado *a fuego*, semejaban grandes muñecas o elegantes figurines, maniqués de las vitrinas, y luego pájaros, cotorras, divertidas, monísimas monas que charlaban, jugueteaban y reían...

—¿Te agradaron los chiquillos?

—No, parecían muy María Jesuses...

—Yo le deseo al que bailó conmigo, que se vaya a la Pérgola!

Chela, que se las daba de chistosa había inventado esta expresión.

Las chiquillas apretaban en el sofá sus miembros en apariencia frágiles, pero en realidad elásticos y vigorosos, con el entrenamiento del Tennis, el juego a la moda.

Sabían mezclar sus conversaciones con palabras de inglés y de francés, el poquito que aprendieron en el Sagrado Corazón, donde tuvieron contiguas sus pequeñas alcobas separadas en la sala, por divisiones de cortinas entre las cuales se comunicaban en voz baja.

Continuaron siendo íntimas.

Abriéndose la mampara entró en el salón misiá Delia Wilson, la esposa de Guimaraes, la mamá de Toya.

La bandada de muchachas se levantó ágil y fué a abrazar a la dueña de casa, bulliciosamente.

Chela, la más entusiasta y la más artista, levantó la ebúrnea tapa del olvidado piano y no recordando otra cosa adecuada, hizo resonar los acordes de la célebre marcha de Mendhelsson, en celebración de la llegada de la señora de Guimaraes.

Y ciertamente, su repentina aparición se hubiera

dicho que producía el efecto de la entrada triunfante de una diosa.

Su bata de casa adquiría sobre su cuerpo de estatua una elegancia de realeza exótica, con los fantásticos crisantemos estampados en la seda, grandes hojas rojas intercaladas a otra de intenso amarillo como reflejos robados al sol nipón.

Blanca, rosada, sensual, su belleza evocaba fugazmente una de esas mujeres enigmáticas y ardientes del Tiziano, así como su hija, que en aquel instante la abrazaba también, dejaba adivinar el alma de una joven bacante cuya pasión aun no se despertara.

Apretándose más cupieron todas en el sofá.

—¿De qué conversaban?

—De cine...

—De la muerte de Rodolfo Valentino.

—Ya van quinientas que se han suicidado por él...

¡Qué no lleguen a las quinientos uno!

—¡Patillas de las *enfermas del chape!*

—¡Chicuelas! Quédense a comer...

—Con todo gusto, misiá Delia...

—¿Hay invitados?

—Personas de la Bolsa de Comercio.

—¡Viejos!...

—¿Miembros del Club de los *Pelados?*

—No todos... Squire, el inglés todavía es joven.

—Mande avisar a nuestras casas, misiá Delia.

—En el acto, y yo voy a quitarme la bata y a arreglarme para la comida.

—Nosotras tenemos también que *empolvarnos*...

Y las cuatro muchachas se precipitaron con la presteza de jóvenes hembras, al cuarto de tocador de la amiguita, de Toya, donde ante el espejo, cubrieron los frescos rostros con polvos de arroz, se retocaron de *rouge* los labios purpurinos en cuya sonrisa resaltaban provocativas las perlas de los albos dientes, y apartando los encajes de la camisa, se refrescaron con el

pulverizador, los senos de naciente ondulación, bajo los cuales se ocultaba la fecunda y aun dormida fuente maternal.

Después empaparon los pequeños pañuelos con perfume de heliotropo y encontrándose listas esperaron que los lacayos las llamasen.

II

Comedor inglés-imperio.

Los invitados de Guimaraes, que se sentaban al rededor de la grande y sólida mesa en las medioevales silletas de alto respaldo, eran todos *palos gruesos*, personas importantes de los negocios en aquellos tiempos en que cada acción de la Bolsa Comercial valía sesenta mil pesos *contantes* y una del Club Hípico, más de cien mil; pero hombres llanos, sin pose y afectación; cultos, que viajaron por Europa, que casi todos los años emprendían la gira por Buenos Aires, donde daban con mayor libertad que en su país, esparcimiento al espíritu en los cabarets de la gente de pro del Río de la Plata y donde se encontraban a cada paso con viejos amigos argentinos que, palmoteándoles el hombro les decían:

—¡Ché chileno! ¿Qué te habías hecho tanto tiempo?...

¡Pero tampoco en Santiago, en las casas reservadas, con las graciosa milongas criollas no lo hacían tan mal!...

Por lo cual sucedió que antes de los cincuenta años formaban el Club famoso *de los Pelados*, que exigía en la incorporación poseer cráneos relucientes como recién pulido marfil, los que constituyen las calvas simpáticas, aristocráticas, hechas en colaboración por las espiroquetas pálidas, las inquietudes de las noches insomnes que suelen preceder a las liquidaciones de la Mala, y por las locuras de las frecuentes cenas con champagne y damiselas a la moda...

La lámpara del comedor descubría la estampa de una verdadera obra de arte, aunque pesada y maciza como si hubiese pertenecido a una Catedral...

¡Qué hecatombe fuera su caída sobre las marfilias calvas!

Y cuenta que allí se encontraban nada menos que Pérez, el monarca de los carneros de Tierra del Fuego; Acosta, el príncipe de los Durmientes de la Frontera; Carlos Van Guilder, el rey de los importadores del dulce jugo de la caña; Squire, lejano pariente de lord Sandwich, que en Chile hacía honor a su ilustre antecesor, por su afición a los emparedados de jamón y queso y al whisky sour.

Entre los sitios ocupados por los dueños de casa, Guimaraes y su esposa, se veía uno vacío, perteneciente a aquel señor inglés que, llegado a Chile como simple *turista*, se apegó de tal modo a las costumbres nacionales que ahora aseguraba no lo sacarían ni *a cañón*.

Al fin se dejó ver.

No era viejo ni calvo, pues ostentaba una rizada cabellera digna de un don Juan de peluquería.

—Ud., Jorge—le dijo con cierta severidad misiá Delia—va a ser culpable de que los británicos pierdan la reputación de serios y puntuales que habían logrado conquistar...

—Pido perdón—pero yo me *esmera* en respetar las prácticas del país—respondió Squire.

—No está mal contestado para un gringo—observó el Corredor de Comercio Pérez—y esto me hace recordar la respuesta que dió anoche una inglesita de Valparaíso al huaso Encina, que le hacía una oferta demasiado módica:

«Saba, señor, que yo no vive de maní sino de mani»...

«Y dígame, señorita ¿qué significa maní?—le dijo Encina».

«Mani es money, platita... y maní... la semillita

tostada que venden en la calle para las boquitas abiertas» . . .

Un sirviente con librea trajo la sopa de tortuga al mismo tiempo que penetraba en la sala a escanciar los vinos, un muchacho de veinte años, en correcto traje de vestón, que empezó a cortar con un cuchillo los gorros de plomo de las botellas.

—¿Quién es éste?—preguntó sorprendido Guimaraes a su esposa, al ver al nuevo criado a quien no recordaba.

—Es el hijo de Anselmo, del mayordomo—respondió misiá Delia—está reemplazando al sirviente alemán que hubo que despedir hoy por haber cometido una barbaridad . . .

—Ah! . . . ¿Raúl? . . . perfectamente!

En los momentos en que el joven fué al repostero, el dueño de casa dió la siguiente explicación:

—Yo protejo al mayordomo como lo llamo en vez de decir portero, porque en la juventud me prestó un servicio importante . . . En mi casa se ha formado . . . Se matrimonió con la más linda y más condescendiente costurerita particular del barrio y después de que quedó viudo, le coloqué a su hijo en la Escuela Normal de Preceptores, así es que, ya lo ven Uds., estamos servidos por un futuro miembro de la Instrucción Primaria!

Van Guilder, que poseía en su Oficina la más variada colección de efebos existentes en Santiago, no despintó más los ojos, del jovencillo, durante toda la comida.

—¿Por qué se me critica?—decía a veces sin ambages, a sus colegas que lo motejaban.

—Yo no causo perjuicio a nadie, como es el caso con Uds. . . Levanto a gente humilde y la ayudo en el camino de la vida . . . ¡Por mi causa no se llenan los Asilos ni se suicidan niñas honradas y pobres de la clase media!

Sin embargo, Raúl ostentaba ese aire que le pareció

demasiado varonil, que dan los perfiles aguileños, evocadores del revoleteo de las aves de rapiña, y cuando se aproximó a las muchachas a echar en sus copas el rubí líquido del claret, éstas experimentaron *la influencia del macho*, pues furtiva, pero hondamente observaron el contraste de los ojos verdes de Raúl en su rostro fino y alargado, trigueño y ligeramente pálido, que a pesar de ser aún casi imberbe se afeitara con el mayor cuidado.

La conversación giraba como de ordinario, sobre especulaciones.

Los hombres se manifestaban más dispuestos a hablar entre sí de sus negocios, serios y vitales, que a prestar atención a las chicuelas de las cuales los separaba tan gran diferencia de edades.

Ellas, por su parte, cotorreaban a su modo.

Chita, sin embargo, demostrando condiciones de observador, atendía al animado diálogo de misiá Delia y del invitado inglés, Squire, que le refería interesantes anécdotas de la vida de la gran metrópoli, Londres, donde, si bien es verdad que hay muchos que por devoción no comen caliente los domingos, otros encuentran medio de profanar los aburridores *holy days*.

—Ud., Jorge, me imagino, no debe haber pertenecido a la fracción puritana de su país, sino a la de los que aquí llamamos los *vividores*—aseveró la dueña de casa.

—Realmente, mi distinguida señora... Yo prefería las salas de baile clandestinas a las prédicas de los ministros; porque, para no faltar a la verdad, no todas las inglesas poseen *piernas de palillo*, como imaginan en Chile... ¡Y a fe que saben menearlas bien, aunque no son capaces de rivalizar con las incomparables chilenas!—respondió Squire con jovialidad.

—Aunque su manera de expresarse es un mucho audaz, queda perdonado por esta vez, Jorge—dijo la esposa de Guimaraes.

Casi a las once terminaba la agradable y aristocrática comida y al encenderse los cigarros se habló de dar conclusión a la velada llevando a las niñas al cine de moda.

Espléndida la idea, mas Toya tenía un gran inconveniente para acompañarlas, pues debería indispensablemente quedarse con la abuela, que era como llamaban a la madrastra de Guimaraes, la señora Williams, que poseía tres millones de pesos y a quien nadie se atrevía a contrariar en lo más mínimo.

En el momento en que los visitantes se dirigían a colocarse sus ligeros abrigos de verano y sus sombreros, Chita dijo a su amiguita:

—Toya... Asomémosnos al balcón como que mirásemos afuera. ¡Tengo algo que decirte, pero temo que te enojés!

—¡No me enojaré!

—¡Tampoco digas una palabra!

Y aproximando su boca al rosado caracol de la oreja de Toya, Chita le dijo en voz apenas perceptible:

—He visto que Jorge Squire ponía un papelito doblado en uno de los guantes de misiá Delia...

—¿Y qué infieres de eso?—respondió ingenuamente la otra muchacha, que jamás concibiera algo reprochable de parte de su madre. ¿Cómo sabes sino habrá sido una broma de Squire, a que son tan aficionados los ingleses?

Los elegantes trajes se confundían en el *hall*, mientras marchaban para subir al flamante Packard, cuyos focos iluminaban la calzada.

III

La señora Williams que ocupaba con su pequeño círculo de sirvientes todas las habitaciones del piso alto de la casa y que no saldría ese verano al balneario únicamente porque no fué su voluntad, trataba de

descontar en vida, el valor del legado de quinientos mil pesos hecho a Toya; con exigencias e imposiciones caprichosas; y esta vez logró plenamente acibarar la alegría de la muchacha, obligándola a quedarse en Santiago cuando la *creme* repletaba los trenes en dirección a Viña y Valparaíso.

Misiá Delia y su marido emigraron también, porque no sólo era cuestión de placer sino además de necesidad, exhibirse y arrojar algunos miles en las ruletas del Recreo, para sostener la reputación de riqueza del agiotista.

Toya, reprimiendo su despecho, hizo trasladar los muebles de su alcoba de chiquilla millonaria, a los altos de la *abuela*.

Tendida en un diván procuraba embrutecerse a fin de no sentir la lentitud con que pasaba el tiempo; en cambio la señora Williams, complacidísima declaraba que no existía disparate igual al de trastornarlo todo para un viaje en que se iba en busca de toda clase de incomodidades.

Fué motivo de loca alegría para la reclusa y aburrida niña, la llegada de la primera carta de su madre en la cual le hacía un encargo que la obligó a abrir los cajones de todas las cómodas en busca de un abanico olvidado en la precipitación de la partida, el cual logró encontrar después de revisar entre los innumerables trajes de seda y pieles impregnados del personal y predilecto perfume de su madre; pero en el mismo sitio en que el taimado objeto parecía ocultarse conscientemente, divisó la *cajuela* que misiá Delia manejaba siempre hermética, con llave; pero que al levantarla impensadamente esta vez, se abrió dejando caer un paquete de cartas o esquelas que una fatídica curiosidad impulsó a Toya a abrir y de las cuales sólo tuvo el ánimo suficiente para leer una...

«My darling:

Perdona que empiece con estas palabras de mi idioma

materno que resumen para un inglés cuanto hay de tierno y sincero en su corazón.»

«Esta tarde en el nido, en el sitio de costumbre.»

¡La misiva a la señora de Guimaraes!

Toya recordó la *intrusidad* de Chita referente a Squire y a su madre, su espionaje en la comida en que estuvieron reunidas escasamente hacia una semana...

Un sollozo oprimió el pecho de la hija, que tuvo la impresión de ver derrumbarse la blanca torre que simbolizaba la perfección ideal de su madre, pero en su infinito afecto filial procuraba disculparla y absolverla fundándose en el proceder de su marido, su propio padre, que según voz corriente, cambiaba de querida por docenas; sin embargo, la carta que esta vez respondió a misiá Delia, no contenía ya las frases aladas y chistosas de otros tiempos...

¡Pero aquel brusco desgarramiento del velo de Isis debería serle fatal!

El alma de Toya se sumergió en la consideración de algo informe y grande que la atraía como el misterio del abismo...

¡El dominio de la pasión culpable sobre los seres como un inflexible y satánico monarca!

La conmoción de su espíritu producía una reacción mórbida sobre sus sentidos de mujer...

Un adormecimiento voluptuoso la embargaba al despertar.

Hacía un esfuerzo para vestirse e ir al baño y saliendo a la galería que daba al interior, se reanimaba con el frescor de la mañana y contemplaba el señorial y extenso parque de la casa, con pinos, tilos y araucarias...

En el fondo se encontraba la rústica construcción o *chalet* estilo guarda-bosque en que vivía el mayordomo, el protegido de su padre.

La niña descendía de la galería por la escalera de mármol, obra curiosa del arquitecto que la ideó cuyas anchas balaustradas terminaban en monstruos mitológicos, aladas cabezas de mujer de clásica belleza sobre cuerpos de perras, esfinges.

Toya aspiraba con delicia el aroma de los rosales.

La distraía la contemplación de la actividad matinal de la casa.

El hortelano regaba los árboles con su manguera de goma.

Anselmo, el mayordomo, llegaba matemáticamente a la misma hora, conduciendo al escritorio de don Juan, *el patrón*, en espera de que llegase, los diarios y correspondencia que iba diariamente a buscar a la casilla del Correo.

Era un vejete pequeño y flaco con el aire respetuoso de los criados de casa grande, que la saludaba al pasar quitándose el sombrero.

No tenía el más remoto parecido con su hijo.

Dos protuberancias o montículos de cabellos se levantaban a ambos lados de su frente.

El servicio importante prestado por él, a que se refirió Guimaraes durante la comida ofrecida a sus amigos, consistió en haber consentido Anselmo, echarse encima las responsabilidades de una tremenda pelotera de arrabal, allá en los tiempos de la borrascosa juventud de don Juan, *pagando el pato* y sufriendo el carcelazo...

Sin embargo, cierto día el mayordomo no apareció con el paquete de cartas porque se daba el lujo de irse a Colina a curarse sus reumatismos y era sustituido por su hijo.

IV

Toya insinuó la primera conversación con Raúl.

Chela, Chita, cualquiera de sus amigas hubiera

dicho: —¿Qué hay en este *rotito* que lo hace tan simpático?

Y en efecto, los momentos que pasaba con él le parecían breves: hubiera querido encontrar un pretexto para prolongarlos.

La aristocrática muchacha no concibió que su familiaridad con un doméstico pudiera acarrear la más mínima consecuencia, pero la fresca juventud plebeya, la voluptuosidad del olor a almizcle que emanaba el cuerpo de Raúl, le agradaban y la turbaban...

¡Una noche la imagen del joven sirviente se materializó en sus sueños con las familiaridades nunca experimentadas de un esposo y aun despierta el pensamiento de Raúl continuó dominando su voluntad!

La muchacha experimentó miedo.

Empezó a anhelar un llamado de su familia; una insinuación de la tiránica abuela para marcharse a Viña... ¡Pero esto no ocurrió!

El fuego erótico de las palomas del Templo la enloquecía ya; porque el Destino había encadenado los sucesos para vengar en ella la deshonra de las desamparadas, las infelices...

¡Se creyó perdida!

.....

V

La brisa nocturna refrescaba la caldeada atmósfera de la capital.

Una que otra luciérnaga revoloteaba bajo la umbría de la araucarias.

En el fondo del parque se veía brillar la luz del *chalecito* del mayordomo.

Toya, desde la galería, sintió la atracción de aquel sitio.

Una fuerza la arrastraba—poderosa como las de la naturaleza— como el viento de la tempestad, como el

rodar de la corriente de los ríos, como el germinar invisible de la simiente en la tierra removida...

El follaje de los tilos bajo los cuales caminaba tenía ligeros estremecimientos.

Ella también al pasar, experimentaba súbitas contracciones de frío, como si una mano de hielo la tocara en la espalda.

Le latían las sienes.

Su bella mano de aristócrata golpeó el marco de la entreabierta puertecilla:

—Yo soy... ¿Se puede entrar?

—¡Ud., misiá Toya!... ¿Qué ha pasado algo en la casa?—exclamó, Raúl, levantándose de la silleta colocada delante de una pequeña mesa de escritorio en que se veía abierto un libro.

—Nada de particular... Me aburría sola... Bajé al parque y se me ocurrió conocer la casita de Uds. Muy mona!... ¡Su dormitorio, Raúl, con catre de bronce y una sobrecama muy decente!... El cuartito de baño y el *water-closet*... Yo hablaré después con mi papá a fin de que le consiga el puesto que me dijo ayer, de la Instrucción Primaria... Adiós!

Y la muchacha desapareció de la pieza como si hubiera sido sólo una hermosa visión.

El criado no dió acogida por un instante, a la insensata idea de que una niña colocada en tal eminencia como la hija de sus *patrones*, se hubiera rebajado hasta *interesarse* por él.

Tampoco lo deseara.

¡Es también grata la existencia del molusco, del parásito!

La noche siguiente leía, según su costumbre, a la luz de la lamparilla eléctrica que colgaba sobre la mesa, cuando levantando los ojos la observó otra vez, de pie en el umbral...

—¡Ya ve como he vuelto!—murmuró Toya con su

cálida y hermosa voz de contralto. ¡Quiero que en adelante seamos amigos!... ¿Qué leía?

Aproximó otra silleta al lado de la que ocupaba Raúl y miró el volumen.

—¡El Código!... ¿Qué piensa hacerse *tinterillo*?... Oh! ¡Hay un calor insoportable aquí!... ¡La ampolleta caldea la pieza horriblemente!

Sus hombros y sus brazos voluptuosos y torneados, como ofrenda digna de un dios, emergían de la túnica sin mangas; uno de los cuales extendió y con su propia mano torció la llavecilla...

¡La magnífica rosa se doblegaba hasta el suelo para acariciar a la sucia larva!

¡La estrella se reflejaba en las aguas del charco para besar al ridículo batraquio!

Toya, como desmayada, se reclinó sobre el pecho del doméstico...

Este tomó en sus brazos ese cuerpo de mujer que parecía inerte, y a la luz de la claridad de los astros, que penetraba por la ventana, contempló embriagado el rostro de Toya, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, que besó, y enloquecido también por la pasión, Raúl depositó el peso de la niña, sobre su lecho tan pobre, tan impropio de ella...

.....
.....

VI

La muchacha aristocrática, al ponerse de pie, dió algunos pasos vacilantes por el cuarto del sirviente.

Se asemejaba a la hermosa Salambó al retirarse de la Tienda del joven jefe bárbaro, después de haber perdido su virginidad.

Sin decir una palabra salió al parque.

Venus y Saturno arrojaron sobre ella sus resplandores lívido y amarillento.

Llegó hasta la escalera de mármol y su mano se apoyó sobre una esfinge de la balaustrada.

Subió dolorosamente.

Ya en su dormitorio, que irradiaba lujo, no queriendo ir al baño por no producir ruido, se desnudó de su, en parte desgarrada túnica de velo, y notó las grandes rosas de sangre estampadas sobre la seda de su ropa interior...

Después se durmió profundamente.

La preocupación del acto indigno, culpable, que había realizado la mantuvo taciturna durante todo el siguiente día, y aunque se prometía a sí misma que no volvería a la guarida del *mozo*, sabía de antemano que estaba vencida... Aguardó a que la abuela se durmiese, que sus sirvientes apagaran las luces de sus dormitorios y convencida de que no había nadie despierto, salió en puntillas para seguir el fatal camino de la noche anterior.

Esta vez no golpeó.

Empujó la puerta apenas *junta*, del *chalecito*, porque sabía que Anselmo aún no regresaba y que Raúl se encontraba solo.

Le hizo una seña para que extinguiera la ampollita:

—Apaga!... Abreme los broches de la espalda para quitarme el traje, porque se rasgó el de anoche...

Y de pie, con los ojos cerrados como una estatua, sin decir otra palabra, esperó a que el criado la levantara en brazos, como la vez anterior, y la depositase tendida sobre la cama...

Así en adelante.

Mordía los labios del sirviente, en los cuales quedaban señalados los finos y firmes dientes de Toya, parecía querer ahogarlo con sus abrazos en los momentos del espasmo para quedar luego inerte, mientras Raúl la despojaba de su tenue camisa y después de recostar su cabeza entre los pequeños senos de rosa y alabas-

tro, besaba el cuerpo de la chiquilla, sus muslos más suaves que el raso, su vientre de niña, su pelvis con el naciente y rubio pelo de la pubertad recién desarrollada.

Aunque no lo amaba, esclavizada por la sed de goces sexuales, Toya acudía siempre a las nunca omitidas citas, reservada, ardiente, orgullosa.

De tal modo que cuando Anselmo el mayordomo, el padre de su amante, estuvo por llegar, arrojó sobre la mesa un puñado de billetes a fin de que Raúl le entregase dinero sugiriéndole como idea propia del joven, la de ausentarse todas las tardes después de comer para ir a los cines o a los círculos de obreros, a satisfacer su afición favorita del juego de dominó, cosa en que el antiguo criado no se hizo de rogar.

Continuaron así disponiendo de las noches voluptuosas, cargadas de efluvios de aquel estío y de los principios del otoño.

VII

El desenlace...

Las cartas de Viña comenzaban a anunciar la llegada próxima de los veraneantes.

Don Juan Guimaraes se anticipó a venirse, porque renacía la actividad de la Bolsa Comercial.

Esa noche Toya llegó a verse con su amante a la hora acostumbrada, pero otra preocupación la embargaba ahora.

—Me he estado fijando en una cosa rara—dijo a Raúl—¿Cómo te diré?... La *lesura* de las mujeres hace tres meses que no me viene... ¿Por qué será?

Y presintiendo que ésta sería de las últimas oportunidades que se le ofrecieran para apurar el vaso sagrado de sus pasiones de mujer, por única vez entregó al sirviente, algo de su alma con su cuerpo.

Raúl fué a consultar al Farmacéutico amigo, con-

fidente de las enfermedades secretas de sus compañeros los alumnos grandes de la Escuela Normal, de las cuales aquel se logró librar, pues no requirió jamás el amor profesional de las hetairas criollas y regresó poco tranquilizado con el clásico frasquito de apiol.

«Si esto fallaba, el embarazo era seguro.»

La muchacha lanzó sobre él la magnitud de su desprecio.

—¡Era lo que faltaba!... Si esto me hubiera ocurrido con una persona siquiera medio decente, lo remediaría casándome... ¡Pero contigo es imposible!... ¡En fin, lo sabrá mi madre!—agregó hablando para sí misma.

Sobresaltado por la inminencia de aquel escándalo de familia, el joven permaneció en pie, en espera de su padre que a las 3 de la mañana hizo sonar el timbre de la *puerta falsa*, junto al *garage* que daba al callejón lateral por el que tenían salida independiente.

Venía *encopado* y con las piernas no muy firmes.

Raúl nada quiso decirle hasta que se despertó al día siguiente.

El pobre Anselmo quedó consternado al imponerse del suceso...

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—exclamaba con desesperación. ¡Los conozco, los conozco!... ¡Se vengarán de nosotros inventándonos un robo! ¡No dirán las cosas como son!

Después, recobrando calma, discurrió un plan para eludir el peligro:

—Veré hoy mismo al *patrón*; le lloraré para que nos permita irnos y nos dé un certificado de honradez... ¡Hay que irse antes de que misiá Toyita alcance a hablar con la patrona!

Haciendo hincapié en que su hijo tenía diploma y se consideraba humillado sirviendo de *mozo*, el mayordomo comunicó a don Juan su resolución definitiva de retirarse de la casa!

—No hay que tomar las cosas tan a pecho, Anselmo, decía el agiotista. ¡Pero también tienes razón, porque a mí no me pareció del todo bien lo que hicieron obligando a Raúl a servir a la mesa.

Dió al mayordomo el certificado que le pedía, ampliado para su hijo, que Anselmo consideró sería su escudo protector en el caso de una calumnia, además de una gratificación que el viejo servidor recibió conmovido al pensar en el daño irreparable que su hijo causara a la familia de su patrón...

¡Pero no pensaba en la condena judicial que tuvo que sufrir siendo inocente en lugar del egoísta joven Guimaraes de otros tiempos!...

Como su más vivo deseo era irse antes de la llegada de misiá Delia, no perdió un momento en ir a buscar golondrina y carretela, para trasladar los muebles de su antes tranquilo hogar a la casa de Remates, porque el hecho sólo de permanecer en Santiago, cerca de la familia perjudicada por su hijo, le sugería temores de la venganza de esas personas tan poderosas y no pensaba más que en reunir dinero y alejarse con Raúl, de la capital.

VIII

¡Las seis cuarenta! ¡El tren de Valparaíso!

La columna de humo asoma del lado de Renca y la elegante muchedumbre se precipita a los andenes a abrazar a los recién llegados.

Misiá Delia Wilson y sus dos sirvientes que la acompañaron a Viña se reunían con Guimaraes y su hija que fueron a esperarla.

¡Qué de preguntas atropelladas!

—¿No ha venido Anselmo a la estación?—preguntaba misiá Delia mirando a su alrededor.

—Se retiró esta misma mañana de la casa.

—¡Tan de improviso!

Hondas ojeras aumentadas por el cansancio y el polvo del viaje, contribuían a hacer más perceptible el estado de inquietud que revelaba el rostro de la esposa de Guimaraes.

Toya se demostraba también poco comunicativa, distraída.

La angustia de la madre provenía del temor de haber dejado abierta la cajuela de las cartas comprometidas, antes de su salida de Santiago, de lo que no se encontraba segura; y a fin de convencerse luego por sí misma, manifestó su deseo de regresar a la casa, acompañada sólo de su hija, en un auto particular, dejando a su marido la tarea de acarrear con los bultos en el coche propio.

Subió con la niña y alzó los vidrios delanteros para que el chauffeur no los escuchase.

—¡Toya!—le dijo tomándola ambas manos y mirándola profundamente en el fondo de los ojos. ¡Dime con toda franqueza!... ¿Abriste la cajuela que estaba en uno de los cajones de mi cómoda?

La niña guardó silencio.

—Ah! Entonces ha sido así... ¡Fué un olvido fatal!

—Perdona a tu madre—agregó la bella dama—porque, mujer al fin, soy débil, pero he roto definitivamente con Jorge...

—Mamá—repuso Toya—bajando los ojos con vergüenza. ¡Soy más culpable que Ud.!

—¿Qué sucede?

Nuevo silencio de su hija.

—¿Has hecho alguna locura?... ¿Estarás acaso en cinta?... ¡Aún así se arreglaría todo, porque no hay hombre que no se diese por feliz al casarse con una chiquilla como tú: linda, además de ser de familia y con fortuna!

Continuaba el silencio de Toya.

—¡Dime al menos su nombre!—exclamó trémula misiá Delia.

—¡No me obligue mamá!... ¡Me muero de vergüenza!... ¡Es un sujeto muy bajo!

—Ay... ¡Ahora comprendo de quien se trata!... ¡Por eso es que se fueron tan de repente, como fugados!... ¡Qué inmensa desgracia!, pero también trataré de arreglarlo—concluyó la atribulada madre.

.....

IX

A fin de sepultar bajo una lápida de precauciones, el triste secreto de Toya, de modo que ni aun su propio padre pudiera jamás columbrarlo, misiá Delia resolvió proceder fuera de la capital.

En el cerro de la Cordillera, en ese barrio de Valparaíso habitado por gente humilde, que no conocen ni son conocidos de nadie, residía la persona a quien pensaba acudir...

¡La *matrona*, sobre cuya conciencia pesa la responsabilidad de uno de los más graves problemas de todos los tiempos, es decir, la resolución a adoptar ante la disyuntiva en que coloca el criterio reinante a la mujer de alta situación ante el peligro de ser descubierta en su desvío, del tan a menudo convencional, sendero de la castidad.

¿Qué es más formidable?

¿Aceptar el azote de la saliva de los insultadores o valerse del procedimiento asesino de suprimir el débil, indefenso organismo al cual se niega el derecho de asomarse siquiera un día a la existencia?

¿Arrojar de nuevo entre las sombras a una quizás blanca espiritualidad que llegaba ansiosa de derramar afectos entre los hombres?

Pero la resolución adoptada era irrevocable.

Desde el lecho que le dieron en la Clínica, Toya con

el rostro oculto por una máscara, presenció a sangre fría, pues no quisieron valerse del cloroformo, los preparativos...; los trajines del médico o practicante, cubierto por un delantal albo como una sobrepelliz, la desinfección de las herramientas; escuchó el hervor cariñoso del agua en el anafe.

La niña confortada con estimulantes, sintió la intromisión helada del acero en su vientre semi insensibilizado y momentos después vió al operador que levantaba un envoltorio sangriento...

¡Era lo que quedaba de su hijo!

Dos días más tarde se practicaba la sutura de los tejidos desgarrados, que restablece la ilusión de la virginidad material.

Al anochecer se reunía con misiá Delia en la sala de recibo de aquella lúgubre casa y se abrazaban llorando...

Toya pudo observar muchas hebras de plata que en el breve espacio de una semana, aparecían en los cabellos de su madre.

X

En el melancólico principio del invierno de aquel año, la niña eludiendo recibir visitas, se distraía en contemplar desde una gran ventana de la suntuosa casa, la solemnidad de los ocasos en las tardes de Santiago, en que el sol, después de incendiar el poniente con sus arreboles sangrientos como las entrañas apuñaeadas de un gigante, proyecta la apoteosis de sus reflejos en las montañas de las Condes.

Otras veces veía caer la lluvia glacial, gris, incesantemente; y las figuras de los pobretes que pasaban bajo los paraguas le traían un recuerdo de su amante, del mayordomo y del criado, el Preceptor, a quien se complacía en imaginar degradado, en espantosa miseria...

¡Ojalá estuvieran muertos!

Pero en su alma orgullosa nacía, sin embargo, un sentimiento tierno como la flor que crece en el precipicio nevado de los abismos: *el afecto a la pequeña criatura a quien le habían asesinado*, que fuera un gracioso niño como los que corretean gozosos e inocentes con sus compañeros de la Casa de Huérfanos y que no hubiera conocido jamás el nombre de su madre.

Pero el Tiempo, que arroja su bálsamo inmortal sobre toda clase de heridas, continuaba produciendo un efecto divino sobre Toya.

Gradualmente volvía a buscar la compañía de los demás: los teatros, las reuniones sociales.

Seduciones nuevas aparecían ahora en ella...

¡Después de su forzado alumbramiento semejaba un gran flor que se expandía en pleno desarrollo!

Llamaba en el acto, la atención de los hombres.

Su paso era ahora más ondulante, más lento, más voluptuoso.

Se presentía en Toya a una de las futuras reinas de los salones... ¡Sin embargo, en fugaces momentos, se trasparentaba también bajo la prodigiosa belleza de su rostro, el pavoroso secreto de la Esfinge!

Pertenece René Brikles a la generación literaria anterior a la de 1900, es decir a la que se forma entre los dos instantes de más alta tensión trágica que ha vivido el país: la guerra del 79 y la revolución del 91. Es una generación liberal y batalladora, cuyo punto de arranque es el célebre *Club del Progreso* y que más tarde se agrupa en torno a los diarios de mayor resonancia del tiempo: *La Epoca*, *La Libertad Eelectoral* y *La Ley*. Forman entre otros, en esta generación que tiene plumas brillantes, Bruno Larraín Barra, Manuel Rodríguez Mendoza, Pedro Balmaceda, Marcial Cabrera Guerra, Enrique Matta Vial, Gustavo Valledor, Federico Gana, entre los muertos. Entre los que aun viven y cuya labor literaria cuenta entre las mejores, debemos mencionar a Emilio Rodríguez Mendoza, Luis Orrego Luco, Angel C. Espejo, etc. Esta generación, igual que la de hoy, tuvo su punto de reunión en la librería de Carlos Baldrich, en la calle de Huérfanos. Brikles tiene en su haber una de las buenas novelas chilenas *Los Ultimos Proyectos de Eduardo Castro*, obra llena de observación y en la que el autor traza, con sobrio realismo, cuadros llenos de vida de la revolución del 91. Aparte de esta novela Brikles publicó cuentos en casi todos los diarios y revistas del tiempo. Acaba de terminar una novela sobre la Patria Vieja que es un bello cuadro de las guerras de la Independencia.—(N. de la R.)

Dr. K. O. Henckel.

LOS TRABAJOS DE GOETHE SOBRE MORFOLOGIA ANIMAL Y LAS INVESTIGACIONES MODERNAS (1).

DURANTE el presente año el morfológico recuerda con motivo del centenario de Goethe, el más grande de los poetas alemanes, que fué también un eminente naturalista, especialmente por haber realizado dos hechos científicos: el descubrimiento del *hueso intermaxilar* en el hombre, que la anatomía comparada debe a Goethe, y su *teoría vertebral del cráneo*, que fecundó durante más de un siglo a la investigación morfológica.

El estudio de la anatomía para Goethe data desde el tiempo de su estadía en Estrasburgo, durante la cual asistió a menudo a disecciones. Más tarde (1773-1774) la fisionómica de LAVATER lo condujo nuevamente a estudios osteológicos. Pero mientras que LAVATER no pasó los límites del elemento puramente estético de su fisionómica, Goethe tiende más bien a la parte morfológica del problema: debajo de las

(1) Conferencia pronunciada en la sesión de la Sociedad de Biología de Concepción del 21 de Abril de 1932.

partes blandas de la cabeza, reconoce en la forma del cráneo el fundamento anatómico de la fisionomía.

Años más tarde, durante una estada en Jena (1781), Goethe fué instruído en osteología y miología por el anátomo LODER de esa Universidad. Poco después empezó a enseñar anatomía humana a los alumnos de la Academia de Bellas Artes de Weimar, actividad que entre sus demás ocupaciones le satisfacía en alto grado.

Nominamos hoy día aquella época de la Biología, la de la morfología idealista. Sus representantes eran investigadores como CUVIER y GEOFFROY ST. HILAIRE en Francia, MECKEL, OKEN y JOHANNES MUELLER en Alemania y CAMPER en Holanda. La idea fundamental de esta morfología idealista es el concepto del «tipo». En todas partes aquellos sabios anhelaban establecer *tipos*, es decir, imágenes idealistas, representando todos los rasgos característicos de organización, comunes a un cierto grupo de animales, como por ejemplo los mamíferos.

Así también el fin de la morfología goetheana era establecer tipos generales. Conforme a los rumbos científicos de su tiempo le interesaba principalmente la comparación, es decir, la posibilidad de unir y resumir. Goethe ejercía en la anatomía comparada, lo que nosotros hoy día llamamos investigación de homología.

Mientras tanto entre los investigadores que se preocuparon de la morfología comparativa, se había formado la opinión, que la diferencia fundamental entre el hombre y los demás mamíferos estaría en el hecho de que éstos poseen un hueso intermaxilar, que no se encuentra en el hombre.

Observando, pues, el cráneo, de un babnino visto lateralmente (véase fig. 1), vemos que entre los dientes incisivos laterales y los caninos corre a ambos lados una sutura, que separa el hueso intermaxilar y

el maxilar superior entre sí, la llamada *sutura incisiva*. Estas relaciones se encuentran en todos los mamíferos; sólo en el hombre y en los antropoídeos en estados adultos no se observa esta sutura incisiva.

A Goethe le pareció incomprensible el hecho de que el hombre posee dientes incisivos y carece del hueso correspondiente, en el cual están encajados. Como Goethe—de acuerdo con su época—tenía la idea de

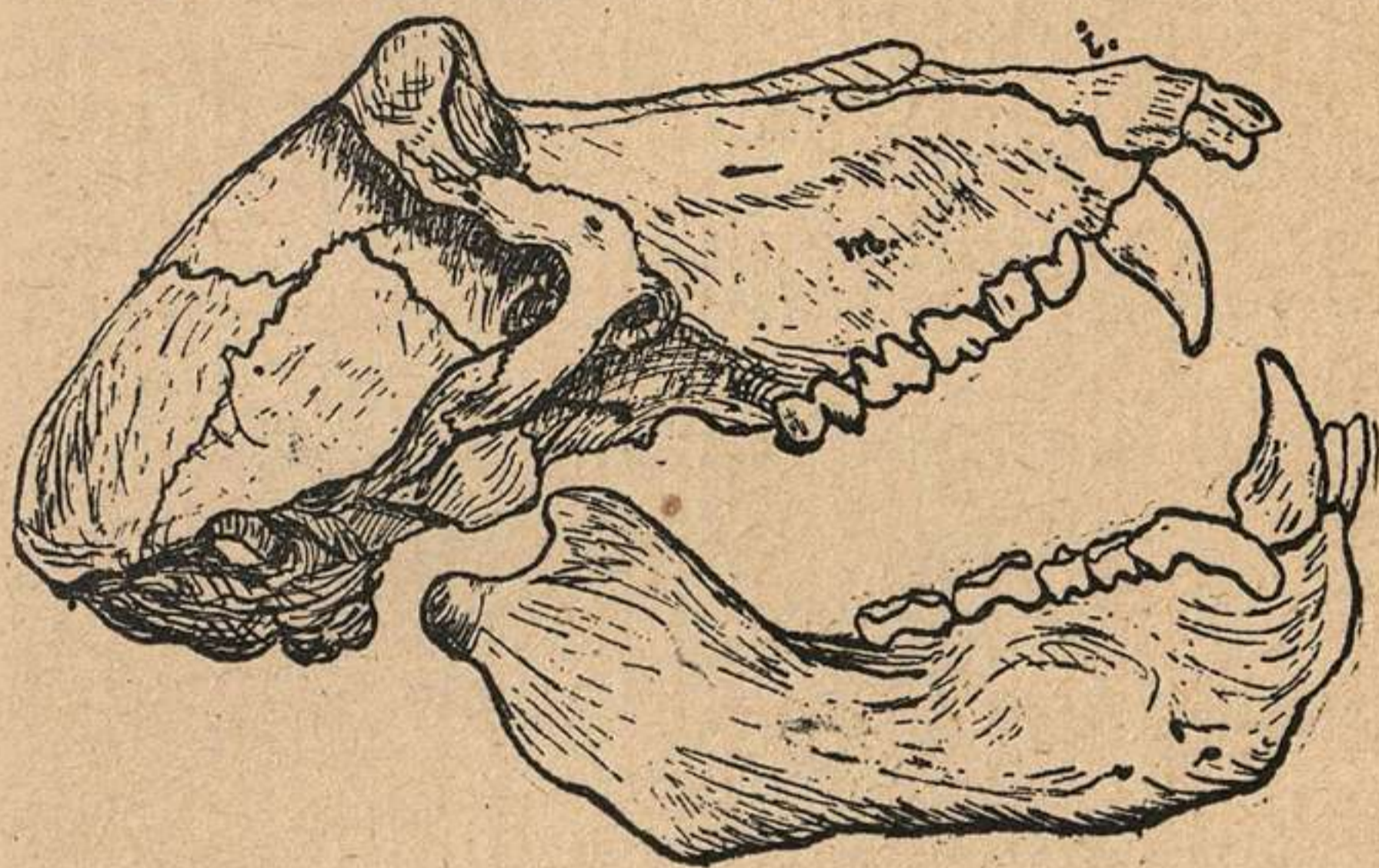


FIG. 1.—Cráneo de un babuino macho (seg. WEBER) e intermaxilar; *m* maxilar superior.

una ley de formación general, no podía presumir a la naturaleza de tal excepción. Por este motivo también en el cráneo humano buscaba vestigios de una sutura incisiva y en realidad pudo hacer observaciones en el adulto, que prueban la existencia del hueso intermaxilar.

Observando el paladar humano desde su cara inferior (véase fig. 2), no se ve solamente la sutura que forman las apófisis palatinas de los maxilares superiores con las porciones horizontales de los palatinos, sino también en un número variable de casos, residuos de un segundo par de suturas transversales. Estas suturas comienzan en el agujero incisivo y se extienden

a cada lado hasta el proceso alveolar en el límite de los dientes caninos con los incisivos externos. Este residuo de sutura que es especialmente clara en cráneos infantiles, corresponde a la sutura incisiva. Goethe consideró su existencia como comprobación del hecho, que también en el hombre la bóveda palatina ósea

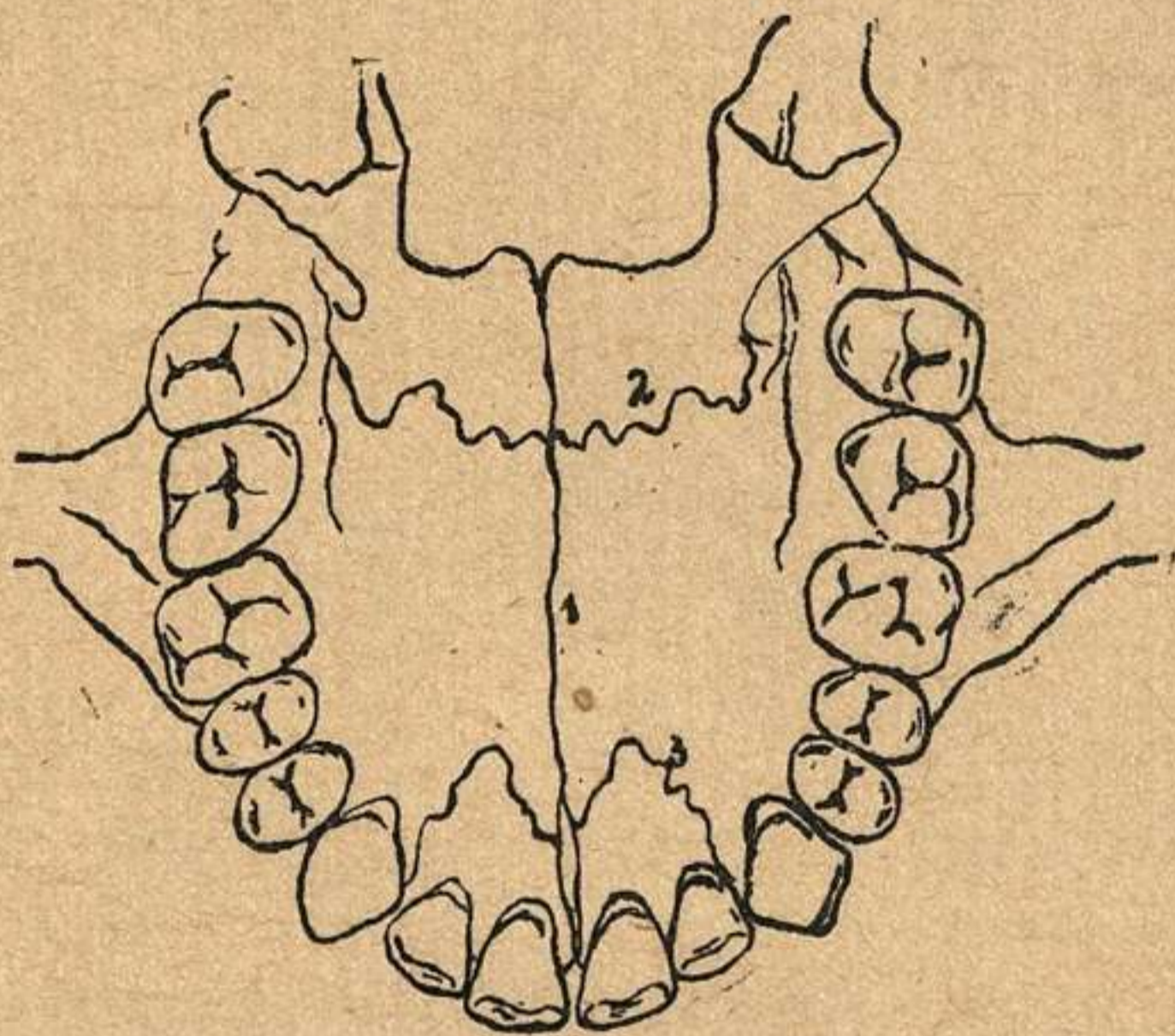


FIG. 2.—Bóveda palatina vista desde su cara inferior: 1 sutura de las apófisis palatinas de los maxilares superiores; 2 sutura de las apófisis palatinas con las porciones horizontales de los palatinos; 3 sutura incisiva.

consiste en dos porciones consecutivas: una anterior, que corresponde a los huesos intermaxilares, exteriormente difíciles de distinguir, y una posterior, idéntica con las apófisis de los maxilares superiores.

¿Este descubrimiento de Goethe fué completamente nuevo? El mismo hizo resaltar el hecho de que ya el antiguo anatómo VESALIUS (1528) ha observado cosa semejante. Pero en vista de la formación poco marcada de esta sutura VESALIUS negó la posibilidad de que se tratara aquí de una separación de distintos elementos óseos.

Goethe publicó sus observaciones en un pequeño folleto que apareció el año 1784; aquí dió a conocer

sus ideas a los morfólogos contemporáneos. Sin embargo, la existencia de un hueso intermaxilar en el hombre fué aprobada en el primer tiempo solamente por SOEMMERING y BLUMENBACH. En cambio, el anatómo holandés CAMPER, afirmando aún más enérgicamente que la falta del intermaxilar debía interpretarse como carácter de diferenciación entre el hombre y los mamíferos, continuaba manteniendo su opinión.

En el tiempo durante el cual Goethe hizo este descubrimiento, la embriología estaba poco desarrollada. Sólo más tarde este problema del intermaxilar alcanzó por intermedio de la Embriología un mayor relieve científico. Varios investigadores que se ocuparon en seguida con la ontogénesis de los huesos de la cara, han llegado al resultado que la sutura incisiva no corresponde precisamente al límite entre las prolongaciones maxilar superior y frontal, que intervienen en la formación del labio superior, de modo que en la mayoría de los casos de labio leporino, un diente incisivo queda por fuera de la fisura. La explicación de este fenómeno reside en el hecho de que la osificación sólo empieza después de haber desaparecido el surco que existía antes entre las prolongaciones maxilar superior y frontal. El hueso se origina dentro de la masa uniforme de pasmodio embrionario, que resulta de la fusión de las prolongaciones. De manera que la osificación ya no mantiene los límites antes establecidos: mientras que la sutura incisiva se encuentra entre el incisivo externo y el canino, el límite entre las prolongaciones maxilar superior y frontal, cruza el germen de la formación de los incisivos externos. En esta forma el hueso intermaxilar no corresponde al «philtrum» del labio superior, originado por la prolongación frontal, sino a un territorio más grande formado aún de las prolongaciones maxilares superiores.

Podría parecer sumamente extraño que un genio del rango de Goethe, poeta del «Fausto» haya podido dar suma importancia a un asunto al parecer tan insignificante, como lo es la cuestión de la existencia del hueso intermaxilar en el hombre. Tenemos que tomar en cuenta aquí, que la anatomía comparada contemporánea se ocupaba con suma seriedad de este problema y daba un valor considerable a su solución. El gran interés que Goethe mismo tomaba en este problema, y su satisfacción al resolverlo, fueron manifestado en varias cartas dirigidas a sus amigos como MERCK, HERDER, FRAU VON STEIN. Dicho interés es solamente comprensible, si tenemos a la vista los fines sintéticos de su talento y el deseo irresistible de llegar a una comprensión de la naturaleza como unidad, en el sentido del «Monismo» de SPINOZA, cuyas opiniones sobre la construcción lógico-causal uniforme del mundo, eran también las de Goethe.

Llegamos ahora al segundo tema fundamental de la morfología animal goetheana, a la teoría vertebral del cráneo.

En su segundo corto viaje a Italia, Goethe en Mayo de 1790 llegó a Venecia y al visitar el cementerio judío, su criado GOETZE recogió del suelo arenoso el cráneo de una oveja, cuyas suturas estaban en parte hendidas por la acción del tiempo. Este aspecto confirmó la idea de Goethe ya antes concebida, que la parte posterior del cráneo de los mamíferos está constituida de varios anillos óseos, correspondientes a tres vértebras. En vista de este hallazgo luego pensó, que también los huesos de la cara corresponden a vértebras.

Goethe comunicó primeramente su idea en una carta dirigida a Carolina HERDER y ha omitido por desgracia dar a conocer esta concepción a la publicidad científica. Recién en el año 1823 reparó su dejación

y publicó su teoría vertebral del cráneo en un trabajo intitulado: «Beteunde Foerdernis durch ein einziges geistreiches Wort»—amplio progreso por una sola palabra ingeniosa.

Así ocurrió que otro investigador se le adelantó Lorenzo OKEN; este autor publicó en 1807 un folleto: «Sobre el significado de los huesos del cráneo», comunicando en él, ideas semejantes a las de Goethe, adquiridas en un viaje por el monte Harz.

Descendiendo del Ilsenstein, dice, por la antigua carretera del lado del Sur, vi a mis pies un soberbio cráneo de cierva; recogerlo, darle vueltas y examinarlo rápidamente, todo fué uno y al instante cruzó a manera de relámpago por mi mente la idea, de que aquello no era más que una columna vertebral y desde aquel momento ya no he podido ver en el cráneo más que una columna vertebral.

OKEN distinguió primero tres y después cuatro vértebras en la constitución del cráneo: una vértebra occipital, una esfeno-parietal, formada por la parte posterior del esfenoides y el parietal, una vértebra esfeno-frontal, constituida por la parte anterior del esfenoides y el frontal y, por último, una vértebra etmoido-nasal.

La teoría vertebral del cráneo, emitida en esta forma por Goethe y OKEN, fué admitida durante largo tiempo, aunque modificada más o menos, por varios autores, entre ellos OWEN y BLAINVILLE. Sólo en el año 1858 y HUXLEY por su célebre «Croonian Lecture» alcanzó desde el punto de vista embriológico la refutación completa de la teoría vertebral, por lo menos en la forma en que Goethe y OKEN la habían formulado. Aquí, como también en sus «Lectures on Elements of Comparative Anatomy», publicadas en 1864, llamó la atención al hecho de que sólo en los primeros estadios de la ontogénesis las formaciones de la región craneal de una parte y de la espinal de

otra se asemejan. Sin embargo, se diferencian después en sentidos completamente distintos: sólo en la región espinal hay segmentación, mientras que ésta no se efectúa primeramente en la región craneal, mostrándose aquí solamente de un modo muy secundario, a saber, por la osificación. De esta manera la segmentación del cráneo es un proceso bien secundario y no tiene nada común con la segmentación de la columna vertebral en vértebras, la que representa un proceso muy primitivo. Por eso no pueden compararse con vértebras los cuatro segmentos, que según la teoría vertebral forman el cráneo de los mamíferos.

Una nueva era en la historia de la teoría vertebral del cráneo data de las investigaciones de GEGENBAUR sobre el cráneo de los selacios, publicadas en el año 1872. GEGENBAUR llamó la atención hacia la diferencia profunda que existe entre la región cordal y la región precordal del cráneo. Como mostró este investigador, el blastema de formación es homóloga en la región cordal del cráneo y la columna vertebral, sin que en el desarrollo de la región cordal jamás se manifestaría una diferenciación en distintas vértebras. Cuántos segmentos primitivos componen la región cordal del cráneo, puede deducirse según GEGENBAUR solamente del comportamiento de los nervios craneales correspondientes. En la parte precordal del cráneo falta completamente, según GEGENBAUR, cada señal de segmentación.

En seguida fué adelantado el problema de la craneogénesis por las observaciones importantes de FRORIEP y BECK, sobre la ontogénesis del nervio hipogloso mayor, de los miótonos y esclerótomos correspondientes. La parte del occipital por la que pasa el nervio hipogloso, se forma a expensas de cuatro verdaderos somitos, correspondiendo así el nervio hipogloso a un complejo de cuatro nervios espinales. El material formativo de los esclerótomos correspondientes com-

pone el basioccipital y los occipitales laterales, mientras que los miótomos forman la musculatura innervada por el nervio hipogloso mayor, es decir, la musculatura lingual. La comparación con vertebrados inferiores muestra que en ellos, los segmentos correspondientes al nervio hipogloso están separados de la cabeza y persisten como segmentos cervicales superiores. Tales estados filogenéticos están fijados en los rielóstomos. Sin embargo, en los amnióticos se unen secundariamente con el cráneo los esclerótomos de los segmentos del hipogloso, por los que pasa ahora el nervio originado por la unión de cuatro nervios espinales. También el morfológico holandés VAN WIJZE llegó a conclusiones semejantes.

De esta manera la teoría vertebral del cráneo de GOETHE y OKEN está reemplazada hoy día por una teoría que según GEGENBAUR y FRORIEP, establece en la región cordal del cráneo, por lo menos en su parte posterior, una composición de derivados de verdaderos somitos. Entre todos los nervios craneanos sólo el nervio hipogloso mayor es homólogo con los nervios espinales.

Con breves palabras traté de pintar un cuadro modesto de la actividad goetheana en el campo de la morfología animal. Ya sus trabajos en este ramo serían suficientes para establecer la importancia de Goethe en la morfología por todos los tiempos. Recordemos que también el mismo concepto «Morfología» ha sido creado por él, como ciencia de la forma, formación y transformación de los organismos.

Dr. Jean Maurienne.

LA ALGOFILIA ENTRE LOS ESCRITORES

(Traducción del Dr. Juan Marín)

NO se trata aquí de aquella disposición mórbida que los psiquiatras llaman «algomanía». Un escritor bajo la influencia de un gran dolor puede impregnar su obra de tristeza sin que deba fatalmente confundírsele con aquellos que se complacen siempre en la melancolía y para los cuales ella es un alimento natural, necesario: un placer.

Hay que distinguir entre la «algomanía» psicosis caracterizada por la búsqueda de sensaciones dolorosas, que se encuentra entre los dementes y los degenerados y la «algofilia» estado de «amistad con el dolor», disposición natural a ver tristemente todas las cosas. M. Lemesle, ha encontrado una designación acertada para estos predispuestos, que son normales, pero con inclinación; les llama «Los Amantes del Dolor». Presentan todos los grados de una amargura más o menos justificada y su interpretación de la vida va desde la simple melancolía hasta la exaltación de la rebelión y el odio.

La quejumbrosa Desbordes-Valmore, no era una algofílica. Lejos de amar el sufrimiento lo temía, y Musset tampoco lo era, a pesar de haber escrito:

Le plus desespérés sont les chants les plus beaux. . . .!

El era un amante del dolor, del cual veía la belleza, la elevación y el refinamiento.

Charles Guerin canta:

La douleur est un vin d'un acreté sauvage

Y luego:

Ce n'est qu'en saignant que mon coeur se sent vivre
Ma ferce est dans mon désespoir.

¿Hay aquí algofilia? Nosotros vemos más bien una pintura filosófica, tal como lo expresa Richetin en «La Ruta de Esmeralda»:

Il faut pour etre grand, qu'on seigne
Qu'on ait aimé, pleuré, désespéré
On ne doit se sentir un dieu que sur la croix.

Este pensamiento no es una aspiración hacia la desgracia, sino la verificación de que el sufrimiento eleva el alma, la hace más comprensiva y más fraternal. No se podría confundirla con esa tendencia constante de los algofílicos hacia el dolor y de la que los algómanos hacen una delectación.

Ese mismo sentimiento ajeno a toda perversión, lo encontramos también en estos versos de Suarez:

Le cœur soulevé
Va plus haut que l'aile;
Le rire est révé,
La peine est réelle.

Y del mismo poeta:

Aimons nos douleurs
Ce n'est qu'en nos pleurs
Que notre âme est belle

J'aime ma Douleur
J'aime la cruelle
Qui me mord le coeur....
Ce coeur qui l'apelle.

Se ha dicho que «el polemista es un temperamento que se satisface»; el Amante del Dolor no sigue el mismo proceso. El exhala su pesar, él se alivia narrando su fantasía; ese tormento que interpreta de acuerdo con sus tendencias le ocasiona un malestar complejo y estéril, en tanto que no lo ha traducido literariamente. El alumbramiento de esta idea es una liberación.

Este insatisfecho eterno que es el escritor, encuentra un amortiguamiento a su dolor al exaltarlo, levantándolo y arrojándolo a menudo al mundo como un desafío. De esta tristeza, de este desencanto, de esta hipermotividad, nace el poeta... y el algofílico.

Borné dans sa nature, infini dans ses vœux
L'homme est un dieu tombé que se souvient des cieux.

Ha cantado Lamartine.

El pensamiento es para el literato el cuervo de Prometeo, debe nutrirlo incansablemente con su propia sustancia. Si no tiene alegrías o si no sabe disfrutarlas, él busca y encuentra fácilmente en su vida el dolor para alimentar al insaciable: Si sangra, que le importa! El se entretiene en contar sin olvidar ninguna, cada gota de su sangre.

Goethe escribía a su escritor refiriéndose a Wether:

Quiera Dios que no me vuelva a encontrar jamás en una tal situación de espíritu que tenga que componer una obra como ésta.

René aquel magnífico cuadro de la melancolía hizo vibrar otras liras y dió a Chateaubriand una numerosa y nostálgica posteridad literaria: el *Obermann*, de Sénancourt; el *Adolphe*, de Benjamín Constant; el *Manfred*, de Byron; el *Joseph Delorme*, de Sainte-Beuve; la *Lélia*, de George Sand y tantas otras obras admirables.

Sabemos que Werther y René son autobiografías: esta comprobación viene en apoyo de nuestra tesis sobre la algofilia considerada como un estado de alma pasajero, en que la exaltación del sufrimiento parece ser expresada por el poeta como una derivación para su íntima angustia.

Sucede frecuentemente, por lo demás, que la algofilia transitoria cambia de forma en el mismo escritor, se hace mórbida y se agrava a veces llegando hasta la algomanía. Todavía esta última puede ser más aparente que real por costumbre y por literatura.

Encontramos esta evolución en Baudelaire, que parece ser el prototipo del género. En diversos grados sus poesías emanan de un alma que sufre y justifican este pensamiento de Young:

Hay perlas en el torrente de la congoja.

¿Su genio nace de su desequilibrio o se acomoda a él? ¡Poco importa! ¿Cómo podría él ser igual a los demás? Al igual que a su «Albatros»,

sus alas de gigante le impiden caminar.

Plongons dans le néant pour trouver du nouveau,

dice el poeta satánico cuyas blasfemias no son en el fondo sino desgarradoras oraciones.

Recordemos algunos pasajes de sus impresionantes poemas:

Cieux déchirés comme des greves,
En vous se mirent mon orgueil!
Vos vastes nuages en deuil
Sont les corbillards de mes rêves
Et vous lueurs sont des reflets
De l'enfer eu mon coeur se plait!

En Spleen:

Et de longs corbillards sans tambour ni musique,
Défilent lentement dans mon ame;
Vaincu, pleure, et l'angloisse atroce, despotique,
Sur mon ame inclinée pante son drapeau noir

Sois sage, o ma Douleur et tiens-toi plus tranquille
Tu réclamais le Soir, il descend, le voici:
Une atmosphere obscure enveloppe la ville
Aux uns portant la paix aux autres le souci.

Pendant que des mortels la multitude vile,
Sous le fouet du Plaisir, ce bourreau sans merci,
Va cueillir des remords dans la fete servile,
Ma Douleur, donne-moi la main, viens par ici.

En «Examen de la Nuit»:

Enfin nous avons pour noyer
Les vertigues dans le délire,
Prêtres orgueilleux de la Lyre,
Dont la gloire est de déployer,
L'ivresse des chars funébres,
Bu sans soif et mangé sans faim!
—Vite soufflons la lampe, afin
De nous cacher dans les ténèbres.

¡Melancolía, terror! Carlos Baudelaire los quiere alrededor de él, impregna con ellos sus amores encontrando que le aportan un encanto más:

Que m'importe que tu sois sage?
Sois belle! et sois triste! Les pleurs
Ajoutent un charme au visage.
Comme la fleur au paysage
L'orage rajeunit les fleurs.

Je t'aime surtout quand la joie
S'enfuit de ton front terrasé,
Quand ton coeur dans l'horreur se noie
Quand sur ton present se déploie
Le nuage affreux du Passé.

En todos los tiempos esta inclinación hacia el sufrimiento se ha mostrado en la literatura, ya sea que el escritor experimente de verdad el dolor que expresa, o que revista con él magníficamente sus creaciones o que cante la elevación del espíritu afligido.

«J'aime la magesté de la souffrance humaine.

dice Alfred de Vigny.

Numerosos fueron también en la antigüedad los escritores algofílicos y Platon ha definido este carácter cuando dice:

Experimentamos placer con representaciones dramáticas que nos arrancan lágrimas.

El placer y el dolor, profesaba Sócrates, se acompañan y parece que los Dioses no habiendo podido reconciliarlos, los ataron a la misma cadena.

El poeta latino Lucano cuenta de Cornelia, viuda de Pompeyo, que

se abraza estrechamente a su dolor, goza con sus lágrimas y ama a su duelo en lugar del esposo perdido.

Según Montaigne, Metrodorus decía:

En la tristeza hay alguna alianza del placer.

Descartes ha escrito igualmente:

Hay cierta dulzura y contentamiento en la tristeza que se siente con ocasión de los otros.

Lafontaine que no tiene nada de algofílico por supuesto, hace notar sin embargo,

le sombre plaisir d'un coeur melancolique

y dice, en su «Amores de Psiquis y de Cupido:»

Las lágrimas que vertemos sobre nuestra desgracia son para Homero una especie de voluptuosidad.

Según Malbranche,

la tristeza es el sentimiento más grato que puede experimentar un hombre cuando no ha obtenido el bien que desea.

Y en su «Sexta Carta a la Princesa Elizabeth»:

El dolor es uno de los elementos que se encuentran en todas las pasiones sin excepción, aun en las más melancólicas y más puras.

Y Racine reconoce como una agravación no poder gozar de él a su agrado:

Il falloit bien souvent me priver de mes larmes.

Hablando de Miguel Angel, Romain Rolland, su biógrafo, cuenta que se deleitaba en la amargura a la cual se había adaptado con complacencia. A la algofilia de sus poemas, él agregaba la algomanía:

Plus me plait ce qui plus me nuit.

Y:

Ma joie c'est la melancolie.

Francis Jammes piensa de igual modo:

Oh ma douleur, tu est mieux qu'une bien aimée.

Jean Móreas, en sus Stances, afirma:

Les maux les plus ingrats me sont presents des dieux
Je trouve dans ma cendre un gout de miel suave.

Y todavía el mismo autor:

O mer, o tristes flots, saurez-vous dans vos bruits
Qui viendront expirer sur les sables sauvages
Berçer jusqu'à la Mort mon coeur et ses ennuits
Qui ne se plaisaient plus qu'aux beautés des naufrages.

Saint Georges de Bouhiélier escribe en:

«Les Chants de la Vie Ardente!»:
Heureux quand ma Douleur trouve de beaux sanglots.

Albert Samain, orgulloso de ser:

«...dans l'ivresse ardente de souffrir».

pregunta:

Douleur, quel sombre instinct dans tes bras nous raméne?

Pourquoi nos soirs d'amour n'ont-ils toute douceur
Que si l'ame trop pleine en tourds sanglots s'y brise».

La tristesse nous hante avec sa robe grise
Et vit a nos côtés comme une grande soeur.

La Mort et la Voluptué, la Douleur et l'Amour, ha dicho Barrés, «s'appellent les unes les autres dans notre imagination... Il n'y a pas de volupté profonde sans brisement de couer.

Los diferentes matices de la algofilia están contenidos en estos extractos tomados a los «Amantes del Dolor» que como en los versos de Samain:

Artisans raffinés de leur propre tourment
Ont taillé leur souffrance ainsi qu'un diamant
Pour lui faire jeter des éclats plus funébres.

Inclinémonos ante estos mártires de sí mismos; al terrible mal que los atormenta, debemos tantos altos pensamientos y páginas sublimes que nos sentimos tentados a decir con el mismo poeta:

Certes la joie et bonne et luit couleur de gloire;
Mais quand c'est la Douleur même qui verse a boire
Le verre qu'elle tend nous semble si profond!

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA TRAGEDIA DE ALBERTO EDWARDS

ALBERTO Edwards, hombre de gran relieve intelectual, cultísimo, historiador, escritor de novelas policiales, uno de los individuos más interesantes de su generación, ha muerto. Después de su muerte, sus *Recuerdos*, publicados hace poco, causan sensación. Tomó parte en varios de los Ministerios de Ibáñez. Seguramente, si sus *Recuerdos* hubieran sido escritos desde un punto de vista crítico, no meramente narrativo, es decir, si hubiera sido un historiador alejado de los sucesos que narra y no parte interesada en ellos, su trabajo tendría un interés enorme, ya que Alberto Edwards poseía, por lo menos en el terreno intelectual, un espíritu crítico de primer orden. Siendo parte interesada («metido, sin darme cuenta, en una terrible aventura»), se guardó lo mejor: el concepto íntimo que tenía de todos los que actuaban a su lado. Sin embargo, así como están, sus *Recuerdos* son valiosos. Son el «mea culpa» de una vida mental que construyó, a base de abstracciones históricas y filosóficas, un concepto de gobierno que fué destruído brutalmente por la realidad circundante.

Conocido fué por muchos el concepto de gobierno que tenía Alberto Edwards, concepto que le valió entre sus amigos y conocidos la denominación de «El Pelucón». Este concepto de gobierno fué robustecido por la lectura de dos obras, principalmente: la de Houston Stewart Chamberlain, *Fundamentos del siglo XIX*, y la de Spengler, *Decadencia de Occidente*. La esencia de este concepto de gobierno, en su parte que diríamos doctrinaria, está expuesta en la página 301 de su libro *La fronda aristocrática en Chile*:

La disciplina religiosa, el hábito tradicional de la obediencia, el sometimiento espontáneo a las jerarquías, son fenómenos pre-burgueses y existen, con mayor o menor fuerza, en todas las civilizaciones y en todos los tiempos. Su decadencia y muerte, han señalado siempre la hora de la disolución final, o el advenimiento de las monarquías absolutas sin forma, fundadas sólo en el hecho. Porque la sociedad, para subsistir, necesita de cadenas, espirituales o materiales. La libertad y lo orgánico, son términos incompatibles.

En este concepto de gobierno, inflexible, no cabía el sentido del equilibrio humano entre lo gobernado y lo que gobierna; su teoría excluía automáticamente la conciencia de los gobernados y hablaba del pueblo y del gobierno como de dos entidades abstractas, casi matemáticas, sin realidad patente. No existía para él el sentimiento jurídico en los pueblos, sentimiento que los regímenes democráticos, por medio de su legislación teórica, han infiltrado hasta en las capas más bajas de la sociedad moderna, e ignoraba los complejos de igualdad y de autovaloración social, complejos que el sistema capitalista ha hecho crecer hasta constituirlos en la amenaza de su existencia. Desconociendo todo esto, hablaba del gobierno y del pueblo como si ambos estuviesen formados por seres ideales o como si la sociedad moderna pudiese retroceder, cronológica y orgánicamente, al tiempo del artesanado, a la Edad Media, a la era pre-capitalista o pre-industrial, donde, como dice Waldo Frank, existió la unidad espiritual que hizo posible una época histórica perfecta en su desarrollo. En nuestra época no existe aquélla unidad espiritual; se ha perdido, y es fútil querer implantar un gobierno sobre una base que no existe.

Siguiendo su teoría, Alberto Edwards encontraba que el mejor gobernante de Chile había sido don Diego Portales, quien, llevado por sus principios y no por el azar, como pretendían algunos publicistas, instauró en Chile un régimen de verdadero gobierno

La obra de Portales fué la restauración de un hecho y un sentimiento, que habían servido de base al orden público, durante la paz octaviana de los tres siglos de la colonia: el hecho, era la existencia de un Poder fuerte y duradero, superior al prestigio de un caudillo o a la fuerza de una facción; el sentimiento, era el respeto tradicional por la autoridad en *abstracto* (subrayado en el original), por el Poder legítimamente establecido con independencia de quienes los ejercían. Su idea era nueva de puro vieja: lo que hizo fué restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico, que ello habría sido ridículo e imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones. (*La fronda aristocrática en Chile*, páginas 42-43).

Pero Alberto Edwards olvidó que la paz octaviana de la colonia fué posible, mientras no apareció el sentimiento de inde-

pendencia nacional; cuando éste apareció, la paz octaviana, basada sobre todo en la ausencia de aquel sentimiento, desapareció. A la presencia del nuevo sentimiento, que en la vida republicana era ya inútil, sucedió otro: el sentimiento de la libertad civil. Era, más que nada, una transformación lógica. Y si durante algún tiempo Portales pudo subsistir, gracias principalmente a su gobierno de fuerza, no lo pudo cuando aquel sentimiento, agudizado por las persecuciones políticas, hizo crisis. Su gobierno y su vida terminaron trágicamente.

¿Que de extraño tiene que, ostentando don Alberto Edwards tales ideas, al sobrevenir el gobierno de Ibáñez, que en un principio apareció como fuerte y justo, encontrara en él no sólo un ardiente partidario sino también un entusiasta cooperador? Su libro *La fronda aristocrática en Chile* ostenta, en la página siguiente a la portada, un retrato del *Excmo. Señor General D. Carlos Ibáñez del Campo (1927-1933)*. Y en la página última dice:

Los acontecimientos que se han desarrollado en Chile desde Septiembre de 1924, nos han conducido, como por la mano, a evitar tales escollos. Ellos han colocado a la cabeza de la República a un hombre fuerte y justo, de espíritu recto, de sanas intenciones, no enfeudado a partido alguno, y que, además, *mejor que nadie* (subrayado en el original), garantiza lo que para el país es ahora esencial: la permanencia de una autoridad «normalmente» obedecida y respetada. Sólo llegaríamos a estimar en su verdadero valor todo lo que esto significa, si por desgracia llegásemos a perderlo. Entonces los que desean restauraciones parlamentarias imposibles, o añoran viejas dominaciones condenadas en las almas, o sueñan con éstos o aquéllos regímenes jurídicos, vendrían a darse tardía cuenta de la vanidad de sus ideologías y de la inconsistencia de sus ilusiones.

Puede que esos individuos se den tardía cuenta de la vanidad de sus ideologías y de la inconsistencia de sus ilusiones, pero esa tardía cuenta ¿será más triste que la que sufrió Alberto Edwards? Es difícil. Los párrafos anteriormente transcritos fueron escritos en 1928; en sus *Recuerdos* dice:

El general Charpin y yo no pudimos contener nuestra impaciencia. ¿Estaría aún el Presidente pensando en soluciones financieras? . . . El general Charpin dejó oír alguna expresión manifestando la inquietud que le causaba el carácter fluctuante e indeciso del señor Ibáñez. Yo hice lo mismo en voz más alta de lo que el caso aconsejaba . . . (*Memorándum. Recuerdos personales sobre los sucesos que ocasionaron el derrumbe de la Administración Ibáñez. El Mercurio, 10 de Abril de 1932*).

En el espacio de tiempo transcurrido desde el instante en que redactó los párrafos de la última página de su libro, hasta aquel

en que escribió sus *Recuerdos*, ¿qué sucedió? Sucedió lo que he querido llamar la tragedia de Alberto Edwards, tragedia que él se llevó consigo y que yo no pretendo desentrañar en lo que tiene de anecdótico, sino en lo que tiene de espíritu. Lo cierto es que Alberto Edwards fué a Ibáñez llevado por sus conceptos filosóficos e históricos, por sus ideas de gobierno, por el afán de contribuir generosamente a la implantación de un régimen que, no siendo exactamente el que soñaba, pues con toda seguridad existía profunda diferencia entre lo que forjaba su imaginación sentimental y lo que la realidad vernácula le ofrecía, era, en cambio, lo mejor que, en su pensar, podía suceder. Además, ¿quién sabe? Las posibilidades eran muchas. Y el historiador se decidió.

Pero se encontró con que *gobernar* era muy distinto de *escribir*.

La historia, decía él, es la crónica vista al través del temperamento y las creencias de quien la escribe. (*La fronda aristocrática en Chile*, página 6).

Pero, si se podía escribir como historiador, no se podía en cambio vivir como tal; había que vivir como hombre y entre hombres. Escribiendo, vive uno en un terreno ideal; los individuos históricos puede uno manejarlos como quiera, hacerse de ellos el concepto que a su temperamento y a sus creencias convengan, insuflarles nuestra propia espiritualidad, darles nuestras creencias y hasta nuestro temperamento; no protestarán. Pero no sucede lo mismo cuando se trata de animales humanos vivos; éstos no quieren saber nada con nuestro temperamento ni con nuestras creencias, sus ambiciones o sus necesidades excluyen toda unidad espiritual con nosotros, se resisten a nuestras directivas, las discuten, las impugnan, tienen otro cerebro, otro sistema nervioso, otra psicología, una psicología viva, otras ideas, otro todo. No se puede hacer con ellos lo que con las imágenes abstractas de los seres desaparecidos.

Y así, casi al final de su vida,

de una vida que, sin falsa modestia puedo decirlo, no ofrece en cincuenta y siete años de muy variadas actividades, ni la sombra de la sombra de una mancha (Memorándum citado).

Alberto Edwards descubrió una realidad que ignoraba: la realidad de lo que vive y actúa. Descubrió, además, que aparte de las fórmulas abstractas de gobierno y pueblo, existía un *pelambri* omnipotente, que levantaba y hundía ministros de Hacienda; descubrió que, aunque él no estuviese siempre en am-

biente, en el ambiente sucedían acontecimientos que estaban fuera de lo abstracto y de lo histórico cristalizado; descubrió también que la sangre existía (*¡Había corrido sangre!*) y que era un elemento que, no existiendo como entidad filosófica, existía en cambio como elemento humano psicológico y fisiológico, como factor decisivo en la historia de los países y sus gobiernos. Descubrió, finalmente, que existía la muerte y que esa muerte produce terror cuando se debe a un asesinato.

En efecto, a esa hora llegó la horrible noticia de la muerte del joven Zañartu. (Id.).

Todo esto se fué revelando ante su mirada y ante su espíritu, hasta colmarlo. Su única idea fué entonces terminar, retirarse, pero no podía hacerlo.

Me había metido, sin darme cuenta, en una terrible aventura, de la cual no podría salir sin que mi actitud fuese interpretada como una cobarde defección. Ningún hombre digno de llevar pantalones dejará de comprenderme. (Id.).

Pero los acontecimientos se precipitaron y Alberto Edwards pudo irse.

Por de pronto, nada tenía que hacer allí. Era la una y tenía gente a almorzar en casa. (Id.).

La terrible aventura había terminado. Iba tranquilo, aunque deshecho.—M A N U E L R O J A S .

BRIAND, A GRANDES Y PEQUEÑOS RASGOS

ARISTIDES Briand ha muerto a los setenta años. Su carrera política y su camino por la vida son dignos de ser fijados en la novela, no sólo en la historia. Hijo del dueño de un pequeño hotel y de una señora tan modesta como su marido, obtuvo una beca en el Colegio de Saint-Nazaire, primero, y luego otro en el Liceo de Nantes, gracias a su talento. No a su aplicación, pues fué siempre flojo. Es decir, confiaba excesivamente en sus condiciones. Descuidaba el aprendizaje, pero aventajaba a todos los compañeros cuando se empeñaba. Y como era vanidoso, tomaba impulso a última hora y rara vez no fué el primero en cada uno de sus cursos. Julio Verne, que conoció a Briand cuando éste era niño, trazó del

futuro grande hombre un retrato que coincide con lo dicho. Agregaba: «es un poco descuidado en las maneras y en el vestir».

Recibido de abogado, Briand comenzó por ser Consejero Municipal de Saint-Nazaire y defendió causas lugareñas insignificantes, ganándolas siempre. Sindicalista, creía que las huelgas generales eran el solo medio de conducir el partido obrero al triunfo de *sus justas reclamaciones*. Cuando tenía treinta años vino a vivir a París. Se enroló en la bohemia y escribió en *La Lanterne*. Fogoso, continuó preconizando las huelgas y preparando aún una revolución social, que permitiera al proletariado *pasar del dominio de las palabras al de las realidades*. En 1900 comenzó el pueblo francés a admirarle como orador y en 1902 es de los diputados con expectativas ministeriales. Encargado de la separación del Estado y de la Iglesia, su silueta adquirió caracteres diabólicos, para los unos, y de salvador nacional para los otros.

Ministro varias veces, en 1909 alcanzó la jefatura del Gabinete y empezó a virar respecto de su programa primitivo. Amenazó aún con salirse de la Constitución si los movimientos populares continuaban, pues había que contener las ambiciones y las protestas populares. Como casi todos los políticos, no pudo obrar en la práctica de acuerdo con sus teorías. Se le ha acusado de cambio de frente, pero sin duda, cambió él mismo de concepto. Durante la guerra, desde 1915 a 1917, fué Ministro de Relaciones. Ministro brillante.

Hasta 1921 se eclipsó un tanto. Volvió entonces a la lid y obró en relación con su frase célebre respecto a la política internacional: *echar a los alemanes la mano al cuello*. . . La Alemania pareció inclinarse ante la energía de Briand y él cosechó nuevos laureles en las Conferencias de Cannes y Washington. . . Desapareció nuevamente por tres años. En 1924 insinuóse en él el campeón del pacifismo. Ministro de Relaciones en 1925, preparó el Pacto de Locarno, que, según Briand, debía ser el signo definitivo del acercamiento franco-alemán. En 1926 pronunció en la Sociedad de Naciones su arenga *Atrás los cañones*. . .! Y, desde entonces, sucedense todas sus actividades por paz universal. Sólo el 14 de Enero último renunció al Quay d'Orsay y partió tras un reposo indispensable a su modesta propiedad de campo. Partió herido por la derrota presidencial, perseguido por cierta prensa, acusado por muchos de favorecer la política extranjera en detrimento de la de su país. Y no volvió a hablarse de él sino después de su muerte.

¿Juzgar a Briand?... Difícil. En torno a su sepultura hay laureles y buitres. La Cámara ha dicho al país que Briand ha comprometido la gratitud nacional, por iguales títulos que Foch, Clemenceau, Joffre y Poincaré. Ciertos diarios se indignan e insultan la memoria del muerto. Alguien pide para él los honores del Panteón. Cierta prensa pone en ridículo el proyecto. Se le hacen funerales nacionales, y los enemigos gritan que nadie se ha conmovido con su muerte. (Falso. Todo París ha desfilado por la capilla ardiente en que reposó en la Sala del Reloj del Quay d'Orsay, sala que tantas veces cruzó y en la cual pronunció uno de sus últimos discursos: cuando la Sociedad de Naciones se reunió en París, en Noviembre de 1931. Verdad es que la sesión inaugural hubo de interrumpirse a causa del síncope que sufrió Briand luego de pronunciar la bienvenida a los delegados, y verdad que quien no le oyó hablar sino entonces no puede formarse idea de las condiciones oratorias de este hombre).

Difícil juzgarle visto tan de cerca. Y visto, sobre todo, a través de la variada lente política de Francia. Mientras unos lo endiosan, otros lo empuercan. El tiempo solamente podrá dar su fallo definitivo. Pero una cosa es incontestable: que fué un apóstol cuyas ilusiones,—llamémoslas así, pues aun no son realidad,—son más que las ilusiones de un solo pueblo. Lo que Briand preconizó, *la necesidad de que los hombres vivamos en paz*, es más vasto que el ideal francés: es un ideal universal o que será universal cuando el hombre se haya despojado totalmente de su barbarie y renuncie a ser el lobo del hombre. Entonces se mirará hacia atrás y se verá que Briand no fué sólo un gran ciudadano francés, sino uno de los más eminentes ciudadanos del mundo.

Cuando Briand tenía cincuenta años, Poincaré hizo de él este retrato: «Posee en grado sumo todos los dones del orador; la acción vasta y envolvente, la sátira elegante, la voz infinitamente dulce y acariciadora. Fuera de sus cualidades físicas, posee una facultad de improvisación maravillosa, una incomparable precisión de lenguaje, un desdén muy francés de lo inflado y de lo declamatorio, una simplicidad y una naturalidad que parecen excluir todo esfuerzo, un sentido extraordinario de la ocasión y de la oportunidad, un arte superior de adaptación, medios por el cual el alma del orador se modela, pudiera decirse, sobre el alma colectiva del auditorio. Se supera a sí mismo en lo que el propio Briand ha llamado, sin

ironía, los discursos «de táctica». Es un gran estratega del verbo. . . .»

Louis Barthou describe a Briand en estos términos: «Sube a la tribuna con paso lento, sin ninguna nota escrita que consultar. Comienza sus discursos con voz sorda. Pulsea el auditorio como un pianista preludia o, más bien, como un nadador aprecia la temperatura del agua. En seguida afirma su tono, lo eleva y se sirve de todas las riquezas de una garganta incomparable que va de la burla a la ternura, de la ironía al lirismo, de la humildad a la indignación, de la dulzura a la amenaza, de la resignación a la protesta, de la conversación al misterio, de la familiaridad al ruido atronador, de la Comedia Francesa al Ambigú. Briand habla con los ojos y con las manos, como con su voz única. Sus ojos logran todos los matices, como su voz logra todos los tonos. Colora sus ojos según los sentimientos que lo animan. La expresión de sus pupilas pasa por la emoción, la sorpresa, la cólera, el estupor, el desprecio, la indulgencia, la bondad, la rabia, el perdón; va desde las llamas ardientes a los fuegos extintos. ¡Y sus manos! Finas como las de un aristócrata, untuosas como las de un obispo, se sirve de ellas como quiere. Las avanza, las retira, toma la una con la otra, pero sabe sacar partido de la que expresa, tan bien como de la que deja en reposo. Es un gran artista, Briand. ¿Improvisa sus discursos?... Acecha a su auditorio, lo escucha, lo adivina, y él percibe lo que lo halaga o lo que lo hiere; puede exaltarlo o irritarlo, desencadenar sus aplausos o sus protestas. Va a su fin, pero ve el obstáculo. Si es necesario, quiebra el obstáculo, pero prefiere andarse con rodeos. Su palabra tiene una flexibilidad infinita. La extiende o la reduce a su placer, es dueño de ella y ella le sirve para domar las fieras asambleístas, que acaban por experimentar la invencible seducción de este hombre del cual aun no he dicho si improvisa. Es de la escuela de Gambetta, o sea, improvisa dentro de sí mismo, pero también es de la escuela de Barnave, de quien Mirabeau decía: «Para improvisar sobre una cuestión, fuerza es conocerla a fondo».

«Si yo hubiera robado las torres de Notre-Dame, afirmaba Clemenceau, sería a Briand a quien encargaría de mi defensa».

«Llevar apuntes a la tribuna, pensaba Briand, es como ir a jugar premunido de una martingala. Se sale perdiendo siempre. . . .»

Briand era perezoso. Al principio de su carrera política trabajaba en un diario socialista, pero la dificultad era que trabajara... Llegaba al diario a media noche. Jean Jaurés, que le conocía, lo encerraba con llave en su escritorio después de haber elegido entre ambos el tema del artículo. Quería obligarle así a demostrar su talento... Una hora más tarde, Jaurés daba libertad a su prisionero y reclamaba las cuartillas. Generalmente Briand no había hecho más que fumar, instalado en un sillón, extendidas las piernas hacia el sillón vecino.

El peluquero cuyo establecimiento está en el primer piso de la casa que habitara Briand durante los últimos diez años, está de actualidad. Fígaro se ha permitido evocar así sus recuerdos: «Le gustaba hablarme de todo, menos de política. Me preguntaba como iba mi jardín, si producían mis árboles frutales; me daba cuenta de sus experiencias agrícolas, allá en su propiedad de Cocherel, y miraba con inquietud las precoces heladas de este año... Me ha cabido el honor de afeitarlo día a día, varios años, y en este momento vengo de hacerle su última *toilette*. Aun en el lecho de muerte no ha cambiado. Sus rasgos sin alteración, inmóviles en su actitud habitual, son la demostración de una agonía dulce... No debía tener remordimientos.»

En 1879, un joven estudiante abordó en Montmartre a un joven poeta:

—Hágame el favor de presentarme al círculo literario del *Chat-Noir*.

Dicho y hecho. Esa misma noche, Georges d'Esparbés presentaba a Arístides Briand en el célebre cenáculo.

León Bailby, Director de *L'Intransigeant*, cuyos artículos diarios bajo la rúbrica «les heures nouvelles» inspiran la opinión media francesa,—la opinión de la tarde, pues *L'Intransigeant* es diario vespertino,—ha sido casi cruel con Briand. Al final de un comentario que titula *El Quería La Paz*, Bailby escribe: «Briand ha pagado, en los últimos tiempos, el cruel fracaso de sus sueños idealistas, habiendo fracasado su campaña presidencial. Consideración es esta que debe desarmar toda crítica a su pasado. Verdad que ha muerto solamente ayer, pero desde hace algunos años no era más que la sombra de sí mismo. Estaba muerto ya».

Clément Vautel, que inspira la opinión media francesa de la mañana, escribe en *Mon film de Le Journal*: «Briand había creado una especie de misticismo: para muchos ciudadanos, y también para muchas ciudadanas, era un verdadero Mesías. Desde hace algún tiempo, este irresistible seductor habíase conquistado hasta la Iglesia, después de haberla maltratado. Que el Papado se mantenga en la misma línea pacífico-evangélica y Arístides Briand será beatificado algún día... La leyenda dorada contiene historias más sorprendentes aun que ésta!»

El comentario de Vautel es a propósito de la protesta lanzada por la izquierda ante los funerales religiosos hechos a Briand. Los exaltados dicen que se ha abusado de que esté muerto, de que no puede protestar, y que por eso él no ha echado con cajas destempladas al Arzobispo de París, Monseñor Verdier, que ha venido con gran pompa hasta el domicilio mortuorio a dar una absolución de la cual el difunto,—dice la izquierda,—no tenía ninguna necesidad.

El *Fígaro*, que persiguió con ahinco a Briand durante su vida, no le ha soltado ni después de muerto. Los espíritus sutiles creen que Coty odiaba a Briand porque el último no amó nunca los perfumes... Sea cual sea la razón de tanta malquerencia, el hecho es que un editorial del *Fígaro* titulado «La Verdadera Oración Fúnebre» reza en uno de sus acápites: «Briand no fué un gran francés, ni un gran europeo, ni un gran político, ni un gran diplomático. No fué nada más que un buen hablador!» El día antes había dicho el *Fígaro*: ¡«Cuán tristemente habrá muerto este hombre, al ver condenados por la experiencia todos sus sueños, todas sus ideas, todas sus empresas! ¡Se engañó siempre! Diez y siete veces Ministro, trece veces Presidente del Consejo, nunca alzó nada, jamás construyó cosa que valga y su largo camino sólo aparece sembrado de ruinas! Da pena pensar qué última mirada echaría este pobre moribundo a toda su obra, vista a la inversa!» El mismo diario, en otras secciones, informa que el pueblo de París, contrariamente a lo que ha sucedido ante la muerte de sus grandes hombres, no ha manifestado impresión alguna por la muerte de Briand. (Mentira. Su casa de la Avenida Kléber ha sido invadida por una masa multicolor. El libro de firmas, depositado a la entrada, ostenta frases patéticas, no nacidas del convencionalismo político ni diplomático, sino garabateadas por ese mismo pueblo al cual se refiere el diario de Coty, pueblo que no quiere

la guerra y que veía en Briand el único extinguidor de incendios posibles).

La Acción Francesa ha agotado el repertorio de escarnios. Inútil transcribir sus frases necrológicas. Inútil, pues el sentido de muchas de ellas escapará al público sudamericano, que no podrá ver en la actitud de León Daudet y de Charles Maurras el doble fondo. ¿Qué fondo doble?... El de insultar una memoria, es cierto, pero sí también el de preparar el campo para las elecciones futuras. ¡Batir de modo indirecto todo cuanto no sea conservantismo!

Salón de unos Barones franceses. Se hablaba de la enfermedad de Briand. El joven, hijo de los dueños de casa, lector asiduo de *La Acción Francesa*, escupía otomías contra el moribundo. Alguien dijo refiriéndose a la gran dama,—perteneciente a la aristocracia de Francia,—que ha compartido de modo irregular la vida de Briand: «Pobre mujer! Muerto él, todo el mundo le volverá la espalda... Y qué cosa admirable: ¿cómo es posible que una mujer refinada haya podido enamorarse, consagrar su existencia a un hombre ordinario, a un hijo del pueblo? ¡Qué anomalía!» Y siguió el comentario demoledor, hasta que una señora ecuatoriana, menos infiltrada de aires aristocráticos, hija de nuestras democracias, alzó la voz tímidamente y preguntó: «¿Le han oído hablar Uds?»... Cada cual contestó de acuerdo con su experiencia, «no, sí, no, sí»... «Pues bien, continuó la ecuatoriana, cuando yo llegué a París fui invitada a la Cámara y ví, primero, a Briand. No me gustó. Pero luego le oí y... perdí la cabeza. Se lo juro a ustedes. Perdí la cabeza y comprendí a esa mujer y hasta la envidié. Da orgullo compartir la vida e impulsar a un hombre como ése!» Corrió una corriente fría por el salón y la Baronesa me dijo entre dientes: «No se ofenda usted, pero hay sudamericanos que inspiran piedad». A la salida de la recepción, acompañé a la dama ecuatoriana. «¿No encuentra usted, me preguntó, que la aristocracia francesa inspira piedad...?» Puntos de vista.

(El nombre de la amiga de Briand no sale aún al dominio del grueso público. Pero saldrá luego. Sucederá con ellos lo que con Madame de Caillavet y Anatole France. Hace algunos años, el hijo de esta dama tuvo un duelo con alguien que se permitió insinuar tales relaciones. Ahora, el nieto de Madame de

Caillavet retaría a duelo a quien negara semejante honor a su familia).

Bretón de la costa, Briand adoraba el mar, por atavismo. Poseía un pequeño yath cuyo nombre, *Simounelle*, deriva del nombre de un viento, del *simoun*. . . Le agradaba desafiar las olas y pasar las horas pescando. . . Dígase cuánto se diga acerca de la pesca, Briand merecía cultivar ese sport: reflexionaba, caña en mano y. . . luego, a desafiar las olas nuevamente. Igual que en su vida. Reposo de algunos días en Bretaña, meditando. Cara al mar en Ginebra y en París, hasta morir, prendido del timón.—EUGENIO LABARCA.

AGONIA DE LA PINTURA

NO dejaré pasar más tiempo para exponer el fenómeno del que París, desde hace algunos años, ha sido y sigue siendo el teatro. Es conocido de todo el mundo, puesto que del mundo entero pintores, grabadores, escultores, dibujantes e ilustradores, se han dirigido a París para iniciarse en los arcanos del arte moderno en el barrio—antaoño bien humilde—que se extiende entre la Estación Montparnasse, el Observatoire y el jardín del Luxembourg. Montparnasse, es cierto, constituye un nombre bien simbólico. Pero, aunque así sea, nadie se imaginó nunca, en los primeros años del siglo XX, que en realidad las musas adoptarían como alcoba, salón y comedor, los pequeños departamentos que allí se encuentran y los cafés que los rodean. El Dome, la Coupole y la Rotonde son hoy día más conocidos en los antípodas de París que el Louvre y Notre Dame. Y está bien que así sea: vale más deber su reputación a cosas vivas que a cosas momificadas. Tiene que ser halagador para un francés constatar que la región central de la orilla izquierda del Sena, ayer todavía desierta, ha devenido el lugar de cita de los artistas chinos y africanos, hindúes y sudamericanos, japoneses y yanquis, árabes y pieles rojas, rusos y españoles, italianos y polacos, australianos y escandinavos, canadienses y negros, yugoeslavos y lituanos, mejicanos y persas, egipcios y checoslovacos. El fenómeno, dada su envergadura, sobrepasa muy lejos las causas inmediatas que lo han provocado. No puede, en un porvenir próximo, que ya es un presente desde muchos puntos de vista, limitarse a los resultados de movimientos análogos que, sucesivamente, han hecho de Ate-

nas, de Alejandría, del París medioeval, de Brujas, de Florencia, de Roma y Venecia, el hogar europeo de las doctrinas y de la imaginación estéticas. Se transforma en un foco de alcances políticos, morales y espirituales. Es una ventura para el fenómeno en sí y sin duda para el mundo, porque, desde el punto de vista artístico puro, tengo la impresión de que la disgregación lo amenaza, como antes alcanzó al arte derivado de Atenas, de Alejandría, de París medioeval, de Brujas, de Florencia, de Roma y Venecia. Quiero decir que si se establecen confrontaciones más o menos fecundas para el desenvolvimiento de relaciones e ideas entre los diferentes pueblos que allí se encuentran, el resultado sería menos fecundo para la potencia y originalidad del arte propiamente dicho, porque logra las más de las veces, privar a aquellos que vienen a iniciarse, del carácter y las tradiciones propias a su educación y a su raza. Ejemplo: la revelación del arte mejicano, del arte peruano, del arte negro, del arte polinesio, del arte kmehr, del arte javanés, del arte chino y del arte hindú, ha removido completamente la mentalidad europea y en particular la francesa, dirigiéndola hacia la imitación de formas, admirables ciertamente, pero que no respondían ni a sus medios, ni a sus necesidades ni a su rol en el mundo, y ha destruído muy rápidamente, en consecuencia, la unidad y continuidad de su acción. En revancha, nuestra mentalidad ha confiado a esas formas una dignidad universal y ha preparado al mundo para admitirlas en el tesoro común de los siglos humanos, con igual título que el arte egipcio, griego, cristiano o del renacimiento. Y así sucede con toda conquista, oral digna de ese nombre. Destruye para reedificar.

Y si contemplo con optimismo el desorden de esta feria colocándome sobre el terreno de la actividad mundial, me veo, obligado a juzgarlo con pesimismo, colocándome en el punto de vista, mucho más limitado, del arte francés contemporáneo. Ha sido literalmente sepultado por la avalancha. Y ha sido el arte francés, como siempre—pero como siempre también a sus expensas—quien la ha promovido y vuelto fatal. No es sin razón que he evocado a Atenas, Alejandría, Florencia y otras ilustres capitales de arte. Como sucedió a su propósito, es la grandeza misma del arte francés en el siglo precedente, quien ha aspirado, en cierto modo, las energías estéticas del mundo entero en estado de ansiosa espera. Cezanne, Renoir, Rodin, a comienzos de este siglo, devinieron de pronto glorias mundiales, pero, en sí mismos, no eran sino la finalidad de un movimiento admirable que había nacido al día siguiente de la

victoriosa expansión revolucionaria del pueblo francés sobre Europa y que había proporcionado a la lengua plástica por intermedio de diez o veinte pintores y escultores de genio, un tributo capital de revelaciones nuevas en las ideas y las realizaciones. Inútil nombrarlos.

Pero, ¿qué sucede cuando un movimiento de este vigor atrae las sensibilidades en espera fuera de su hogar mismo? Porque hay que hacerlo notar: antes del Dome y la Rotonde, desde la segunda mitad del siglo XIX, la ascensión de la savia francesa había anexado su eflorescencia todo aquello que hacía presentir en Europa y aun en América que un fenómeno humano de valor universal se realizaba en París: los anglosajones Whistler y Sisley, el alemán Liebermann, el belga Setevens y, sobre todos, los holandeses Constantin Guys, Jongkind y Vincent van Gogh. Sucede que ese movimiento, llegado al extremo de su impulso, con cierta lentitud, desunido, sufre a su vez la acción de los aportes extranjeros, reflexiona, duda y se deja seducir más o menos rápidamente y pierde su camino.

Jongkind actuó fuertemente sobre el impresionismo y van Gogh sobre las corrientes que lo siguieron. Después de ellos, la inundación continua solo ha dejado intactos algunos islotes solitarios, perdidos en sus aguas. Yo considero que la gran escuela francesa, a consecuencia de estos sucesos y gracias a su misma laxitud, ha terminado virtualmente su obra.

El espectáculo de París, desde la guerra, lo demuestra con evidencia. No es que falten talentos en Francia. Abundan, al contrario, lo que, a mi modo de ver es la prueba incontestable del fin de una era moral cuyo agotamiento se reconoce en el reino de la facilidad y de la vulgarización; en la actividad mundana sucediendo a los esfuerzos solitarios; en la moda y el gusto—conquistados casi unánimemente—instaladas sobre las posiciones abandonadas por la potencia creadora; en el advenimiento decisivo del interés, del dinero, del lujo, allí donde antes luchaban, por una silenciosa victoria, la fe, el desinterés, el anonimato más o menos voluntario. Nosotros hemos visto por nuestros ojos el mercantilismo, la intriga, el ansia del éxito destruyendo el carácter, la generosidad y el tormento de la gloria o de la santidad ignorada de aquellos mismos que por ellas están señalados y que definían a los hombres cuya historia nos ha sido contada o a quienes hemos conocido personalmente: Corot y Daumier, Barye y Puvis de Chavannes, Millet y Rousseau, los impresionistas, Cezanne y Renoir. Aun Ingres y Delacroix, colmados de honores uno y otro, pero rehusando la menor concesión, el menor equívoco, aquel por tes-

tarudez, por temperamento doctrinario, por espíritu de dominación; éste por conciencia profunda de su rol, desprecio de las contingencias y aristocrático verdadero.

¿Será necesario describir este nuevo ambiente del que es responsable la transformación de París en Bolsa y mercado de la pintura después de haber sido hogar de la actividad creadora desinteresada? Todo el mundo puede aquí, con un poco de buena voluntad, consagrarse a la pintura, sea para hacerla, disertar sobre ella, comprar o vender y, muy seguido, para hacer, discutir, comprar y vender a un mismo tiempo. Pululación de pintores, de ilustradores—como en toda época en que la elegancia sobrepasa la fuerza constructiva—, pululación de cuadros, de talentos, de ideas, de obras y artículos sobre la pintura o los pintores, incluyendo cien efebos geniales que encuentran todo eso muy natural; pululación de comerciantes, amateurs y capitalistas a la busca de fructuosas inversiones. Furiosa mezcla de apetitos. Fumisteria creciente. Exitación débil donde comienza a nacer el reflujó de la depresión. Persecución de un fantasma cada vez más inconsistente. Escuelas que duran de ocho días a seis meses, fundadas por el primer venido si tiene alguna malicia y que hacen mucho ruido, gracias a los boquiabiertos que en París siempre se reúnen con rapidez. Toda agonía abunda en parásitos.

II.

En verdad, creo que asistimos aquí no solamente a la agonía de la pintura francesa, sino de la pintura en general. Hay todavía verdaderos pintores. cierto, y todavía los habrá, pero, el admirable instrumento de individualismo lírico que es la pintura, me parece tocado de muerte. Que no se me diga que tenemos aún su necesidad. Yo no lo creo. La pintura, alejada de estos interiores claros y netos que, por otra parte, se habitan de menos en menos para correr los caminos; despedida de estos castillos o catedrales modernas que se llaman usina, estación, trasatlántico, palace-hotel; poco a poco destronada de sus posiciones estáticas por el dinamismo del cine y de la radio difusión, ha cesado de representar una utilidad social. Hay que decirlo claramente. Ya no tenemos necesidad de la pintura.

Y esto es así, yo lo creo, porque todo el mundo la hace, por que se ve a los niños mismos, liberados de profesores, dedicarse a la pintura con una frescura deliciosa de sentimiento. Parece que ha pasado entera, del dominio de los fines idealistas que se

alcanzan por la manifestación de los grandes sueños, al dominio de los medios prácticos en introducir en cada uno de nosotros, para expresarse a su gusto en una lengua común, al alcance de todos, como la escritura, para usos cotidianos y más llamada a ayudarnos en deberes generales que a manifestar a seres excepcionales en un territorio restringido y accesible sólo a la élite. No hay para qué levantar los hombros. No sería la primera vez que un arte deje de ser o que pase a ocupar un lugar secundario por no responder a exigencias comunes. El grabado y el bajo relieve han desaparecido desde hace 25,000 años de las grutas habitadas por las tribus cazadoras del sud este de Europa. El relato cantado y ritmado que agrupaba a los pueblos primitivos de hace 30 siglos, ha perdido aún para los orientales, el sentido heroico que significó durante largo tiempo. Ya no hay megalites en las landas bretonas. No más hipogeos grabados o pintados en las rocas neolíticas, pues el culto de la muerte se perdió poco a poco. Por iguales razones, no más estatuillas de tierra cocida en las tumbas de Tanagra ni en las necrópolis chinas. Desaparecida la escultura rupestre en la India, ya que la marea mística del brahmanismo y del budhismo que exigía tales demostraciones, bajó rápidamente. Terminaron los frescos en los muros de las criptas italianas porque el sentimiento cristiano se sutilizó, poco a poco, o encontró para desahogarse otro lenguaje que el que llegaba al corazón por intermedio de los ojos. No más vitrales al flanco de las catedrales francesas ni más mosaicos en los arcos de los templos bizantinos, ya que el sentido y el gusto del misterio se han divorciado quizá definitivamente de la creencia en paraísos extraterrestres. Y así, muy pronto, la pintura habrá terminado a su vez porque el poema individual va poco a poco entrando en la multitud. Ya no hay una arquitectura religiosa, no más en Oriente que en Occidente y lo poco que aun se hace en esa materia, por ausencia de su virtud, ha sido despojado de su belleza. No hay de verdadera religiosidad en nuestra época; al menos en Occidente, que esta fuerza exaltadora que la empuja a edificar monumentos industriales, estables o no; a trazar caminos, a lanzar puentes, a construir autos, navíos y aviones, lo que significa un espléndido desenvolvimiento de la confianza del hombre en su destino y que un día ha de servir como marco a la inserción de una mística nueva y unánime que quizá pueda ofrecernos el acuerdo de la ciencia especulativa occidental con un Oriente resucitado, del cual probablemente, el cine y la radio propagarán la Gracia.

¿Qué otra cosa significa la obra de Cezanne? No es acaso el

anuncio hecho a los hombres, por una personalidad formidable, de una especie de arte impersonal que no promovía—como se ha creído—la renovación de la pintura, sino más bien el homenaje instructivo de la pintura a la obra monumental que la humanidad había comenzado a construir y cuya generalización presentía, igual que el arte de Renoir parecía resumir la pintura antigua, como una ofrenda al esfuerzo logrado por los viejos maestros, reaccionando ambos (Cezanne y Renoir) contra la disociación impresionsita—de la cual, sin embargo, ellos eran un producto—y en la que ambos percibían los primeros síntomas de agonía? ¿No ha interpretado Seurat, en una ex-tática arquitectural rigurosa, la voluntad cezariana de llevar la pintura a la preocupación exclusiva de acusar los planos desprendiendo la materia cromática de contingencias individuales, anecdóticas y pintorescas? No se tiene la impresión de que el más grande pintor francés actual, André Derain, más que mantener las tradiciones de la pintura francesa frente a la ruidosa avalancha de pintores de todos los países y de estética en lucha, reivindica el derecho de vida del pensamiento, del método y de la nacionalidad francesa en el caos universal y el monumento imponente que eleva no significa en manera alguna la renovación de la pintura, sino más bien el cambio de frente de las sensibilidades que buscan agruparse alrededor de un esfuerzo colectivo? Yo conozco muchos pintores jóvenes, todos llenos de talento y de vida, apasionados por la creación, bastante puros además y alejados de las combinaciones de los mercaderes o esforzándose por huirlas. Y bien, en la crisis económica universal, cuando no se trata para casi ninguno de los que la sufren—ingenieros, industriales, abogados, arquitectos, médicos, agrónomos, cineastas—de adoptar otro oficio, ellos sienten y confiesan su inquietud. Buscan una profesión. Se preguntan si verdaderamente la pintura expresa todavía una necesidad general, si todavía mañana podrá, no ya enriquecerlos, pero siquiera alimentarlos o si ellos deberán obedecer a ineluctables necesidades sociales que están en camino y que ya penetran la realidad. Todos adoran el cine... Los más dotados de entre ellos, buscan el medio de hacerlo. ¿No es este el indicio capital, entre tantos otros, de la sustitución de una forma naciente de lengua de colectivo a una forma agotada de lenguaje personal?

Abro aquí un paréntesis para ilustrar mi discurso con una imagen que apoyará la argumentación. Porque las relaciones de la familia con la sociedad, aunque se hayan hecho de más en más incoherentes, todavía constituyen el medio de ver un

poco más claro en lo que pasa a nuestro alrededor. Desde hace algunos años, el burgués francés—y hasta el europeo, quizá—inducía a su hijo a pintar. Porque ahora la pintura alimentaba a su hombre, y bastante bien, y no era raro que a los veinticinco años, cualquier joven maestro paseara por los caminos de Francia, en su Citroen o en su Talbot, a los padres extasiados. Notad que yo no veo ningún inconveniente en que la pintura alimente bien a su hombre, a condición de que ese hombre sea hecho para la pintura y no la pintura para él. Pero se cree que había en París, antes de la crisis, y quizá los hay en la actualidad, cuarenta mil pintores, sin contar, como hubiera dicho Rabelais, ni a las mujeres ni a los niños. ¿Creéis vosotros que las necesidades espirituales a las que todavía podría responder la pintura, exijan esa cifra? Quiere decir que ayer reinaba y seguramente reina todavía, una monstruosa desproporción entre el número de pintores y las posibilidades de desenvolvimiento de la pintura. Y ese fenómeno antisocial, nos lleva a la rehabilitación del burgués de 1830. Había, en 1830, un buen número de jóvenes románticos—no 40,000 a decir verdad, pero quizá 400—para quienes el oficio de pintor consistía en fumar narguilehs y beber ponche considerando el modelo desnudo con una avidez no siempre de orden estético, en un taller amoblado a la oriental en el que algunos amigos realizaban un asalto de esgrima entre la partida del poeta de los manifiestos retumbantes y la llegada del virtuoso a la moda. El padre de Corot, que dirigía una tienda de modas, estaba obligado a saber que ese muchachote desaliñado, tímido como una doncella, animoso sin embargo, alegre, buen vividor,—lo que es una conveniente preparación para un parecido género, de vida—era un pintor de nacimiento. ¿Y estaba errado, en su rol de padre, al prohibirle ese oficio? Acaso no conocía entre sus relaciones comerciales a diez padres que se habían comportado como él y cuyos hijos pródigos volvían, después de algunos meses, para medir géneros, pesar la pimienta y llevar la contabilidad en la tienda paterna? El burgués de 1830 era un buen ciudadano y el padre de Corot era el mejor de todos. Hay que alejar de la pintura a quien no ha nacido para ser pintor. Y quien ha nacido para serlo, lo será contra todo y contra todos. Quizá tanto mejor cuanto más larga y obstinadamente haya sido obstaculizado su vivo instinto.

III

Cerremos el paréntesis y remontémonos más alto, antes de la guerra misma, que parece haber traído, en el conflicto exis-

tente entre la civilización que muere y la civilización que nace, la necesidad de una elección definitiva. ¿Cuáles son los pintores todavía vivos que reinaban en esa época en la opinión de los estetas venidos de todos los puntos del mundo con el solo fin de edificar en los cafés de Montparnasse cien teorías o sistemas derribados al día siguiente, pero que, sin embargo, mantenían en ese medio inteligente, móvil, nervioso, apasionado, una tan rica fermentación? Bonnard, a quien se vuelve a estimar hoy día, estaba casi olvidado. Derain, anexado al *fauvismo* no se había todavía definido. Soutine, que a mi entender, trae al conflicto de las ideas el elemento trágico de un temperamento indiferente a las abstracciones y destrozado hasta sus más íntimas fibras por el drama ambiente que expresa en armonía sangrientas y chorreantes, no se había revelado todavía. Sólo Picasso de un lado y Matisse del otro, representaban los dos polos de las estéticas en lucha. El uno buscando en la sensación coloreada una especie de alquimia concreta que pudo extraer de la forma el máximo de la riqueza cromática que encierra; el otro pidiendo a sus arabescos lineales que lo condujeran a edificios abstractos—que él llamaba poesía y que en efecto son poesía—cuya preocupación primera era no deber nada más a la «naturaleza» y debérselo todo al espíritu, en adelante dueño absoluto de inventar, de construir y dar vida a las ideas. De un lado, un occidental llegado a la extremidad de la larga búsqueda europea. Del otro un oriental desensualizado por el genio semítico y llegado a la extremidad de la ensoñación asiática. ¿Qué ha resultado de esos dos esfuerzos cuya nobleza me guardo de negar, como tampoco la fuerza de realización en la obra respectiva de cada uno, la potencia de acción sobre todos los artistas que le han seguido y no me equivoco al decir que se trata de los artistas del mundo entero?

Matisse no ha hecho más que llevar hasta un grado de sublimación superior todas las conquistas del impresionismo y, para ir más lejos, de Manet, olvidando la última substancia de las cosas, la caracterización de materias y rostros, para levantar en el vacío armonías absolutas que, por singular encuentro, han llevado la pintura occidental más allá de los ceramistas chinos y de los tapiceros persas. Picasso ha logrado enrollar a la mitad de los pintores en senderos arbitrariamente trazados en el espacio puro, que a nada les han conducido. Pero aun allí, él obedecía, sin saberlo, al instinto que empuja al oriente a adoptar para su salud las construcciones utilitarias del pensamiento científico. De allí, efectivamente, salió el cubismo. Ha abortado, es cierto, en cuanto introducción al reino de un

espíritu arquitectural, fuera de sensibilidades y de modas. En suma, estos dos pintores han realizado una nueva etapa de la acción emprendida por Cezanne y Renoir. Una etapa analítica, de sólidos cimientos, sistematizada, decidida a destilar por Matisse todos los secretos de la vieja pintura que Renoir había resumido por instinto y a exponer, por Picasso, las exigencias de la nueva civilización que Cezanne había simbolizado plásticamente con su esfuerzo. Braque ha ido del uno al otro, introduciendo en los ritmos abstractos imaginados por Picasso una más austera equivalencia de las extraordinarias sutilezas armónicas que Matisse había inventado.

No tengo para qué preguntarme aquí, qué quedará de esos maestros—porque son maestros hasta en sus errores y en sus rebuscas más descabelladas—ni apreciar los desastres que han provocado en la pintura misma ni los caminos que hayan trazado en el espíritu desinteresado de sus fines. Parece que ambos han llegado al final de la vía que han abierto y que a lo mejor no es más que un callejón como sucede siempre que una intención demasiado sistematizada guía la mano. El primero ha alcanzado una calidad cromática increíble; ha tendido sobre la pintura un arroyo de armonías especiales que no necesita soporte alguno, una música atmosférica realmente inhumana, pero irresistible, que ha facilitado al Oriente la acogida que le hemos hecho, pero que obliga al pintor a trabajos de puro virtuosismo, rol bien ingrato y difícil de mantener. El segundo no cesa de dedicarse a ejercicios intelectuales no menos extraordinarios que le han permitido levantar edificios artificiales destruídos y reconstruídos como juguetes, un remolino lineal en un espacio irreal que, ciertamente—hay que repetirlo—introduce de lleno al Oriente en lo improvisto, de un mundo donde la ciencia descubre y hasta describe nuevas dimensiones, pero que agrega un peso al cultor de la quinta esencia abstracta, condenado a proporcionar cada día a su público, un nuevo tema de pensamiento, como un payaso debe hacer reír al suyo cada noche. Se comprende mejor, frente a esas danzas sobre huevos y puntas de aguja, el éxito del aduanero Rousseau, copiando la naturaleza con una imaginación tan fresca que la transforma constantemente sin quererlo, abriendo sus ojos sorprendidos ante la inocencia del mundo, recuperando la entera pureza del corazón en medio de una anarquía intelectual y plástica que no percibe otra vía posible que la imitación estúpida de formas primitivas o la persecución desbocada de sistemas tan pronto destruídos como apresuradamente edificados en la polvareda de bizarras controversias; nunca la emo-

ción puras y simple, nunca el amor del objeto, nunca la comunicación directa de la sensibilidad viva con la vida universal, nunca la educación paciente del espíritu por el encuentro y concordancia de la intuición espiritual con el conocimiento ferviente de lo exterior.

La rebusca del estilo por el estilo es un error fundamental—estoy tentado de decir trágico—y que hará que este tiempo sea juzgado con severidad. El estilo es el acento unánime que toman todas las manifestaciones estéticas de una época que cree en alguna realidad moral, espiritual o social, común a todos los hombres de esta época. Necesita, por lo tanto y antes que todo, un estado de inocencia, aquel, precisamente, que amamos en Rousseau o en un pintor vagabundo e impulsivo como Utrillo. Es este estado de inocencia lo que explica la invasión de las mujeres en la pintura, tanto como en las letras, porque las mujeres, aun en el vicio, guardan una especie de candor sensual que está muy próximo al candor de corazón. Es este estado el que explica, todavía, el atractivo que experimentamos por el arte femenino, aun cuando carezca de ciencia, aun cuando sea de una calidad de valores o de color discutible, si su frescura, su espontaneidad, su simplicidad y hasta su malicia natural nos alcanzan, lo que sucede muy a menudo. Los pintores demasiado inteligentes nos han alejado de la pintura. No nos preguntamos, frente a las obras de las mujeres, si tal o cual perdurará, si tal o cual nos revela un héroe o un santo o alguna gran idea en marcha o una etapa por franquear que sea decisiva. Gozamos de esa obra con simplicidad y esto ya es algo. Y no podemos dejar de recordar frente a ella que han sido las mujeres, en todas las horas críticas, quienes han salvado el espíritu del mundo retornando por el más corto camino a los dictados del corazón. Y también que ese movimiento de las mujeres hacia lo simple y lo directo en el dominio del sentimiento, es y ha sido siempre contemporáneo del movimiento de algunos raros hombres hacia lo simple y lo directo en el dominio de la razón práctica y del buen sentido. No puedo dejar de hacer un parangón entre los tiempos llenos de ansiedad en que todos nos sentimos, frente a la emancipación moral de las mujeres y la potencia creciente de los movimientos populares, la proximidad de una fe y por consiguiente de una sociedad nueva y de otra parte el fin del mundo antiguo en el que, surgiendo del naufragio de la fortuna y del poderío material de las autocracias y oligarquías declinantes, el cristianismo nacía en el corazón de las mujeres y de las gentes pobres. Tampoco puedo dejar de recordar, que los grandes trabajos de la Roma

imperial, circos, puentes, acueductos, teatros, rutas enlosadas el más bello esfuerzo de arquitectura utilitaria que se haya realizado jamás, eran contemporáneos de esa nueva inocencia, como son contemporáneos de nuestra inocencia nueva los grandes trabajos del agonizante estado actual: usinas, viaductos, navíos, puertos, automóviles y empresas gigantes de cinema y aviación. Me parece que la ciencia exacta tanto como la ciencia aplicada, tienden a rehacer nuestro candor oponiendo a nuestras complicaciones sentimentales y a nuestra psicología laberíntica, soluciones simples, respuestas cortantes, estandarización racional de nuestros esfuerzos demasiado dispersos y mecanización lógica de nuestros gestos demasiado desunidos. La solución en materia artística, ya no está en la vuelta a los griegos, ni a los romanos, arte clásico que en este momento intenta recuperar, en París, la supremacía sobre las estéticas africanas, polinesias o precolombinas; solución que tampoco puede encontrarse—en materia política—en el retorno a autocracias decididamente condenadas—al menos en sus formas definitivas—o en materia religiosa, en la vuelta que se preconiza con un especie de resignación—y más bien por miedo que por fe—al catolicismo, edificio admirable que cae en ruinas y cuya restauración no podría adaptarse a las exigencias de una sociedad en génesis y de una mística por venir.

Henos aquí de regreso, por un rodeo necesario, a la pintura monumental de Cezanne y al límite colocado por Derain a nuestros desarreglos plásticos. Esas obras, lo repito, tienen una simbólica significación. La ciencia experimental, la ciencia especulativa y la ciencia aplicada, construyen un monumento impersonal que tiende poco a poco al anonimato y cuya generalización a través del mundo coincide estrechamente con la aparición de un método inexorable de construcción económica y de construcción social. El rol del individualismo declina a medida que el individuo se integra más estrechamente a este esfuerzo colectivo. No ha sido ayer que nos hemos dado cuenta de la belleza creciente de la arquitectura inmueble y mueble que los ingenieros sustituyen cada día más rápidamente a las edificaciones extravagantes de arquitectos propiamente dichos—perdidos, ahogados, sumergidos como los pintores mismos en las imitaciones compuestas del arte griego, egipcio, romano, bizantino, ojival, árabe, mesopotamio, azteca o renacimiento—y de entre los cuales algunos como Berlage y sus discípulos en Holanda, Loos y los suyos en Alemania, en Francia Perret y más recientemente Le Corbusier, han ido a pedir a los ingenieros del cemento armado y del hierro, lecciones de ló-

gica, de simplicidad, de probidad, de adaptación de la obra a su fin verdadero. Como siempre que el caos reina, se trata de conquistar una nueva inocencia y la ciencia y sus aplicaciones, con las lecciones de honestidad intelectual que ellas nos dan, constituyen el mejor instrumento de que podemos disponer hoy día para proceder a esta tarea de higiene mental. Hay más pureza verdadera e ingenuidad creadora en los hangares de Orly y en el puente de Plongastel debidos al ingeniero Freysinnet, que en todos los esfuerzos, tan sinceros como se quiera, de todos los teólogos clericales y laicos reunidos. Esos trabajos de arte y muchos otros, cada día más numerosos en el vasto mundo, se solidarizan de manera cada vez más estrecha, no solamente con los monumentos utilitarios de los romanos, sino con todos aquellos de épocas profundamente penetradas de esta fe unánime—cualquiera que sea que hace la fuerza de las sociedades y la virtud creadora de las místicas: pirámide y templos egipcios, observatorios caldeos, pagodas chinas, catedrales, mezquitas y fortalezas de la cristiandad y del Islam. He aquí por qué yo pienso que la pintura y la escultura están destinadas a desaparecer muy pronto o por lo menos a integrarse humildemente en los marcos inexorables de la arquitectura mueble e inmueble que ya ha conquistado el mundo gracias a las necesidades a las cuales responde. Y que el cine constituye, por decirlo así, el órgano de reemplazo que su desaparición reclama para responder a los imperativos de nuestra sensibilidad, por caracteres sociales exactamente idénticos a los de esta nueva arquitectura que pretende satisfacer a una estandarización universal, a leyes económicas generales, a ritmos colectivos, a exigencias multitudinarias de producción y consumación, a medios mecánicos y, en fin, a una confrontación cada vez más compleja de los recursos con las facultades líricas y posibilidades místicas de los pueblos.—E L I E F A U R E.

(Traducción de A. Rojas Giménez para *Atenea*).

RUBEN DARIO; CASTICISMO Y AMERICANISMO

ESTE volumen, como publicación del Consejo de Estudios hispanoamericanos, contiene un Prefacio de dos páginas escrito por el Director, profesor J. D. M. Ford.

Con referencia a los propósitos del Consejo: dice:

El primero es el de preparar bibliografías aprovechables de las bellas letras de las regiones del Nuevo Mundo, donde se habla español o portugués; el segundo es el de proporcionar libros, monografías y artículos relativos a las figuras capitales y a los aspectos más importantes de la literatura de esas regiones. La obra del profesor Torres es una contribución que procura ilustrar ese segundo aspecto».

Una biografía de Rubén Darío escrita con autoridad e imparcialidad ha sido por mucho tiempo un desiderátum. A pesar de ello, el lector de las poesías de Darío no ha menester su biografía. Cuando escuchamos una orquesta, no nos interesan los detalles de la vida del violinista, por escandalosos que sean. Puesto que lo mejor que hay en los versos de Darío es su música, el placer que nos producen antes disminuye que aumenta por la biografía.

La historia de la vida de Darío es una triste crónica de miseria humana, por una parte, y de vergonzosa explotación por otra: su propensión a la embriaguez y la facilidad con que ciertos individuos se aprovecharon en propio beneficio de la fama ganada por el genio poético de aquel. Esa explotación no terminó con su muerte. De entonces a hoy, ciertos periodistas latinoamericanos han visto que las anécdotas sobre la vida bohemia de Darío eran bien pagadas por la prensa. No hay duda que las sumas de dinero pagadas por editores de libros y periódicos por historias referentes a la dipsomanía de Darío, sobrepasan con mucho a todo lo que Darío mismo recibiera en pago de sus versos.

En la sección biográfica de su libro, el profesor Torres no se ha detenido a comentar esa parte de la vida de Darío, y uno de los méritos de su biografía es el de haber elegido solamente aquellos episodios de su vida que tenían una relación directa con alguna característica de la obra del poeta. Además, la responsabilidad por la exactitud de ciertas declaraciones queda por cuenta de quien publicó primero cualquiera de las historias referentes a Darío, al citar el texto de su relato. Es de celebrar, igualmente, que el profesor Torres presente en todos sus detalles la vergonzosa explotación de Darío, ya de tan larga data. En suma, ha escrito una verdadera biografía.

En tal respecto este libro se aparta de varios otros publicados recientemente. Hay uno, por ejemplo, en el cual las expansiones raciales de Darío, el poema a Roosevelt y otros, dan pie a las diatribas del autor contra las pretendidas miras imperialistas de Estados Unidos. Es un hecho curioso que esos poemas pro-

duzcan entre nosotros los norteamericanos más sonrisas que resentimiento. En todo caso, un libro de historia literaria no calza bien con la propaganda política. Otro libro reciente acerca de Darío se propone probar que Darío era un degenerado mental, un soñador, y que la música de sus versos, tan grandemente admirada e imitada, debíase a la falta de dominio de sus nervios, tara propia de los borrachos. En consecuencia, los versos de Darío no deben ser admirados ni imitados. Por la misma razón, según el que esto escribe, la Reforma y todas sus consecuencias debían ser condenadas por el hecho de que Martín Lutero era un ebrio consuetudinario afecto a desordenes nerviosos, y un visionario. Caramba!

Sin embargo, el propósito primordial del profesor Torres no es el de la biografía pura y simple; es la crítica, orientada a mostrar la ascendencia literaria de Darío desde Berceo, pasando por Góngora, Calderón, Zorrilla, Bécquer y Núñez de Arce: su *casticismo*. Con esto presta un verdadero servicio a la verdad en materia de historia literaria, visto que tantos otros escritores han exagerado la devoción de Darío a Víctor Hugo, Verlaine y otros poetas franceses, ya sea por ignorancia de la poesía española o por simpatía hacia la francesa. El punto de vista de Torres se expresa así:

Toda renovación métrica tiene que hacerse a base de una resurrección de antiguas formas olvidadas o mediante la influencia de idiomas extranjeros. Los cultivadores del mito del galicismo han visto en las innovaciones de nuestro poeta influencias francesas hasta en las más castizas formas y han dado a Darío el prestigio romántico de un desenfrenado revolucionario. Y, sin embargo, fuera de la estrofa del *Responso a Verlaine* no hay nada en la métrica del poeta nicaragüense desconocido en nuestra poesía.

Comenzando con una discusión del verso alejandrino, el profesor Torres se ocupa, una a una, de las peculiaridades métricas de Darío, rastreando su origen español. El alejandrino de dos cesuras, o de una más allá de la séptima sílaba, era lo suficientemente usado por los viejos poetas españoles para que sea necesario suponer que Verlaine sirviera de modelo a Darío, aunque haya conveniencia en llamar a ese verso y al de trece sílabas, alejandrino francés. Torres insinúa con respecto al uso de preposiciones y palabras inacentuadas al final del verso y a la partición de una palabra entre dos líneas que esas son peculiaridades que el propio Verlaine imitó de Góngora y Calderón.

El que esto escribe estima que el considerable número de alejandrinos franceses y *enjambements* que se presentan en el poema «El Reino Interior» fueron escritos deliberadamente por Darío como tributo al poeta francés. Darío era maestro

consumado en el arte de imitar el estilo de quienquiera que sea, ya se tratase de Campoamor, Chocano o Antonio Machado. El poema nombrado es un homenaje a Verlaine con no menos razón que el gran *Responso*. Por consiguiente, no hay en ello base suficiente para un argumento en pro o en contra.

Si existiese evidencia precisa de dónde y cuándo aprendió Darío a leer francés, eso serviría para aclarar varias cuestiones. ¿Aprendió Darío a conocer el alejandrino francés en San Salvador por intermedio del poeta Francisco Gavidia? ¿O había leído traducciones de varios poetas franceses? Un frecuente traductor de versos franceses fué el colombiano Rafael Pombo. Por más que su obra apareciera allá por el tiempo del nacimiento de Darío o antes, las traducciones de Pombo pudieron ser conocidas de éste. Una característica de las traducciones de los alejandrinos de Lamartine y Hugo por parte de Pombo, es que algunos de esos poemas aparecen repartidos en cuartetas de rima alterna, con el segundo y cuarto verso agudos. Véase por ejemplo, esta estrofa de *La Tristesse d'Olympio*:

Decidme, ¡oh verdes copas de nidos y de arrullos!
 ¡Suspiradores céfiros, arroyo gemidor!
 ¿Murmuraréis para otros vuestros dulces murmullos?
 ¿Concertaréis para otros vuestra canción de amor?

En otros poemas Pombo emplea la sextina con rima aguda en la tercera y sexta líneas. Esta es la forma favorita de Darío para el alejandrino, de las cuales hace uso en sus primeros poemas Víctor Hugo y la tumba, en la Sonatina, Momotombo, y Tutecotzimí. La cuarteta con rima alterna masculina y femenina es igualmente común en Lamartine y en Hugo; Darío la usa en sus sonetos alejandrinos. La sextina con rima aguda en la tercera y la sexta línea es asimismo frecuente en Hugo y se la encuentra también en Musset y Gautier. Darío pudo haber imitado esa forma por su propia cuenta o puede haberla visto empleada por Pombo y otros traductores de versos franceses. Sería interesante encontrar traducciones castellanas de los poemas de Hugo que Darío menciona en Víctor Hugo y la tumba. Mapes, en su *L'Influence française dans l'oeuvre de Ruben Darío*. (París, 1925) se pregunta si Darío a los diez y ocho años de edad no habría leído ya todas las obras importantes del poeta francés. ¿Las conocería en traducción o en su original?

Otro mito contra el que embiste el profesor Torres es aquel que expresó primeramente Rodó cuando escribió refiriéndose a Darío: «No es el poeta de América». Rodó lo juzgaba solamente por sus *Prosas Profanas*. En un libro posterior de Darío,

su *Canto de vida y esperanza*, compuesto de los poemas escritos después de su gira por España en 1899, demuestra un cariño por las cosas españolas y americanas que no había mostrado hasta entonces. En este volumen aparecen *La salutación del optimista*, los poemas de don Quijote y los *Retratos*. Las leyendas americanas *Momotombo* y *Tutecotzimí* son posteriores y pudieron haber sido escritas por emulación con Chocano. Demuestran ellas que Darío no era negado a las sugerencias del paisaje de América. El profesor Torres dedica un capítulo a la cuestión «¿Hasta qué punto supo Darío interpretar la emoción de la naturaleza americana?» Se contesta diciendo que Darío «fué uno de los más certeros observadores de nuestro paisaje» y lo confirma con numerosas citas. Pudo haber citado mucho más.

Entre lo que menciona hay una pintura de la *Sinfonía en gris mayor*:

La siesta del trópico. La vieja cigarra
ensaya su ronca guitarra senil,
y el grillo preludia su solo monótono
en la única cuerda que está en su violín.

Casi todo este poema es la descripción de una mañana de niebla con sus varias tonalidades grises en el cielo, en el mar y en los barcos, todo lo cual fué «anotado *d'apres nature*», según afirma el poeta. Pues bien, el crítico de Darío ya mencionado, condena su poesía como la de un soñador, y por lo tanto falsa, y se apoya en este poema y en el aserto de que fué copiado del natural con miras de probar su tesis.

Las descripciones que hacen los visionarios no corresponden a la realidad del mundo exterior sino a los estados mentales del autor,

dice y cita a otros poetas que han cantado la luz ennegadora del trópico. Todos sabemos que la niebla apaga la luz solar y hace aparecer el cielo como una placa de zinc. Sería interesante, sin embargo, saber si mañanas grises como esa son una característica del paisaje nicaragüense. El firmante no ha estado nunca en Nicaragua, pero ha visto mañanas de verano en California en que las nieblas del Pacífico creaban un paisaje que era la imagen del poema de Darío, por lo cual éste nos parece una admirable obra de arte.

Al final del libro del profesor Torres hay once páginas de bibliografía referentes a obras originales, como asimismo a biografía y crítica que han aparecido ya en volumen o como artículos sueltos. Aun así la lista no está completa. Entre las omisio-

nes que notamos se hallan la *Anthology of the Modernista Movement in Spanish America* (Boston, 1923) del que firma; Alberto J. Rodríguez *Ensayo sobre Rubén Darío* (Buenos Aires, 1916); R. D. Silva Uzcátegui *Historia crítica del modernismo* (Barcelona, 1925); idem *Psicopatología del soñador* (Barcelona, 1931).

El estudio del profesor Torres es un libro indispensable para cualquier estudiante de Darío y al mismo puede ser recomendado como uno que hará casi innecesario cualquier otro libro de consulta para el común de los estudiantes. —ALFRED COESTER, Universidad de Stanford, California.

La afirmación del profesor Coester con referencia a la explotación del alcoholismo de Rubén Darío a manos de sus críticos, puede tener ciertos fundamentos en casos muy determinados; pero no deja de ser arbitraria en boca de un compatriota de los difamadores de Edgard Poe. No sabemos de ninguna «inmortal infamia» contra Darío que puede equipararse con la del Reverendo Griswold a la muerte de Poe; ni homenaje tan hipócrita como el que se halla inscrito en una tableta del Hall of Fame de Nueva York, donde se hace alusión a la dipsomanía de Poe como una de las tachas del genio.—N. de la R.

NOTAS Y DOCUMENTOS

MEMORIA DEL DIRECTOR DEL INSTITUTO DE FISILOGIA DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION POR EL AÑO 1931.

I.—PERSONAL DEL INSTITUTO DE FISILOGÍA

Se nombró como Jefe de Trabajos Prácticos del Instituto de Fisiología el señor Eduardo Viñals, antiguo alumno de la Universidad de Concepción y antiguo ayudante del Instituto de Fisiología, que volvió a Concepción después de terminar sus estudios en la Facultad de Medicina de Santiago.

En reemplazo del señor Sergio Veshñakov que aceptó un puesto de distinción en el Instituto M. T. Sanitas en Santiago, se nombró Jefe de Trabajos Técnicos del Instituto de Fisiología al señor Emilio Poch, antiguo alumno de la Escuela de Química Industrial de la Universidad de Concepción.

Se nombraron como ayudantes los señores Hernán Miranda y Guillermo Reyes, estudiantes de Medicina de nuestra Universidad.

El personal del Instituto se compone de las personas siguientes:

- Alejandro Lipschütz, Profesor y Director.
- Eduardo Viñals, Jefe de Trabajos Prácticos.
- Emilio Poch, Jefe de Trabajos Técnicos.
- Dagmar Staden, Secretaria.
- Gertrud Hempel, Laboratorista.
- Hernán Miranda, Ayudante.
- Guillermo Reyes, Ayudante.
- Remigio Henríquez, Mayordomo.
- Guillermo Castillo, Auxiliar.
- Pedro Campos, Auxiliar.

El Director deja constancia de que todo el personal ha cumplido en la mejor forma con sus obligaciones.

II.—ENSEÑANZA

Igual que en los años pasados, también en el año transcurrido la enseñanza estuvo dividida en el *curso práctico* de Fisiología en los meses comprendidos desde Abril hasta comienzo de Julio y el *ciclo de conferencias* en los meses Julio-Agosto y Octubre-Noviembre.

El Director tiene la convicción de que toda la enseñanza de la Fisiología será tanto más provechosa cuanto más se reduzca la clase dictada, en favor de la clase práctica, en la cual cada estudiante participa él mismo en los experimentos. También en los llamados experimentos de «demostración» el estudiante estaba *en contacto inmediato* con el personal de enseñanza. Aun en el ciclo de conferencias acompañadas de proyecciones luminosas y de películas se ha logrado mantener con éxito tal contacto inmediato entre estudiante y profesor. Piensa el Director del Instituto que sólo en esa forma la enseñanza de la Fisiología puede ser una *enseñanza individual* y una *enseñanza sincera*, en la que el profesor y el personal de enseñanza desciendan de la altura de la cátedra para mezclarse con la estudiantada. Por el momento el Director está empeñado en relacionar de manera más estrecha el curso práctico y el ciclo de conferencias.

La asistencia en el curso práctico fué muy buena sin que se pasara lista. Teniendo cada alumno su lugar fijo en uno de los mesones de la Sala de Clase Práctica, la ausencia del ocupante se nota inmediatamente, estableciéndose así un *control de asistencia natural*. Se deja constancia de que varios estudiantes cuya inasistencia se había advertido por el control mencionado, espontáneamente resolvieron no presentarse a los exámenes, de tal suerte que la resolución del Director del Instituto de no permitir la presentación a los que no participaran de manera regular en el curso práctico, no alcanzó a ser aplicada.

En el año transcurrido por primera vez se adoptó el sistema de *examen práctico*. Se confeccionó una lista de 20 grupos de pequeños experimentos tomados del curso práctico, entregándose una copia de la lista a cada uno de los estudiantes de Medicina y Dentística, en la última clase a fines de Noviembre. Diez días después se hizo el examen práctico que en su totalidad duró una semana, presentándose más o menos diez estudiantes por día. El éxito del examen práctico puede considerarse como franco. La mayoría de los estudiantes de Medicina revelaron

buenos conocimientos, lo que se comprobó en el examen oral ante la comisión respectiva en el mes de Enero.

Menor fué el éxito de los exámenes práctico y oral de los estudiantes de Dentística, a pesar de la buena voluntad y buena asistencia de los estudiantes de esa Facultad. El Director del Instituto está por el momento empeñado en resolver de manera más eficiente la cuestión de la enseñanza de Fisiología para los estudiantes de Dentística.

En la enseñanza práctica participaron los jefes y ayudantes del Instituto.

Gracias especialmente al interés que tomó en el desarrollo del Instituto el Presidente de la Universidad, D. *Enrique Molina*, fué posible adquirir en el año pasado cierto número de películas fisiológicas francesas, disponiendo el Instituto ahora de veinte películas. Se revelaron de gran utilidad en el ciclo de conferencias de Julio-Agosto y Octubre-Noviembre. El Director opina que las películas pueden aprovecharse en la enseñanza de fisiología, especialmente si se interrumpe la proyección repetidamente para el intercambio de ideas con los estudiantes.

III.—INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

En el año 1931 se continuaron los estudios emprendidos por el Director en el año 1927, sobre el lóbulo anterior de la hipófisis, los estudios sobre foliculina y varios otros problemas relacionados con la Fisiología Sexual.

Los temas científicos estudiados durante el año 1931 fueron los siguientes:

Diferencias entre las hormonas hipofisarias de dos distintas especies, como Rata y Cuy;

Diferencias entre la hipófisis masculina y femenina de la Rata (en colaboración con G. Reyes);

Comportamiento funcional de la hipófisis después de intervenciones ováricas;

Comportamiento de fragmentos ováricos en el Cuy (en colaboración con Osnovikoff);

Trastornos experimentales del ciclo sexual (en colaboración con E. Viñals);

Pigmentación experimental en la región mamaria (en colaboración con M. Merino);

Influencia de la foliculina sobre la pigmentación del plumaje en el gallo, la paloma y el treile (en colaboración con E. Poch, H. Miranda y E. Viñals);

Condiciones de extracción de la foliculina de la orina de la yegua preñada (en colaboración con E. Poch);

Transplantación del ovario del Cuy de pelaje salvaje en Cuy regular (en colaboración con el Dr. Thales Martins en el Instituto Oswaldo Cruz en Río de Janeiro);

Comportamiento del injerto ovárico después de permanencia de varios años en el riñón;

Transplantación testicular intrarrenal (en colaboración con L. Ibieta);

Ciclo sexual del Coipo chileno (en colaboración parcial con Muñoz de Valdivia);

Hipospadia espontánea en el Cuy;

Hiperdactilia en el Cuy;

Pilosidad en el Hombre (en colaboración con R. Reyes y Oliver Schneider);

Comportamiento histológico del testículo en un caso de pseudohermafroditismo (en colaboración con el Dr. Cádiz Oyarzún de Valparaíso);

Comportamiento de la orina en un caso de masculinización en la mujer, por tumor (en colaboración con E. Viñals).

Se prestó también especial atención a la observación de anomalías y estados patológicos en los animales del laboratorio constatando la hipospadia en el cuy, atrofia unilateral en el útero en el cuy, prolapso intestinal por ruptura del útero en el cuy, malformación de embriones en la preñez después de una sección cesaria en el cuy, y otras.

IV.—MEMORIAS

En el año transcurrido se realizaron en el Instituto por primera vez trabajos de investigación destinados a confeccionar memorias para optar al título de médico-cirujano de la Universidad de Chile, por los señores M. Merino, L. Ibieta, Osnovikoff y Oliver Schneider, antiguos alumnos de la Universidad de Concepción.

La primera memoria fué presentada por el señor M. Merino con el título «Estudio experimental sobre la pigmentación de la región mamaria del cobayo». La comisión estaba compuesta por los señores profesores Dr. Th. Huhm, Profesor de Fisiología Experimental; Dr. E. Cruz Coke, Profesor de Química Fisiológica; Dr. Croizet, Profesor de Anatomía patológica. La memoria fué aprobada *con distinción máxima* como consta de un oficio de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas de la Universidad de Chile, del 9 de Noviembre de 1931.

A más de los señores mencionados, trabajan actualmente en el Instituto a objeto de hacer memorias, los Jefes el señor E. Viñals (Facultad de Medicina) y el señor E. Poch (Escuela de Química Industrial).

El Director del Instituto considera de su deber llamar la atención del Honorable Directorio sobre el hecho de que una reducción de los presupuestos del Instituto dificultaría a los antiguos alumnos de la Universidad de Concepción que pasan su año de Internado en los Hospitales de la misma ciudad, el confeccionar memorias experimentales, lo que sería una desventaja muy considerable para la obra científica nacional, y además dificultaría a la Universidad de Concepción conquistar la posición científica nacional e internacional que ha empezado a ganarse.

V.—EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Se dictaron por el Director las siguientes conferencias:

- 1) En el Congreso de Maestros Primarios y Secundarios Alemanes de Chile, con demostración de películas, en el Instituto de Fisiología;
- 2) En la Universidad Católica;
- 3) En el salón de Conferencias de la Universidad de Concepción;
- 4) (En la Sociedad Chilena de Microbiología e Higiene en Santiago);
- 5) En la Sociedad de Biología de Santiago;
- 6) En la Sociedad Científica Alemana de Santiago;
- 7) En la Clínica Quirúrgica de la Universidad de Chile (servicio del Dr. Vargas Salcedo).

Todas las conferencias trataron sobre problemas relacionados con la labor de investigación del Instituto mismo.

VI.—LABOR SOCIAL

Es una satisfacción especial para el Director del Instituto anotar que en el año transcurrido el Instituto fué consultado por varias instituciones o profesionales en el país.

Varios médicos consultaron al Director en casos de trastornos endocrinos y en cuestiones referentes a la investigación científica, enviando especialmente de Santiago o de Valparaíso enfermos o material para el examen.

Otros médicos o instituciones nacionales consultaron al Director del Instituto en cuestiones de alimentación popular, edu-

cación física, educación en general, investigación experimental.

En muchos casos se impartieron datos de índole bibliográfica.

Todos estos consejos sea de orden médico o científico fueron impartidos sin remuneración alguna...

VII.—DONACIONES AL INSTITUTO

Varias instituciones ayudaron al Instituto de Fisiología procurando gratuitamente animales de experimentación.

Mencionamos en especial a *Don Enrique Matte*, Presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura en Santiago, *Don Balbino Sanz*, antiguamente Director del Instituto Biológico de la misma institución en Santiago; *Don A. Eastman*, hacendado en San Francisco de Limache, *Instituto M. T. Sanitas* en Santiago.

Debemos dejar constancia de que siempre encontramos buena voluntad y ayuda también en la ciudad misma, de parte del Director del Matadero y muchos otros.

VIII.—RELACIONES NACIONALES E INTERNACIONALES

El Instituto de Fisiología sostuvo durante el año 1931 relaciones científicas muy íntimas especialmente con varios Institutos y Clínicas de la Universidad de Concepción, con varios Institutos y Clínicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica.

Además se mantuvieron relaciones científicas con varias instituciones del Brasil, como el Instituto Oswaldo Cruz y la Facultad de Medicina de Sao Paulo, de Montevideo, de Buenos Aires, especialmente con el Instituto de Fisiología y muchos otros.

Íntimas fueron también las relaciones con varias instituciones universitarias y científicas de España y Portugal, de Alemania, de Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, Japón y con el Peking Union Medical College en China.

De gran provecho científico fueron las relaciones con las instituciones correspondientes de los Estados Unidos.

IX.—DISTINCIONES

El Director del Instituto de Fisiología fué nombrado en el año 1931 Miembro Correspondiente de la Société de Biologie de París.

X.—PUBLICACIONES

El Instituto de Fisiología publicó en el año 1931 los resultados de sus investigaciones en el Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción, en los C. R. de la Société de Biologie de París y en varios Archivos científicos.

Los títulos de las publicaciones del año 1931 son los siguientes:

A. ILLANES: Resistencia de la capacidad germinativa de los huevos de gallina sometidos a bajas temperaturas. Bol. Soc. Biol. Concepción, t. III-IV, p. 145.

O'REILLY: Cobayos hiperdáciles. Bol. Soc. Biol. Conc t. III-IV, p. 153.

E. VIÑALS: Estudios sobre la hiperdactilia testicular del cuy. Bol. Soc. Biol. Concepción, t. III-IV, p. 65.

S. VEŠJHAKOV: Sobre la extracción de la foliculina de la orina. Bol. Soc. Biol. Conc., t. III-IV, p. 39.

A. LIPSCHÜTZ: Necrología de E. Gley. La Clínica (Santiago de Chile), Año 8, p. 2896.

A. LIPSCHÜTZ: Survival of the isolated mammalian ovary. Proceed of the Sec. Internat. Congr. Sex. Res., p. 94.

A. LIPSCHÜTZ: Über experimentelle Luteinzysten. Endocrinologie, t. 9, p. 258.

A. LIPSCHÜTZ: Hypophysenvorderlappen und sexuelle Dynamik. Schweiz-Med. Wochenschr.

A. LIPSCHÜTZ: Sur la question du facteur lutéinisant dans l'hypophyse du Cobaye. C. R. Soc. Biol. t. 108, p. 646.

A. LIPSCHÜTZ: A propos de la pigmentation de la région mammaire chez le Cobaye hyperféminisé. Ibidem, p. 848.

A. LIPSCHÜTZ: La folliculine agit-elle sur le plumage du pigeon? Ibidem.

A. LIPSCHÜTZ: Biología y Fisiología de la muerte. Rev. Univers. (Universidad Católica de Santiago).

En prensa:

A. LIPSCHÜTZ: Phase folliculaire ovarienne et phase vaginale oestrale. C. R. Soc. Biol. de Paris.

A. LIPSCHÜTZ: Über das Verhalten des isolierten Eierstocks des Meerschweinchens unter verschiedenen experimentellen Bedingungen. Arch. f. Zellforschung.

A. LIPSCHÜTZ: Bases experimentales de la noción del complejo sexual endocrino. Rev. del Instituto Bacteriológico de Chile.

LOS LIBROS

NOVELA

L'AMANT DE LADY CHATTERLEY, por
Lawrence, D. H.

El amante de Lady Chatterley (1), el último libro de Lawrence traducido al francés, me ha traído el recuerdo de *Une Femme*, novela de Camilo Lemonnier, publicada en París a fines del siglo XIX.

Poco más de un cuarto de siglo separa a las dos novelas y como es lógico, hay entre ellas hondas divergencias técnicas y de sensibilidad, sobre todo si tomamos en cuenta la robusta exuberancia del escritor belga y la inquietud morbosa de Lawrence, descendiente de mineros y enfermo de pleuresía desde su juventud; pero acerca en forma singular a los dos autores una misma preocupación ética.

Era Lemonnier un gozador, un millonario de las sensaciones, un épico de lo real. Del naturalismo había tomado el procedimiento y el gusto por el paisaje. En su pletórica carnación de flamenco no quedaba lugar para filosofías pesimistas. Era

(1) Nouvelle Revue Française, 1932.

un creyente de la vida, pero no de la civilización. Poco a poco se fué alejando de la escuela zolaica y en sus últimas novelas, verdaderos poemas épicos del instinto, hay una solución salvadora a los males de la humanidad, según él, pervertida por la civilización.

No es el hombre el malo, afirma, es la vida moderna la que lo ha encanallecido, matando su vitalidad. Por eso, debemos volver cuanto antes a la simplicidad de los tiempos primitivos. El amor, única razón de ser del hombre, es el que ha sufrido más en este descenso fatal. La moral burguesa ha convertido al hombre y a la mujer en enemigos. Las conveniencias económicas de la sociedad y los intereses de la familia, han hecho del matrimonio un negocio y no una selección. El vicio es la natural puerta de escape de este morbo congénito. La humanidad ha perdido poco a poco su sinceridad, su capacidad de amar. Ha llegado a producirse lo que Lemonnier fustiga a fines del siglo XIX y lo que Lawrence llama, a principios del siglo XX, el *amor cocktail*, satisfecho

mecánicamente en una encrucijada por una buscona cualquiera.

Coincide el punto de vista del escritor belga y del psicólogo inglés. Ambos tratan de dar una solución y, en el fondo, lo que resuelven, por medio de la ficción artística, es lo mismo.

El protagonista de Camilo Lemonnier es un desprejuiciado. Encara con valentía el conflicto sexual a que lo lleva Suzy, la mujer, la hembra pura, guiada únicamente por el instinto.

Como Lady Chatterley es la mujer joven de un impotente; en su caso, un viejo; en el de Costanza, la heroína de Lawrence, un paralítico de los miembros inferiores.

El héroe, en Lemonnier, justifica la actitud provocadora de la mujer «Era ella, Suzy, decidida y valiente, que venía en mi busca como se va a casa del médico, con un mal que es necesario curar».

Y agrega:

«¿Por qué una mujer no va a sentir igualmente el deseo del hombre, tal como nosotros deseamos a la mujer?»

En Lawrence, el problema toma desde el comienzo un tono de tragedia y se comprende, porque el escritor inglés no es la poetización del goce lo que persigue, sino la unión inteligente del alma y el cuerpo y esto no se produce en la vida moderna sin una serie de tanteos y de errores lamentables. En Lemonnier no hay tragedia alguna. Las cosas se resuelven favorablemente para los amantes. Basta con que ellos hayan desafiado al medio. Pero ambos autores vuelven a en-

contrarse en su afán de presentar al macho y a la hembra en su desnudez primitiva, latente aun, pese a veinte siglos de civilización.

Son naturalmente seres de excepción y en medio de excepción van a actuar. No preocupa a los escritores el ansia de crear caracteres universales. Hechos, ambiente y tipos se mueven según una idea preconcebida. Van a probar con sus actos una teoría que ya se ha formulado en el cerebro del artista.

Si la complejidad económica de la vida moderna ha destruido en los centros urbanos la fuerza primera del amor, la inagotable salud del instinto, para convertir al hombre en una máquina pesadamente movida por impulsos cerebrales, el remedio consiste en el aniquilamiento de esa artificiosa mentira.

Tanto Lawrence como Lemonnier parecen suponer que la naturaleza es la solución más probable. El campo es el escenario de los dos libros. La campiña flamenca, ubérrima y soleada en Lemonnier; la selva inglesa, húmeda y prometedora en Lawrence. La ciudad aparece alejada, en el fondo del cuadro, con sus rascacielos y automóviles, sin intervenir en la iniciación de este nuevo paraíso terrenal, origen de una nueva moral, que surge a pesar de ella.

Los personajes actúan como seres elementales, a pesar de la refinada complejidad de la vida social contemporánea. Ha subsistido íntegramente en ellos el vigor del instinto, que despierta inesperadamente. En el momento en que el azar los coloca frente a frente des-

precian los convencionalismos y se acercan espontáneamente, orientados por la misteriosa afinidad de la especie, tal una pareja de las primeras edades del mundo.

Lawrence interpreta el modo de ser de su heroína:

«Su espíritu atormentado de mujer moderna, dice, no encontraba la calma. ¿Era necesario entregarse? Ella sabía que si se entregaba a este hombre era algo decisivo, pero si lo rechazaba, no sucedería nada. Salvo la igual sucesión de los días. Sentíase vieja; vieja de millones de años. Y en el fondo no podía soportar el peso de ella misma. El hombre no tenía sino tomarla. Ella no se defendería.»

En el estilo agitado de Lawrence, denso de intenciones simbólicas, puede seguirse la idea del autor, a pesar de la artificiosidad de la técnica novelesca. Trata de descarnar el instinto sexual y presentarlo tal como pudo ser en tiempos ancestrales, cuando el hombre era casi un hermano de los animales. Este impulso atávico no está muerto en el hombre moderno, sino ensordecido por una vida antinatural. Tampoco puede prescindirse de las conquistas espirituales de la civilización; al contrario, esta conciencia que la cultura ha dado, va a servir para no perderse definitivamente en la morbosa complicación de las urbes actuales. Por eso, los héroes de Lawrence no sólo buscan la sensación material del amor. Hay también en ellos la comprensión, resultado de aquella afinidad corporal. El hijo que Lady Chatterley

va a dar a luz, la unirá a Mellors para toda la vida.

Nada importa que los personajes, sobre todo los protagonistas sean creaciones excepcionales, tanto en Lemonnier como en Lawrence y como en muchas novelas de Zola y de Maupassant. Están modelados en arcilla humana y en un medio real viven su vida. Los hechos mismos son perfectamente verosímiles.

Lo esencial, sin embargo, no está en esta verosimilitud que ha dado a sus ficciones el excepcional talento narrativo de ambos escritores; lo esencial es que la vida creada se contrapone, en todos sus momentos, a esa otra vida convencional, ficticia, consecuencia de la sociedad burguesa y capitalista de los siglos XIX y XX.

El amor es un producto más de carácter comercial y se han despreciado los fines lógicos de la vida para poner en juego las conveniencias sociales, los intereses económicos o políticos de la unión.

La *libido* desnuda, cínicamente desnuda, es el medio indirecto con que Lemonnier y Lawrence combaten la desviación del instinto sexual en la civilización de Occidente.

Lawrence estimatiza el mal dogmáticamente, por boca de Mellors:

«Los hombres, los obreros mismos están a punto de perder su fuerza masculina. Autos, cines, aeroplanos han succionado sus últimos jugos. Cada generación engendra una generación más bastardeada, con tubos de caucho en lugar de nervios y piernas y rostros de hojalata. ¡Un pueblo de hojalata! Es una especie de bolcheviquismo que

está a punto de consumir lo humano para adaptar lo mecánico.

¡El dinero! el dinero y el dinero. ¡Todo el mundo no tiene otra preocupación: aplastar la realidad humana. El amor mismo no es sino una máquina de besos.»

«Dadles dinero para que le corten la cola al mundo. Dadles dinero, dinero y dinero para disolver todo el nervio de la humanidad y no dejar sino pequeñas máquinas trepidantes.»

En estas frases está sintetizada la idea primordial de Lawrence sobre el amor. No le bastaba mostrar artísticamente, como Lemonnier y los naturalistas la verdad sobre el amor y su decadencia en la época actual. No, él se consideraba un médico del espíritu. No era suficiente mostrar la llaga, sino tratar de curarla por todos los medios a su alcance.

Según la exacta expresión de Catalina Mansfield, Lawrence fué un *eye-opener*, es decir, el profeta, el que abre los ojos y muestra la verdad a los que no quieren verla. Era de la pasta de los apóstoles. De esos hombres que pueden ser vencidos, pero que no se consuelan dejando al mundo tal como lo han encontrado.

He aquí la divergencia más visible de su arte con el procedimiento semi-clínico de los naturalistas.

En las escenas más crudas de sus novelas aparece siempre este sentido místico que lo aleja de la pornografía y da a sus creaciones un iluminado fervor catequista. No es un simple espectador del drama de la vida, sino un redentor, un visiona-

rio, que trata de llevar a la humanidad desconcertada por el verdadero camino del amor.—*Mariano Latorre*.

RONQUERA DE VIENTO, por *Rafael Ulises Peláez*.

Este libro es uno de los libros de más descuidada impresión que se hayan hecho en hispanoamérica. Una tapa horrible, donde el nombre del autor está borrado en parte, indica ya al lector lo que sucederá. Siguen, en el texto, unos dibujos que no desmerecen de la tapa. El libro no tiene indicación alguna de la ciudad en que se imprimió, sólo tiene fecha y pie de imprenta, y si no fuera por el carácter inconfundible de la obra y porque el autor fecha su manuscrito en Oruro, 24 de Febrero de 1931, no sabríamos dónde se hizo ni dónde es escribió.

Es el libro de un cuentista boliviano. Suponemos que será joven. Es un libro curioso, no por lo que contiene, que también lo es, sino por la calidad variable que presenta. El autor domina muy bien ciertas partes del cuento; en otras, fracasa lamentablemente. Ejemplo:

Dos cosas tengo grabadas en el recuerdo: el amanecer de un día de llovizna, opaco y lacrimoso, en que un minero alcoholizado me entregó a mis patrones; y la casa cenicienta que levantaba su mole como un mausoleo sobre una colina gris. Estas dos impresiones, posteriormente, han columbrado en mi espíritu, como el relámpagueo tenue de esas lejanas tormentas que se cimbran sobre los cerros del confín.

Al querer coordinar ese enmarañado conjunto de sensaciones que se atropellan en el recuerdo, llego a conclusiones vagas, inseguras, paliduchas ya, por el tiempo que pasó: aquel minero borracho, cuyo poncho saturado de chicha, me mareaba ahogándome, atosigando ni pobre sensibilidad de niño hambriento, era mi padre; su figura se presenta inseparable de ese olor característico: mezcla del hálito desvelado y de tragos de fermento.

En este párrafo hay partes que están bien y partes que no lo están. Al autor le falta selección, gusto, o, tal vez, paciencia para encontrar la frase adecuada. Creemos que le falta lo primero. El párrafo siguiente nos hace pensar esto:

—Y bien amigo—díjele—¡qué me cuenta de su vida apacible como remanso de río bullidor!

Con estas palabras se dirige a un cantinero. Y el cantinero, en lugar de contestarle como un cantinero debería contestar dice:

—Vea amigo, mi vida es extraña porque estoy en suspenso de lo que quiere contarme la noche, cuando la luna burila exóticas figuras en la arena o cuando la tempestad chasquea latigazos de fuego sobre la pampa sumisa; pero mis oídos se han aguzado, todo mi ser vibra como hilo telegráfico y puedo decirle que he llegado a comprender ese lenguaje sencillo de los elementos...

Ignoramos si la gente boliviana, especialmente los cantineros como el que habla, *viejo y magro, borracho y cuentero*, se expresa en esa forma. De ser así, valdría la pena hacer un viaje a Bolivia. Pero, no. Es el autor el que habla así, el au-

tor, que padece un poco de incontinencia verbal. Y es lástima, pues demuestra, especialmente en el primer cuento, poseer cualidades estimables para el cultivo del cuento. Si eligiera mejor las palabras y si echara a un lado los temas pobres que figuran en este libro, su labor ganaría enormemente.—M. R.

LA LUCIÉRNAGA, por *Mariano Azuela*.

El gran Azuela de «Los de Abajo» nos presenta en esta pequeña novela una nueva y curiosa faceta de su temperamento de escritor. La técnica del libro es muy diversa del lenguaje preciso y de riguroso contorno de aquella epopeya. Azuela es médico y mucho de sueño, de introspección psicológica, de estados morbosos en individuos normales, dan la atmósfera de este libro y explican la buscada obscuridad de algunos fragmentos. Como realización técnica es una de las obras de factura más moderna que conocamos en la Literatura hispanoamericana de hoy, tan apegada todavía a los viejos cánones de la novela. Azuela es en la Literatura del Continente un descubridor de nuevas dimensiones, y asombra su audacia si pensamos que es un hombre de más de 50 años, edad en que los escritores criollos se nos presentan friamente estratificados. En Azuela cada obra va siendo una exploración hacia lo desconocido, y su profundo secreto es buscar la complicación, lo extraordinario, en personajes que bajo la pluma de cualquier otro escritor

parecerían rústicos y vulgares. Recordamos ese poderoso buceo psicológico que Azuela realiza en la codicia aparentemente zafia, y aldeana de uno de los personajes de esta novela, José María, hasta iluminarla de una luz extraordinaria. Arte de gran novelista es éste de convertir en grande lo simple, y con ello Azuela desmiente a quienes explicaran el éxito de su obra anterior por la potencia del tema. El escritor hace el tema, le da relieve, lo metamorfosea. Esto en cuanto a la técnica, a la parte formal del libro; en cuanto al contenido merece más larga meditación.

Toda la labor presente de Azuela es la continuación lógica de su obra anterior en torno de la vida mexicana contemporánea. Si «Los de Abajo» fué la novela de la revolución, de las turbas en marcha, la obra de desenfundado ritmo dinámico, su obra actual velando toda doctrina, esperando que los hechos y los personajes digan por sí mismos, aspira a fijar las consecuencias de la revolución, lo que es el campesino, el personaje aldeano, el diputado agrarista, la muchacha, en los días post-revolucionarios. En esta nueva novela «La Luciérnaga» (1) hay el doble del provinciano que viene a la conquista económica de la Capital, y del que se queda en su aldea sórdida. No es precisamente el clásico contraste de Campo y Ciudad, tan manido ya por la Literatura. Es un escenario más bien, para que ascienda a la superficie la vida interna, trastocada y desgarrada de los per-

sonajes. Suavemente, veladamente, se observa el pesimismo de Azuela. La Revolución no cambia las almas; su alcance y proyección ha sido más bien externo que interno. En cuanto atañe al problema religioso, Azuela parece reprochar a la Revolución haberle quitado al campesino la alegría y la fe en sus cultos, para no darles ningún sustitutivo espiritual. Sin que haga la defensa de la iglesia católica, Azuela lamenta la manera como se realizó la persecución religiosa. Y la falla de la Revolución es no haber creado todavía en las masas aldeanas y campesinas una nueva espiritualidad. Las ventajas económicas que la masa obtuviera después de su rebelión de muchos años, se ven obstaculizadas por el funcionarismo, por la burocracia nueva que sigue mistificando al pueblo. No es que la anterior realidad mexicana fuera superior; no se trata de establecer valores absolutos, pero un escritor— y un escritor con la fuerza mística de Azuela—aspira siempre a una justicia más pura.

La tesis—si hemos traducido la tesis de Azuela,—se disimula en la trama de un estilo rico, sin vanos alardes estilísticos, pero de poderoso don metafórico y recia vitalidad.

La obra, sin embargo, por la audacia de su técnica, no parece destinada sino a una escogida minoría de lectores.— *M. Picón Salas.*

EN LAS PRISIONES POLÍTICAS DE CHILE, (Cuatro evasiones novelescas), por *Carlos Vicuña.*

La tiranía militar que sufriera el país durante más de cuatro años

(1) Edit. Espasa Calpe, Madrid, 1932.

interminables mostró el recio temple de algunos hombres—muy pocos, por desgracia,—y presentó moralmente desnudos a muchos que en la vida normal de la República se tenía por personajes.

La actuación de Carlos Vicuña en ese período vergonzoso de nuestra historia no pudo sorprender a nadie. Su vida entera, dedicada con nobleza y con entusiasmo a la enseñanza y a la lucha de ideas, sin una sola claudicación, había ganado el respeto general, que tanto se escatima en estos pequeños países de América. Era, sencillamente, un hombre entre un celemin de muñecos.

Si sus rebeldes y firmes actitudes de ciudadano purísimo a nadie tomaron de sorpresa, sus cualidades de escritor, manifestadas bien claramente en «Ante la Corte Marcial» (1) y «En las prisiones políticas de Chile» (2) han sido el asombro de muchos.

La claridad, expositiva, la elegante sencillez de la narración y los ambientes y paisajes bellamente esbozados, sin un alarde de pinceladas novedosas, hacen de estas «cuatro evasiones» de Vicuña, un gran libro chileno.

No es entre nosotros el primer caso el suyo de hombre que se adentra en la literatura sin haberse dado a conocer como principiante. Ya Pérez Rosales, con sus inolvidables «Recuerdos del Pasado», fué el «Caso» de su tiempo, y sigue siendo un maestro en las letras nacionales.

(1) Editorial Nascimento, Santiago, 1931.

(2) Editorial Nascimento, Santiago, 1932.

El negro período de Ibáñez no ha tenido hasta hoy pluma que fije sus miserias con el talento y la verdad con que ha sabido hacerlo Carlos Vicuña. Sin posturas de literato, sin afán de trascendentalismos, ha enfocado muchas de las horas tristes que viviera el país y que él y los suyos sufrieran en carne propia, y nos ha dado páginas de historia macizas y perdurables.

Pero no son sus libros, la narración fría y documentada a que hasta hoy redujeron su labor todos nuestros historiadores. A través de su obra aparece un hombre que lucha, y que no claudica, un idealista que no da cuartel a la bazofia imperante, y que llevará sus nobles afanes hasta la muerte.

«En las prisiones políticas de Chile» muestra, indudablemente, grandes condiciones de novelista. sin que esto quiera decir que su relato sea una fantasía novelesca. Sabemos la dolorosa verdad de sus páginas, y no hacemos referencia a su contenido cuando afirmamos que Vicuña tiene grandes aptitudes para la novela. Pero hay en su libro tan cálida fluidez narrativa, aparecen en él con tan precisos contornos los personajes que lo avivan, a pesar de los trazos escuetos con que los dibuja, y coge al lector con tal simpatía el desarrollo que da a las escenas, que no trepidamos en afirmar que hay en Carlos Vicuña un gran novelista de mañana.

El conoce, como nadie, tal vez, el ambiente educacional chileno, y desde hace años es una figura en nuestro cinematógrafo político. Las noblezas y las miserias de esos

ambientes hallarían en él a un animador insustituible.

Carlos Vicuña está ya entre los héroes que en Chile nos dedicamos a las letras. . . Héroes bien tristes, casi dignos de compasión, que no logramos fama ni alcanzamos un mediano bienestar económico. Pero héroes, al fin de cuentas, porque estamos haciendo, entre las vergüenzas que nos agobian, lo único que habrá de salvarse en la hecatombe final.

Si Vicuña hasta hoy dió a la enseñanza y a su profesión de abogado las horas de su vida con la sinceridad con que él sabe entregarse a toda faena, la literatura aguarda también su dedicación fervorosa.—
Carlos Préndez Saldías.

FL INFIFPNO, por *Henry Barbusse* (1).

Estoy leyendo un libro maravilloso y triste. A la deslumbradora belleza del estilo, se une, como el pensamiento a un cuerpo bello, la profunda, la desgarradora, la cruel verdad de la vida.

Esas sombras que deambulan y se aman; que se odian; que se desean; que viven sin gritar sus nombres, sin dibujar el gesto de su cara en los espejos; a quienes no se conoce y se mira, y se ama y se tiene en los brazos y se posee; que tienen carne y no son más que sombras; que son bellas y no hacen más que encubrir un esqueleto; que desean, se afanan, sufren y se ríen mientras la calavera se despereza y se descar-

na; esas sombras que son sólo sombras, somos nosotros.

Yo y tu Amada, que te recuestas sobre mi dolor y mitigas el tuyo con el mío. Soy yo que me fatigo y me afano, mientras la Muerte, me espera en un recodo de la senda. Soy yo, y tu madre, que meciste mi cuna y que no sabes si otra mujer me ha de volver a dar su carne para mi alma; si otra mujer se ha de inclinar sobre mi rostro dormido y me ha de acariciar (de nuevo)! los rizos que acaso sean rubios. Soy yo y tú, padre, que me diste mi dolor con tu placer. Soy yo, y tú, amigo, que me miras y que me necesitas; que me miras y me mides la talla. Soy yo y tú, nombre, que has venido a mi casa por ver si puedes robarme un poco de alma de la que has menester. Soy yo y tú que me has detenido en mi camino con tu escudilla y con tus lágrimas. Soy yo y tú, que mañana echarás tierra sobre mi tierra y dolor sobre dolor....

Esas sombras, que pasan por este libro, bocas sangrientas como corazones y «desnudas sobre la desnudez de la cara», esas miradas que se dan a la mirada de los otros ojos y se dan a la soledad de las otras almas y se dan a la caricia de las otras miradas. Y esas sedas violadas por el deseo de los ojos hombrunos. Y esas faldas que se estrujan y levanta el deseo. Y esas desnudeces lívidas, en que las rosas ponen sus tintas claras y su perfume y en que la muerte pone el gusano de los remodimientos. Esas mujeres y esos hombres son todas las mujeres y todos los nombres. Y ese deseo, y esa fiebre, y ese

(1) Editorial Cenit (Madrid)...

ensueño que fracasa, y ese tormento, y esas lágrimas y esos besos, eso, todo eso es lo divino y es lo humano, es toda nuestra herencia y la herencia que dejaremos a nuestros hijos. Esa es toda la vida!

Fiebres de deseo que se abren como rosas, y una furia de vivir y una exaltación de todos los sentidos y un anhelo que arde como la llama de una pira sagrada. Besos que se abren como una inisinuación estéril, y besos, que la boca estruja para arrancar el jugo del placer más dulce que el vino, más embriagador que la dicha, más fuerte que la muerte. Besos que se fatigan sobre las bocas ardidas y no la sacian. Y mujeres enigmáticas sin enigma. Y mujeres ardientes y fatigadas como la ceniza. Y mujeres soñadoras que dan su alma en la mirada, su alma a los cielos, a los hombres, su alma a los deseos innominados y ardientes...

Y la saciedad, y la tristeza, y el deseo que vuelca su copa y exprime sus racimos hasta sacar el vino del dolor y agota la dicha hasta la hez. Y la insatisfacción después del placer, y la tristeza de la carne, y el sabor de la ceniza, y la herida del beso, que nada cura; y la sangre de las palabras que mana, que mana, del alma herida como la rocia por el impulso del agua que soñaba en las entrañas de la tierra por la caricia del sol!

Esta es la tragedia de ayer y la tragedia de hoy, y la tragedia de mañana. Es la furia de vivir y la fragilidad de la dicha, más quebradiza que el cristal, más deleznable que la arena, más inconsistente que la

nube; como la espuma luminosa y como ella leve; embriagadora como el vino, y como él, ardiente y nocivo; clara como la mañana y como ella precursora del crepúsculo y de la agonía.

Estos hombres, estos desconocidos, de los que no sabemos otra cosa que su dolor y su deseo, su alegría y sus lágrimas son sin embargo, El Hombre! Leves sombras que pasan a la vera del charco y que el charco copia un momento y se desvanecen en la sombra dormida, inmutable, sorda, ciega! Leves sombras que se pierden en la inmovilidad azul de los espejos, así los gestos de dolor como las risas.

Sombras que tienen carne y tienen nervios y tienen el ardor de la llama y la inconsistencia del sueño. Sombras que son manos y que son alas, o mejor, manos que al orar y al bendecir, y al matar copian sobre la nada la silueta fugitiva y numerosa de muchas alas. Sombras que son El Hombre.

Tendido sobre la hembra, jadeante sobre la hembra, babeando lujuria, grandioso como un arcángel, en el acto divino y miserable; mísero en la saciedad y divino en la creación. Divino al deshojar la flor de su sangre en los labios de la hembra, y pobre, más pobre que un mendigo cuando tiende las manos a una dicha que se le escapa, cuando llora sus lágrimas de desencanto cuando viste la desnudez de su alma con los harapos de su alegría y mata la tristeza de la ceniza con la nueva embriaguez de su sangre.

Este es el *Infierno*.

Y es también el Cielo.

Esta es la Vida!

La vida que es miserable y que es divina, que se nos da sin que la pidamos y la damos por placer para el dolor; que se anuncia en llanto del niño y no acaba en el sollozo de la virgen.

La vida que hace de Ellos dos, El y Ella dos desventurados dichosos. Ellos dos que reflejan el ansia de su carne en el ansia de sus ojos y la cara del uno en la cara del otro. Ellos dos, que se lo dan todo y no se dan nada; que confunden sus fiebres en una llama y sueñan (¡ilusos!) confundir sus almas en un anhelo; que sienten su sangre hecha una en el acto divino por el que venimos suspirando desde niños y que ya viejos, a gatas sobre la tierra, nos hace suspirar con el recuerdo de placeres, que la carne no olvida. Ellos dos, Hombre y Mujer, hechos del limo de la tierra y la carne de la nube, que gozan y se exaltan, y se creen divinos un leve instante, para despertar luego y ver al viento arrastrar el cadáver de los sueños como un puñado de ceniza; para ver luego aullar al viento por las grietas del Idolo y pasar sollozando venturas muertas al soplar sobre las ruinas de un deseo.

Ellos dos, que caminan prendidos de las bocas anudándose con las manos, buscándose con las manos y con los ojos, como si viéndose uno al lado del otro temieran no encontrarse; como si palpándose con los ojos, temieran verse desvanecer en la sombra de donde vinieron y a donde han de volver bien breve.

Ellos dos, que se dicen palabras de dulzura inaudita como si con pa-

labras quisieran echar un nudo ciego a sus anhelos y encarcelar sus almas que vuelan libres por cielos distintos y distantes.

Ellos dos, que se olvidan el uno en el otro, y viven su vida en la vida ajena y se descargan del alma en el alma que no es nuestra y caminan su vida hacia la muerte, y viven sus días royendo el pan de una dicha, más negro que el pan de centeno y tan pequeño que pronto el mendrugo se acaba y muerden el puño y devoran la mano, la pobre mano enflaquecida y mendigante.

Ellos dos, Hombre y Mujer, unidos como dos condenados, unidos como las sombras de Paolo y Francesca por un beso que no sacia, mordiéndose las bocas hechas de tierra, las bocas que nan de morder mañana el polvo de la tierra, caminando sin rumbo, sin brújula, sin bordón y sin paz; caminando su breve camino doloroso y penoso, empujados por la vida hacia la muerte!—*Alberto Guillén.*

ENSAYOS

JEUNE HOMME, por *François Mauriac*. Librairie Hachette.

Nadie como los editores franceses para satisfacer los gustos y las necesidades espirituales de nuestro tiempo. Son ellos los que controlan esa corriente misteriosa que se establece entre el público y el escritor, los que vetan y aprueban, los que aun, de vez en cuando, determinan las condiciones de idoneidad de un género. Hay toda una

literatura nacida a la sombra de los editores, bajo su égida providente. Claro que no es la alta literatura aquella que reconoce a la posteridad como supremo juez, pero es una literatura que nutre millares de hombres cultos de todos los países. Esas sugestivas colecciones: «Les types de ce temps», «La vie des grandes amoureuses», «Les vies des hommes illustres», son obras hechas por los editores para un público que prefiere unas cuantas biografías noveladas a Momsen o a Cantú, gentes que no tienen tiempo para observar la vida a su alrededor. ni desentrañar la del pasado con paciencia y la adquieren, agudamente interpretada, por 12 o 15 francos el volumen. Y no se piense que sea ésta una literatura despreciable. Los escritores abundan en tal forma que los editores pueden ahora escoger, seleccionar, especializar, racionalizar la producción con evidente ventaja para el consumidor... y para el escritor. Ahí están Maurois, Ludwig, para no citar sino los más conocidos. Y ahí está también François Mauriac, que en ese pequeño libro que se llama «Le jeune homme», de la colección «Lesages de la vie» (1), ha escrito una pequeña obra maestra, un hermoso ensayo sobre la juventud de nuestro tiempo.

Mauriac es un novelista conocido y justamente estimado. Es católico, y de sus novelas, que atestiguan condiciones excelentes «Le fleuve de feu», «Le désert de l'amour»

(1) Librairie Hachette, París, 1932.

«Génitrix», etc., se desprende un soplo de mística tragedia, un aroma de voluptuosidad en el pecado que ya se iba olvidando desde Huysmans.

Mauriac habla del joven con un tono viril, penetrante, rico de ese sobrio lirismo del pensamiento que tanto valoriza la idea. Dice cosas tan dignas de meditación, de tanta amarga verdad humana, como ésta, por ejemplo:

Lo que se llama un hombre formado se obtiene al precio de tantas mutilaciones!

Sabe ser profundo, llegar hasta la fibra esencial de la juventud, conmover la entraña juvenil que aun perdura en el hombre ya hombre con una añoranza imposible: dice que ser joven es no tener limitaciones, tener ante sí el mundo lleno de posibilidades vírgenes, creer ser capaz de realizarlas todas. (Mauriac, que ya no es joven, no puede eximirse de cierta melancolía al hablar de estas cosas). Mauriac encuentra que, en nuestro tiempo, el joven es diferente del de hace veinte años, pero que la juventud es siempre igual; que el joven de nuestro tiempo, a pesar del deporte, de la velocidad, de los negocios, de su prematuro acceso a la lucha diaria, conserva, contra lo que generalmente se estima, su reserva de juventud espiritual, reducida tal vez, sin duda alguna, menos presente en la consciencia, pero efectiva y animadora; que ahora hay tal vez menos jóvenes entre los jóvenes.... Anota que ciertos intereses se desplazan de generación

en generación: el joven 1930 admira sus músculos, los vigila y los contempla amorosamente, como el joven 1830 admiraba y repetía en silencio el ritmo de su primera estrofa. Hace, en fin, el retrato, más que el retrato, la interpretación psicológica del joven de nuestro tiempo, no en abstracto, sino frente a los problemas que lo asedian: el amor, el arte, la vida interior, la lucha económica, la comprensión del sentido eterno de la vida, todo cuanto puede servirle de reactivo para destacar la fisonomía verdadera y profunda de la juventud contemporánea, con una maestría y una seguridad realmente superiores. Cada uno de sus cortos capítulos es un hallazgo de precisas novedades, está cargado de riquezas inapreciables.

Amable, hecho de certeras pinceladas psicológicas y de agudas observaciones, escrito en un estilo nervioso y espontáneo, sin sistematizaciones absurdas, eminentemente vivo, caluroso y cordial, es el pequeño libro de Mauriac.—*O. V.*

BIOGRAFIA

ZOLA, *H. Barbusse* (1).

El gran autor de «El Fuego» y de «El Infierno», con su maestría insuperable, ha hecho de la vida de Zola y del ambiente literario y artístico de su época, este libro que

tiene todos los tractivos de una novela.

Cézanne, el pintor que ha tenido la mayor influencia en la renovación de la pintura, Michelet, Mendes, Francisco Coppée, Flaubert, los hermanos Goncourt, Sainte Beuve, Maupassant, Jaurés, Huysmans, Alfonso Daudet, Paul Bourget, y otros cuyo renombre se ha apagado no poco, son los personajes de esta historia novelesca, con que Barbusse ha querido resucitar treinta años de vida intelectual francesa.

La lucha titánica y persistente que entablara Zola en su renovación de la novela, hasta su triunfo definitivo, y su consagración, que le hizo ser el primer hombre de Francia, están en este libro de Barbusse con detalles innumerables, pintorescos algunos y dolorosos los más.

No trata esta obra de fijar el valor indiscutible de Zola como innovador ni como maestro. Se limita a decir que

la novela actual no sería lo que es—en Francia ni en ninguna parte—si no la hubiera aportado Zola sus descubrimientos y sus audacias. Es demasiado suya por varios puntos íntimos. La influencia directa de este hombre es demasiado immanente—salvo para los pequeños grupos especializados—en la contextura y en la construcción de toda obra imaginativa escrita después.

No se le puede criticar hoy todavía con cierta profundidad sin caer en injusticia o en ingratitud.

Las cartas recibidas por Zola, que sus herederos han entregado

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1932.

a la Biblioteca Nacional de París, sirvieron a Barbusse para construir muchos de los diálogos que avivan este libro, según lo declara en una nota, poniendo en boca de los escritores contemporáneos de Zola las frases exactas que escribieran.

Este libro contribuirá en no pequeña parte a que el autor de «Germinal» sea releído, y su influencia en la literatura española apreciada en todas sus proyecciones.

Tal vez en Chile se ha olvidado lo que nuestros mejores novelistas deben al maestro del naturalismo. La audacia de muchas narraciones la puntura de los bajos ambientes sociales, con sus crudezas y sus realismos desconcertantes, tienen su arranque en la obra gigantesca del defensor de Dreyffus. Negarlo, sería pecado de ingratitud.

De cuantos innovadores remozaron—o removieron simplemente—la literatura universal, ninguno tuvo, como Zola, luchas tan arduas, ni sufrió incomprendimientos y ataques como él.

Y todas esas miserias de su época, sintiendo hasta el alejamiento de sus allegados más íntimos, las relata Barbusse en esta obra de cariño y de admiración hacia el gran espíritu.

Yo no sé adónde conduce el realismo, pero sí que todo conduce a él,

dijo la fuerte convicción de Zola. Y el desarrollo actual de la novela en el mundo con muy contadas excepciones imaginativas, le da la razón y la gloria.— C. P. S.

ESTÉTICA

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DEL ARTE EN LA ACTUALIDAD, por *Walter Passarge*.

(Traducción española. Madrid, 1932).

Fija Passarge en este útil librito de síntesis todas las corrientes y los métodos que en la actualidad impulsan en Alemania el estudio de la Historia del Arte. Como se sabe la Historia del Arte es una disciplina científica fundamentalmente alemana. Desde que a mediados del siglo XIX el gran Jacobo Burckardt escribía su «Cicerone», esa obra todavía fresca para conocer los monumentos de Italia, la Ciencia alemana ha avanzado progresivamente hasta darle a la Historia del Arte sus métodos propios e integrarla como uno de los capítulos más apasionantes de la Historia de la Cultura. Se nota el violento contraste entre la crítica de arte francesa, todavía demasiado biográfica e impresionista, tímida en sus conclusiones, y el esfuerzo y la audacia de la intuición alemana. La Histotriografía artística francesa se cerró durante muchos años a los métodos de Alemania, pero últimamente críticos como Elie Faure han debido beber en las fuentes alemanas. Muy curioso desde este punto de vista es el último librito de Elie Faure «L'Esprit des formes», obra francesa de inspiración germánica, que nos demuestra ya cómo en la antigua contienda han vencido los métodos alemanes. El fenómeno de la Cultura como «organismo» o «individuo» histórico es la conclusión fundamental a que han llegado

por caminos diferentes, por intuiciones y métodos variados, que Passarge nos explica claramente, los historiadores del Arte en la Alemania moderna. La Arqueología no es ya una mera ciencia descriptiva. El método comparativo auxiliado de la Etnología y de la Psicología colectiva, ha llegado a situar el problema del estilo en función de las otras formas reveladoras de esa «totalidad» que se llama una Cultura.

Esclarece Passarge las grandes corrientes que impulsan la Historia del Arte en la Alemania actual: la corriente *formal* que estudia de preferencia los problemas de la forma artística. Wolflin cuyos «Conceptos fundamentales de la Historia del Arte» han sido traducidos al español por la Editorial Espasa Calpe, ha sido uno de los jefes de esta escuela. Para Wolflin lo importante en la Historia del Arte no es tanto la individualidad del artista, sino el estilo como fenómeno general, como resultado de la visión del mundo que se hace cada época. En este sentido al estudiar las épocas de Renacimiento y Barroco, Wolflin ha llegado a fijar conceptos y categorías sobre el estilo que aspiran a una validez universal. Otros autores como Scharmasow y Bernard Schweitzer han continuado el *formalismo* iniciado por Wolflin corrigiéndolo o enriqueciéndolo de nuevas intuiciones. Para Schweitzer, por ejemplo, la Historia del Arte en lugar de tener una dirección progresiva, comprende ciclos de «períodos plásticos y períodos pictóricos, donde la forma es recogida por el

artista de una de estas dos maneras. Los conceptos de «plástico» y «pictórico» no los aplica Schweitzer a las dos artes particulares a que parecen convenir: Escultura y Pintura, sino los generaliza a todas las artes representativas. El estilo egipcio, por ejemplo, en todas sus manifestaciones es rigurosamente plástico, mientras que la raíz del estilo en los pueblos mesopotámicos es más bien pictórica. El por qué ciertos pueblos se inclinan más al estilo plástico y otros al estilo pictórico, es un problema de Psicología étnica que ha intentado explicar otra escuela de la moderna Historia del Arte: la llamada «escuela psico-histórica». Para esta escuela a la que se puede agregar el nombre de Spengler, y que ha tenido representantes como Nohl, Riegl y Worringer, todo arte es el lenguaje expresivo de un alma social. Les interesa por tanto no sólo la forma, sino también el contenido artístico. En esta escuela obras como la de Karl Spiess sobre las artes populares en Europa y la de Kurt Gerstenberg «Ideen zu einer Kunstgeographie Europas». (Ideas para una geografía artística de la Europa), tienen un extraordinario valor sociológico y contribuyen a fundamentar una Estética científica basada, ya no en una construcción racional, sino en datos empíricos perfectamente verificados. También es de extraordinaria proyección para la Historia de la Cultura y para la comprensión del fenómeno artístico en su totalidad el paralelismo que autores como Dagobertho Frey y Max Dvorak establecen entre la evolución de las Artes

plásticas y la Literatura, estudiando la relación que existe entre el movido arte gótico y el carácter desbordado de obras literarias medioevales como los misterios de la pasión y las crónicas profanas dramatizadas, cuyo ritmo se opone al Racionalismo renacentista que de la misma manera que en las Artes plásticas, valoriza lo lineal y las proporciones, en la Literatura impone—como conceptos análogos—el principio de las unidades dramáticas. El examen de estas relaciones entre fenómenos culturales que hasta ahora se estudiaban desconectadamente, es ya uno de los frutos de la nueva y arriesgada orientación que toman en este momento en Alemania las Ciencias del Espíritu. Una tercera orientación que completa las dos anteriores es la que se ha dirigido al estudio de la psicología individual de los artistas, e investiga por lo tanto aquellos elementos no utilizados por la corriente formal y la escuela psico-histórica. El librito de Passarge da sobre todos estos problemas un interesantísimo panorama.—*M. Picón Salas.*

FILOSOFIA

SAGGI SULL'IDEALISMO MAGICO, por *Just Evola*, Editorial «Atanor». Todi (Roma).

El filósofo italiano Just Evola ha publicado varias obras que le han dado en Europa una merecida fama. Las especulaciones de todo tiempo, del Oriente y del Occidente, convergen en la filo-

sofía de Evola, quien con su pensamiento poderoso y maravillosamente agudo ha elaborado un sistema filosófico integral, que se levanta audaz y renovador sobre la gris producción pseudo filosófica de la presente época.

La filosofía de Evola es, en efecto, original y audaz, intensamente pensada, y que a pesar de su audacia no puede ser fácilmente combatida. La lectura de las obras de este pensador, llega a desconcertar y a turbar intensamente, porque Evola escarba profundamente en el significado de la vida.

Escritas con un estilo maravillosamente lúcido y con una fuerza dialéctica verdaderamente extraordinaria, estas obras representan la síntesis más alta y completa del pensamiento contemporáneo y la expresión dialéctica más poderosa del espíritu occidental moderno.

Just Evola ha expuesto su sistema en varias obras que no han llegado todavía a conocimiento de Hispanoamérica, entre las cuales tienen una gran importancia los «Saggi sull'Idealismo Mágico». «L'Uomo come Potenza» y la «Teoría dell'Individuo Assoluto».

En esta crítica nos limitaremos a la primera obra, que representa como el prefacio al sistema del idealismo mágico, ya que tiende a demostrar las varias exigencias históricas de nuestra época hacia una revolución espiritual, examinando el significado profundo del pensamiento de Carlos Michels- tler, Otto Braun, Giovanni Gen-

tile, Octavio Hamelin y Hermann Keyserling, y descubriendo el significado del arte modernísimo, estudiando la posición de la filosofía con respecto del llamado ocultismo y descubriendo el significado de los movimientos sociales, que a pesar de las apariencias revelan siempre la existencia de un profundo problema individual.

El autor plantea el problema de si la crisis de la civilización presente tenga un carácter meramente negativo, que preludia la disolución, el «pralaya» de un entero ciclo de civilización, como pretende Spengler, o si no se manifiesta en ella un despertar y la germinación de una nueva vida.

La crisis actual supera en mucho a cualquiera otra porque el desplegamiento del espíritu moderno ha llegado a un momento crítico que transmuta la conciencia racional y aquella religiosa, desde el arte a la economía, desde las ciencias naturales a la ética. En todos estos campos, los antiguos principios se desmoronan y ya no satisfacen.

Basándose en el principio de que, en el fondo, en todo campo de actividad, el espíritu tiene que hacer sólo consigo mismo, y que todos los problemas, en cuanto problemas humanos, se reducen a uno solo, el de la certidumbre de sí, el autor demuestra la necesidad de que se investigue en el campo filosófico, para encontrar directamente el centro y el fundamento de la crisis del espíritu contemporáneo.

La posibilidad de llegar a en-

contrar por este camino la clave para resolver el problema contemporáneo, se basaría en el principio de Hegel, según el cual en la filosofía debe reconocerse la forma en que las exigencias que oscuramente operan en los varios campos de la cultura y de la actividad de una época vienen a tomar conciencia de sí mismas.

Una vez encontrado el principio fundamental para resolver la crisis del espíritu contemporáneo, se podría demostrar su eficacia en la explicación y solución de los diversos aspectos de la vida moderna.

Ahora bien, cualquiera que sea la dirección por la que se dirija la investigación filosófica, para poder juzgar de sus conclusiones es imprescindible poner el problema gnoseológico, que es en efecto el problema fundamental de la filosofía.

¿Cómo es posible el conocimiento, es decir, la relación entre conocedor y conocido? ¿Y cuál es el sentido del conocimiento?

La solución dada por la especulación moderna al problema gnoseológico es, esencialmente, el idealismo o con más precisión: en la concepción del mundo del idealismo se ha ido a reconocer la base para un sistema de absoluta certeza.

El idealismo, como es sabido, consiste en la afirmación de que un mundo externo, existente en sí e independiente del conocimiento y por tanto del Yo, no se puede en ningún modo afirmar sin caer en las más extrañas contradicciones: y que por lo tanto, el universo

entero no es sino un sistema de nuestra actividad cognoscitiva, esto es, no existe sino *gracias* al Yo u *para* el Yo.

Esta concepción es el resultado lógico de las especulaciones filosóficas desde que se ha concentrado la atención sobre el problema del conocimiento. De una cosa que fuera verdaderamente extraña a mí, yo no podría en ninguna manera afirmar la existencia. Una cosa se puede afirmar solo en cuanto se conoce, esto es en cuanto ella está comprendida en la esfera del Yo. De esto se desprende que la única realidad de la cual yo pueda en verdad hablar de una cosa, es aquella que coincide con su percepción, y que por lo tanto nace de mi percepción, sin la cual ella, para mí, no existiría en absoluto.

Por lo tanto, según el idealismo el conocimiento no es, como se cree generalmente una reproducción, sino una creación de su objeto. El mismo No-Yo de los primeros idealistas y el «noumen» de Kant no existe sino en cuanto es un *quid* puesto por el Yo.

El sentido común y la ciencia positiva, a pesar de las apariencias, no hacen sino confirmar el idealismo. Según el sentido común la verdad es lo que inmediatamente se percibe: las relaciones y cualidades que pretendemos que sean esenciales en las cosas existen solamente en nuestro mundo subjetivo: el sabor dulce del azúcar, el dolor de una puntura de alfiler o la tristeza de un atardecer no son propiedad esenciales

del azúcar, del alfiler, ni del atardecer.

En el campo científico, Kant demostró que la experiencia no puede hacer juicios de necesidad, de manera que cada vez que la ciencia postula una verdad objetiva, esto es como válida universalmente, en esto no puede ser justificada sino por una teoría idealista. Lachelier observó a este respecto que la legitimidad del «principio de inducción» se basa únicamente en el idealismo, ya que sin él, el mismo empirismo de Mili sería imposible.

El principio fundamental de la ciencia es que la naturaleza es cognoscible, y esto significa sencillamente que puede ser resuelta en las formas intelectivas del Yo: esta es la premisa implícita, por ejemplo, de la geometría analítica, cuando adecua la física a la geometría y la geometría a la función algebraica, y cuando se aplica el cálculo diferencial a la mecánica, o cuando se supone conveniente el concepto, absolutamente teórico, del infinitesimal. Todo esto es puro idealismo.

Sin embargo, se presenta una dificultad: ¿por qué, si el conocimiento es una verdadera creación, yo estoy obligado a percibir de una determinada manera? ¿por qué me encuentro ante algo que me parece impuesto por el exterior? ¿Quién es en este caso el verdadero creador del Universo?

Para superar esta dificultad, los idealistas han aceptado el concepto muy ambiguo y contradictorio, del Yo absoluto, que serviría para

justificar la impotencia del individuo ante el idealismo.

Ahora bien: el gran mérito de Just Evola es precisamente el de haber hecho una crítica demoleadora de este concepto ambiguo de la filosofía moderna, y de haber superado con su dialéctica las aparentes contradicciones del idealismo.

Según Evola, la deficiencia del individuo ante el universo representa un momento de un proceso cósmico, un momento que debe ser la iniciación de una labor de conquista y de dominio sobre sí mismo y sobre el universo entero. De la filosofía se pasa pues necesariamente al yoga y a la mágica.

Es precisamente en el desarrollo de esta tesis en la que Evola demuestra su originalidad y su fuerza dialéctica. El demuestra la necesidad de una autorealización absoluta, mágica, como lo que debe decidir la verdad o falsedad del idealismo.—*Mario Antonioletti.*

POLITICA

MIRANDO HACIA LA U. R. S. S.—
(A propósito del «Código Civil Soviético»).

Después de un período casi de unánime incomprensión, de una constante impugnación parcializada, llegada frecuentemente al paroxismo, donde en forma sistemática se repudiaba con violencia todo lo que tuviera origen en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas,

está creándose y afirmandose con solidez en un período de interés ascendente para aprender el conocimiento más o menos exacto, de lo que existe y se realiza en el territorio ruso desde que los bolcheviques se apoderaron del poder. Este interés, cada vez más ecuánime, más sereno, está desplazando la expectación temerosa, la detracción empecinada y dándole cabida al estudio consciente, razonado, del experimento soviético.

Desde los círculos más diversos se extiende hoy día una mirada comprensiva hacia la U. R. S. Militares (el general norteamericano W. Hashkel, por ejemplo (1), miembros del clero, hombres de ciencia, intelectuales, etc., etc., que han podido palpar, en viajes a través del país bolchevique, la labor que estos efectúan por consolidar el nuevo régimen, lo que hasta ahora han logrado construir—después de esfuerzos de evidente magnitud—tienen concretas opiniones de elogio para los bolcheviques. Antes, eran sólo los comunistas de todos los países los que se referían en un sentido laudatorio de la tentativa emprendida por los revolucionarios rusos, con un fervor y apasionamiento casi religioso, muy digno de respeto siempre, por el peligro que entraña dentro de los regímenes capitalistas, aspirar y luchar por una organización gubernamental idéntica a la de la U. R. S. S.

También algunos intelectuales—entre los individuos independientes,

(1) Ver «La Nación» de Buenos Aires del 5, 12 y 19 de Julio de 1931.

alejados de la ortodoxia marxista —fueron los primeros en darse cuenta (Luc Durtain, Georges Duhamel, etc.) de la importancia fundamental que tendría para el porvenir de la humanidad el esfuerzo de transmutar el orden capitalista por el orden socialista y en mirar con serenidad el experimento soviético (1), del cual es imposible desatenderse, pues su importancia es palmaria. Para comprenderla no es necesario aceptar en su totalidad el hecho soviético. Basta observar objetivamente —es sabida la abundancia de información al respecto para todos los que, como nosotros, no han viajado por el territorio bolchevique—y darse cuenta de ella y si es posible, intentar un estudio comparativo de lo que se hace en los demás países y en la U. R. S. S. para solucionar el problema del mundo contemporáneo y entonces será fácil saber de que parte se están obteniendo, resultados más proficuos. Mientras por un lado, el problema se agudiza, complicándose incesantemente, haciendo su solución hipotética, por el otro va avanzándose rápidamente hacia ella. Se necesita sólo estar cegado por los prejuicios de todo orden, para no ver lo realizado, o estagnarse en una actitud individualista, forzosamente falsa y arbitraria, cuando se exponen hechos objetivos (Panait Istrati, por ejemplo), Ciertas palabras de Nicolás Bukharin, aunque fueron escritas

(1) Hay, sin duda, sus excepciones, y tal vez la más conocida sea la de Panait Istrati con su libro panfletario, de histórico sentimentalismo «Rusia al Desnudo».

en otro sentido, pueden aplicarse a esto mismo:

Es tal la fuerza del conservadurismo inherente al pensamiento humano que son muchos los que están orgánicamente incapacitados para comprender esta tarea (2).

Recientemente ha aparecido la traducción castellana— hecha del francés—del «Código Civil Soviético» (3), originadora de este comentario. El traductor y prologuista, don Luis Adduard, dice en una parte del prólogo:

En estos últimos tiempos hemos visto aparecer profusamente libros, folletos, y artículos sobre la actualidad rusa; pero en ese maremagnum de papel escrito encontramos informaciones y opiniones tan contradictorias que resulta casi imposible orientar un juicio seguro.

Es indudable y es natural que las opiniones sobre la U. R. S. S. sean contradictorias, aunque ya van perdiendo su violencia panfletaria las adversas. Pero, al contrario, de lo que piensa el señor Adduard, creemos que esto mismo hace fácil orientarse y precisar un juicio al respecto, pues la disparidad de opiniones sirve para el observador independiente como una verdadera brújula. Sería difícil en el caso de la unanimidad de ellas, ya que no dejaría ser sospechoso que individuos de ideologías distintas o antagónicas, otros sin ninguna, pero saturados de pre-

(2) «Théorie du matérialisme historique» Editions Sociales Internationales, París, 1927.

(3) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

juicios, pudieran reaccionar y opinar en el mismo sentido sobre un hecho idéntico. Por lo demás, nada cuesta fijarse que muchos de los que han visitado la U. R. S. S. van dispuestos a encontrarlo todo desastroso. ¿Debemos tomarlos en cuenta? Sin embargo, otros individuos que por su labor anterior son insospechables y muy dignos de respeto, han ido a estudiar desapasionadamente la realidad soviética y han hecho exposiciones serenas de ella. ¿A cuáles debemos creerles? ¿A Bernard Shaw o a Panait Istrati? ¿A I. G. Crowther o a Geo London? ¿A Georges Duhamel o a don Valenín Brandau? Y entre los que no han ido y opinan desde lejos ¿a Jiménez de Asúa o a don Daniel de la Vega?

Volviendo al prólogo del señor Adduard, este dice a su comienzo lo siguiente:

Ciento sesenta millones de seres humanos esparcidos sobre un territorio que abarca la sexta parte de la tierra, se debaten hoy en un esfuerzo gigantesco para intentar formas nuevas de vida social. Ante este acontecimiento, difícilmente superado en la historia, no han podido permanecer indiferentes las conciencias.

Reconocer este esfuerzo, he ahí lo primero que han conseguido los bolcheviques de la atención del resto del mundo. Negarlo ya es imposible. Se puede no aceptar su doctrina, encontrarla extemporánea o insuficiente o utópica, hallarla en desacuerdo con la organización misma del Estado soviético o que este va marchando en un sentido

diferente del originario; se puede decir que en la U. R. S. S. existe esclavitud (trabajo obligatorio), inmoralidad, persecuciones religiosas (1), etc., etc.; aun más, se puede hasta discutir los resultados prácticos ya obtenidos, pero no desconocer el esfuerzo soviético por darle al resto del mundo una nueva estructura, absolutamente antípoda a la que tiene en la actualidad, la cual todos vemos derrumbarse, aproximándose cada vez más la inminencia de su desplome total.

Sabemos que el sistema capitalista ha hecho crisis ¿cómo, entonces, no mirar con interés creciente hacia el único país del orbe que intenta con un nuevo sistema, reemplazarlo? Es lo único orgánico que existe ahora para ponerlo al capitalismo. Por lo demás, ya es opinión generalizada, que nada podrá detener al comunismo, por su capacidad mesiánica, por su fuerza de verdadera religión. ¿Acaso no se ha dicho que

el comunismo destruirá la civilización moderna, como el cristianismo la antigua?

En otra parte del prólogo dice el señor Adduard:

El gigantesco experimento social que está realizando la Rusia soviética merece ser considerado con un amplio espíritu de compren-

(1) «La liberalidad de la legislación rusa en materia de religión es superior a la de algunos países occidentales en ciertos puntos. Respecto a la protesta del mundo hace algunos años en contra de las persecuciones, en Rusia, las propias víctimas respondieron en 1930, desmintiendo la existencia de tal persecución». Prebítero Alejandro Vicuña. —Revista Mástil» N.º 6. Santiago, Enero de 1932.

sión y estudio. Dentro de este criterio, hemos creído que el conocimiento de los códigos rusos podría contribuir eficazmente a la formación de un juicio sereno y justo sobre materia de tanta trascendencia. He aquí por qué hemos acometido la tarea de traducir al castellano el Código Civil Soviético que es, sin duda, uno de los fundamentos principales en que descansa la nueva organización económica de una décima parte de la humanidad.

Y poco más adelante, agrega:

Seguramente, su conocimiento (el del Código Civil) producirá una curiosa sorpresa: con excepción de algunos artículos (principalmente el artículo primero y los que se refieren al derecho de propiedad y de sucesión) las disposiciones soviéticas son muy semejantes a las nuestras. El decantado «comunismo ruso» no es tal comunismo, sino apenas un colectivismo atenuado.

He aquí algo curioso. Después de reconocer el señor Adduard que el esfuerzo y experimento ruso es gigantesco, que en la U. R. S. S. se están intentando formas nuevas de vida social, que lo que se refiere a ese país es materia de suma trascendencia y que el Código Civil es uno de los fundamentos principales en que descansa esa nueva organización económica, arriba a la conclusión que éste código es muy semejante al nuestro.

Siendo el Código Civil Soviético uno de los fundamentos del Estado bolchevique y siendo en su mayor parte parecido al chileno, es fácil inferir que la organización estatal nuestra es también muy semejante a la soviética. ¿Entonces, cuál es el esfuerzo y experimento gigan-

tesco? ¿Por qué de tanta trascendencia de lo que se efectúa en la U. R. S. S., cuando uno de sus principales fundamentos es semejante al de un país de un sistema de gobierno tan diferente?

He ahí una contradicción pintoresca, sin embargo, tal vez necesaria al señor Adduard para afirmar en seguida que el «decantado comunismo ruso» no es tal comunismo.

Esta es una de las impugnaciones más frecuentes que se le hace a la Unión Soviética, de las más frecuentes y de las más superficiales. Todos sabemos que hoy día Rusia se encuentra bajo la dictadura del proletariado, es decir, en el período incoactivo del comunismo, «época de tránsito para el Estado comunista», como dice el artículo sexto del Nuevo Código Penal de la U. R. S. S. de 1926. (1). Cuando los mismos bolcheviques reconocen que en su país no han instaurado todavía al comunismo integral, no vemos por qué se hace hincapié en ello, sin olvidar por esto que ya están en el primer peldaño de él y marchando aceleradamente hacia su realización total.

M. Edouard Lambert, catedrático de la Universidad de Lyon, autor de una introducción a esta traducción castellana del Código Civil Soviético, dice:

No son anticipaciones a la manera de Wells las que nos presentan los códigos rusos, sino un derecho que está aplicándose en un vas-

(1) Traducción castellana de Luis Jiménez de Azúa y de José Arturo Rodríguez Muñoz.—Editorial Reuss. Madrid, 1927.

to territorio. Este derecho está en oposición con los nuestros tanto por la intransigencia de sus formas como por los fines políticos que persigue.

He ahí planteada, hasta cierto punto, la diferencia del Código Civil Soviético y el de los demás países, existiendo aún otra diferencia más fundamental y es que, los códigos de los demás países—donde imperan regímenes capitalistas—están basados en la legitimidad de la propiedad y todas sus leyes se orientan en tal sentido, y en el soviético, no, a pesar de reconocer el derecho de propiedad (1). Por eso, en esencia, el Código Civil Soviético, es absolutamente antagónico a los otros. Además, esta necesidad de diferencia, aparece señalada desde la misma ordenanza del Comité Central Ejecutivo Panruso (IX Congreso) que puso en vigencia el Código Civil, cuyo artículo sexto dice:

Se prohíbe interpretar las disposiciones del Código sobre la base de las leyes de los gobiernos derrocados y de la práctica de los tribunales anteriores a la revolución.

En verdad, este Código es realmente original. Fuera de las diferencias ya apuntadas hay todavía muchas que sería extenso individualizar, necesiándose para ello un estudio reposado. Sin embargo,

(1) Art. 52. Se distinguen tres clases de Propiedad:

A) Propiedad pública (nacionalizada o municipalizada).

B) Propiedad cooperativa; y

C) Propiedad privada.

Véanse los artículos 53, 54, 57 y siguientes.

no olvidaremos una, completamente novedosa, pues es la primera vez que se intenta en trabajos de esta especie, siendo al mismo tiempo una de las cualidades sobresalientes del Código Soviético: la sencillez formal del mismo.

Es sabido que es costumbre en la redacción de los códigos—cualquiera puede comprobarlo—usar una terminología disímil del lenguaje cotidiano. Las palabras técnicas obstruyen a veces el sentido de lo que desea expresarse, llegándose a menudo a la abstracción absoluta, lo que impide hacer los códigos comprensibles a la generalidad de los individuos, debiendo ser un profesional para entenderlos. Y este es, seguramente, uno de los errores principales de los códigos no soviéticos. En el nuestro, por ejemplo, hay una disposición que obliga el conocimiento de la ley no pudiéndose alegar su ignorancia (Arts. 7 y 8) estableciéndose una presunción de derecho, en el caso de la comisión de algún delito. Y la mayoría de las veces esa ley no la entiende el que la ha violado, pues está escrita en un lenguaje saturado de tecnicismos. Por eso es encomiable el esfuerzo de los legisladores soviéticos, al haber hecho asequible los códigos a la masa. M. Lambert, refiriéndose a esto mismo, dice:

El legislador ruso ha querido que su obra sea una obra de legislación popular, no sólo por el espíritu de las disposiciones que contiene, sino también por la forma en que estas disposiciones están expresadas. Ha tratado de formularlas en lenguaje

corriente y no en una terminología técnica. La preocupación de ser comprendido por la masa es la que lo ha inducido a expresar sus voluntades en términos cuyo alcance no es siempre claramente perceptible para el jurista habituado a las fraseologías legales tradicionales.

Esta reacción contra el «esoterismo de la ciencia jurídica», contra «las fraseologías legales tradicionales», es por lo demás, natural en los códigos del Estado soviético. Un estado sostenido por los trabajadores y para los trabajadores—no olvidemos la dictadura del proletariado— debía necesariamente poner sus leyes al alcance de los mismos...

Así, en esta forma se labora, se construye en la U. R. S. S. cuyos esfuerzos por crear una nueva civilización están preocupando al resto del orbe, ya que todas las miradas convergen en el país de los bolcheviques. Unas, temerosas; otras, adversas; creciendo cada vez más el número de las esperanzadas, de los antusiastas. Luis Jiménez de Azúa, el gran penalista español, hombre independiente, insospechable de parcialidad, termina un breve y sugerente ensayo—que a su vez nos servirá para terminar este comentario—sobre el Código Penal Soviético, con las siguientes palabras:

Rusia alumbra dramáticamente un nuevo mundo. Lo que sale de su vientre embarazado no siempre es perfecto, pero al crecer se mejora y retoca. Por cima de las calumnias que a diario arrojan contra los Soviets las agencias periodísticas de

Francia e Inglaterra, vemos cuajarse el mañana. De Rusia ha de venirnos no sólo un inédito régimen político y social, sino desconocidos rumbos en la cultura y la enseñanza. Acaso el Derecho futuro se acuñe por el Soviet para ejemplo de Europa y América.

Y ante los posibles defectos de una obra de magnitud tan desmedida, el hombre imparcial debe sustituir el disparo crítico por el gesto comprensivo.—*Arturo Troncoso.*

JUANA LA LOCA, *por Luis Pfandl.*

Ludwig Pfandl es quizá uno de los hispanistas que han penetrado más medularmente en la psicología española.

Desde su retiro de Múnich, sigue con mirada escrutadora, la vida política y literaria de España (más de cien reseñas sobre libros españoles completan su bibliografía); pero su predilección se ha dirigido especialmente al siglo XVI y a la portentosa floración del genio peninsular durante el Renacimiento.

No podía escaparse a la penetración del profesor de Múnich el extraño contraste que presentan los monarcas españoles, histéricos y degenerados desde la Edad Media y la salud colectiva del pueblo español, héroe de la reconquista y próximo descubridor y conquistador del Nuevo Mundo.

En estos gérmenes de desintegración, incubados desde principios del siglo XV en la dinastía Castellana, ve Pfandl una de las causas que precipitaron a Castilla a una rápida decadencia, a fines del siglo XVI, en menos de un si-

glo de predominio de la península como gran potencia europea.

Pfandl como Vossler, como Havelock Ellis, como Aubry Bell, como Franck han llegado a desentrañar el alma oscura de la España el siglo XVI, desvaneciendo el horror de la leyenda negra, de cuyos mitos fantásticos, muchos autores europeos alimentaron la fábula de sus historias, novelas y dramas. Entre ellos, Gautier y Merimée, y sobre todo, Schiller, al dar vida con su prestigio de dramaturgo, a la figura arbitraria y anti artística de Carlos, el hijo de Felipe II y biznieto de Doña Juana la Loca.

En su libro «Introducción al siglo de oro», publicado por la Editorial Araluce en 1929, Pfandl evoca la sociedad española del siglo de oro en un panorama sintético y de gran relieve, donde no están excluidos los elementos substanciales de la nacionalidad ibera. La nobleza, la burguesía, los letrados, los militares, los campesinos, la plebe y lógicamente, las características psicológicas de ese medio: el sentimiento del honor, la religiosidad, la superstición y la moral. Como una resultante de esas modalidades o como su principio generador, el idealismo y el realismo, fundidos en una sola función espiritual.

Vuelve otra vez Pfandl, en este libro sobre Juana La Loca (1), a hablar de Carlos V y de Felipe II, pero el ambiente está observado desde otro punto de vista y con

una nueva perspectiva. Es como un agregado pintoresco y exacto a su maciza evocación del siglo de oro, en que se palpan los hechos contradictorios y los antecedentes de esta dinastía que llevó a España a la cúspide de su poderío y la arrojó después, al abismo no previsto de su decadencia.

El procedimiento para analizar cartas y documentos, tradiciones y leyendas, pertenece a eso que llama Marañón el diagnóstico retrospectivo, de tan gran utilidad en este proceso psico-patológico de los conductores de pueblos, ya que los errores de España como colectividad, democracia regida por un rey, son los errores de sus monarcas.

No es el libro de Pfandl una biografía novelada, a pesar del epígrafe desorientador «Vidas Extraordinarias», colocado por los editores al comienzo del volumen. No deforma el capricho imaginativo o la fantasía del autor, el documento o la interpretación histórica. Pfandl es un hombre de ciencia y a un equilibrado método histórico se ha sometido, al analizar la tragedia de Juana la Loca, la extraña hija de los Reyes Católicos.

Un método tan riguroso ha hecho profundamente real y humano, en su desequilibrio, a la esposa de Felipe el Hermoso.

Descúbrese en ella, aunque morbosamente, agudizados, características de la mujer española de todos los tiempos. Es claro, el lado negativo de la mujer española. Hereda el temperamento celoso y apasionado de Isabel la Católica, sin su

(1) Espasa Calpe, Madrid, 1932.

talento, como Felipe tiene, por una coincidencia curiosa, algo de la sensualidad y de la despreocupación moral de Fernando.

El libro se inicia con un cuadro animado de la vida española en el siglo XV y de la corte renovadora de don Juan II de Castilla. De la reina Isabel de Portugal, la segunda mujer de Juan II, nace según Pfandl, el primer germen de degeneración fisiológica, que se torna sombría locura en Doña Juana y va a encontrar trágico desenlace en su biznieto Carlos, a fines del siglo XVI.

Entre la bisabuela y el biznieto hay un paréntesis secular, en que España y Europa se transforman, Castilla, Aragón y Navarra se unen y predominan en la Península. Se crea la Inquisición y judíos y moriscos son expulsados de España. Mediante el fanatismo militarizado de Ignacio de Loyola, España gobierna al mundo y lo obliga a inclinarse ante la cruz.

Carlos V y Felipe II constituyen, si entiendo bien a Pfandl, los degenerados superiores de esta familia. El reverso genial de la demencia de Doña Juana, la antecesora.

La fuerza espiritual y material de la Península, fe y acción, misticismo y conquista, reside en la tenacidad inquebrantable de los monarcas del siglo de oro. España sale de España y quiere imponer a la humanidad su nuevo concepto de la vida. Este tipo del gran señor, creación de España, singular transformación de los condes y marqueses cuyos castillos roque-

ros mandó demoler Fernando el Católico y que tenían un oscuro sentido del honor. Honor que no reconocía clases sociales, porque el pícaro mismo, aun desposeído de fortuna, se consideraba tan caballero como un grande de España. La máxima favorita de los tercios era ésta: Por el honor, pon la vida; y pon las dos, la honra y la vida, por tu Dios.

Pero no es el fin del libro de Pfandl la interpretación del alma española del renacimiento, ni su influencia en la Europa de aquellos tiempos.

Carlos V y Felipe II figuran, no tanto por su importancia política, como por relacionarse con la herencia patológica de Juana y ser, en cierto modo, los salvadores de la herencia legada por los Reyes Católicos a su pueblo.

El núcleo del libro lo forma el estudio documentado de la demencia de doña Juana. Unense aquí los argumentos científicos, los detalles pintorescos y la vigorosa exposición del hispanista alemán, en cuya sensibilidad se funden armoniosamente el historiador y el artista.

Descríbese, primero, su estancia en el Castillo de La Mota, sus trágicas escenas de celos, su persistentes lavatorios de cabeza, sus obsesiones sombrías hasta la muerte repentina de Felipe el Hermoso. Destácase su apasionado erotismo como una nota grotesca, en medio de la frívola corte flamenca, adonde la condujo su destino.

Luego su pasión póstuma, peregrinando con el cadáver embalsa-

mado de su marido, a través de la llanura castellana. Los viajes nocturnos, decorados de hachones humeantes y de frailes armados y salmodiantes. La huída hacia el Oeste, a causa de la repentina aparición de la peste en Burgos.

La reina seguía la fúnebre procesión sentada en una silla de manos. De día, el féretro descansaba en las iglesias y la reina, dueña esta vez absoluta de su marido, impedía que se acercasen las mujeres al cadáver. Celos macabros y trágicos que la condujeron a detenerse sólo en los conventos de frailes, pues ni en la castidad de las monjas creía.

Se dice, y no es una observación descabellada, que Juana esperaba una súbita resurrección de Felipe. Suponíale sólo embrujado; por eso, no se apartaba de sus cercanías para estar presente cuando volviera a la vida. Morboso desequilibrio de la pasión sexual que recuerda el encuentro de ambos en un camino de Flandes al iniciarse el noviazgo y que se prolonga más allá de la muerte en una desquiciadora persistencia.

Cada día que pasa, se intensifica la agudeza de su demencia. Durante semanas no se cambia de ropa interior. Presa de súbitos arranques de furia, arroja lo que tiene a la mano a los criados que la sirven. Entonces el rey Fernando se decide a encerrarla en el castillo de Tordesillas, a orillas del Duero.

Es aquí donde Pfandl culmina como psicólogo y como escritor. El medio típico que lo circunda, su decadencia senil, la visita fría y

protocolar de Carlos, el futuro emperador, y de sus hermanos, el rapto casi policial de la hijita menor, que se consume en el castillo, víctima de la caprichosa variabilidad de la enferma, están descritos con sobria maestría y vigorosa realidad.

España asciende a la cima del poderío militar y colonial, a pesar de la degeneración de su reina, enterrada viva en el torreón del Duero.

Sin embargo, como un signo del porvenir, la pobre loca prolonga melancólicamente su vida de reclusa hasta la entrada del siglo XVI y su muerte viene a coincidir, por una casualidad, trágica, con la infancia de Carlos, su biznieto, símbolo repulsivo de la decadencia de los Haspburgos y de España misma.—*Mariano Latorre.*

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFÍA DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA, por *Guillermo Feliú Cruz.*

Concienzudamente elaborado y primorosamente impreso en la Imprenta de la Universidad (1) ha aparecido este tomo, dedicado por el autor a completar, aunque no en forma definitiva, la bibliografía del desaparecido polígrafo chileno. Contiene esta bibliografía ciento uno títulos nuevos, que agregados a los 226 catalogados ya por Chiappa en su *Epítome de las publicaciones*

(1) Buenos Aires, 1931.

de don José Toribio Medina (Santiago de Chile, 1914) y a los 81 que el mismo Feliú agregó en su *Catálogo de las publicaciones de don José Toribio Medina (1873-1914) por Víctor M. Chiappa. Continuado hasta el día y seguido de una bio-bibliografía por Guillermo Feliú Cruz* (Santiago de Chile, 1924), completan un total de 408. De estos 408, diez y seis se refieren a las obras póstumas de don José Toribio Medina.

...digo que esta bibliografía no es completa. Dentro de poco, y por petición de la Universidad de Chile, tomaré a mi cargo la edición de las obras póstumas de Medina y entonces, cuando escriba su vida, que irá precedida de una bibliografía y bio-bibliografía crítica, se tendrá en definitiva reunido el acervo de su increíble y portentosa labor. (*Introducción*, página X).

Ameno, divertidísimo a veces, interesante siempre, este libro de Feliú Cruz se lee con agrado. El ha sabido agregar a la aridez de este género de trabajos, lo que en ellos ha estado casi siempre ausente: el interés general, no meramente bibliográfico, es decir, el detalle histórico, la anécdota, la nota crítica acertada, el comentario oportuno, que logran despertar en el lector reacciones que lo animan y lo distraen de la pesadez de las descripciones a secas. Ha realizado lo que pedía y deseaba don Alejandro Fuenzalida Grandón en el artículo que Feliú Cruz reproduce en este libro (páginas 28-31).:

Convengo, sí, especialmente en que el género bibliográfico es más

para consultado que para leído. Si el bibliógrafo se contenta con la mera enunciación de los títulos de las obras, contando sólo sus páginas y dando las señales externas que son de rigor, al común de los lectores le suena aquello como cosa de nicho de cementerio: un nombre, una cifra, una fecha, y nada más... Pero, en cambio, si de vez en cuando, se allega aquí un dato peregrino, allá un fugaz comentario, acullá una referencia oportuna, el bibliógrafo habrá logrado infundir en su trabajo cierto solaz de vida comunicativa, como lo proporcionaron otrora las agudas anotaciones de Menéndez Pelayo en sus libros sobre bibliografía hispanoamericana....

Es así como, este libro, que por su carácter y al haber sido hecho por un erudito sin aire, hubiera resultado manjar de unos pocos bibliómanos, presenta un atractivo pocas veces visto y gustado en este género de publicaciones. Hay por ahí páginas deliciosas, como aquellas en que Feliú Cruz glosa la polémica a que dió origen la publicación de un libro de don José Toribio. Nos referimos al *Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispanoamericanos*. (Buenos Aires, 1925).

...un señor Victorica, notario, envidioso de las ajenas glorias, se propuso completar la tarea de Medina—noble empeño, sin duda—pero no desinteresadamente como ocurre con los que hacen del cultivo de la ciencia verdadero apostolado...

Victorica contestó al libro de Medina con otro titulado: *Errores y Omisiones del Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispanoamericanos de José Toribio Medina*.

(Buenos Aires, 1928). Feliú Cruz replicó a esta publicación con un estudio titulado: *Una crítica injusta al Diccionario de Anónimos y Seudónimos de Medina* (*Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, N.º 40. Buenos Aires, abril-junio de 1929).

Victorica, ni corto ni perezoso, retrucó con una andanada de insultos, ya enfurecido: *Una crítica intonsa a otra mal reputada injusta* (*Gaceta del Foro*, Buenos Aires, 1929). Y metido ya en las vías de hecho, agregó a este escrito la publicación de un nuevo libro destinado a defenderse y a atacar a Medina y su defensor: *Nueva Epantortosis al Diccionario de Anónimos y Seudónimos de José Toribio Medina* (Buenos Aires, 1929), en el cual libro trata a Medina de *tipómano*.

Tocado a fondo, Feliú Cruz replicó con una: *Segunda advertencia a un Criticastro de mala ley* (*Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, Buenos Aires, 1929). Terció entonces don Emilio Ravignani, a quien atacaba también el atrabiliario crítico, con un artículo titulado *Por la verdad y la ética científica* (*Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, Buenos Aires, 1929). Y el *enfermizo crítico* (palabras de Feliú Cruz), que por lo visto se reía de la verdad y la ética científicas, contestó a todos con un articulejo titulado: *Verdades que levantan roncha. Belitres enfurecidos*. (*Gaceta del Foro*, Buenos Aires, 1930).

Epilogó esta discusión un artículo de Ricardo Donoso, cuyo título

es un verdadero hallazgo: *Trifurcas entre eruditos* (*El Mercurio*, Santiago de Chile, 1930).

Estas páginas del libro de Feliú Cruz son en realidad deliciosas, Junto a estas hay otras muchas, de variada índole, ya histórica, ya literaria, ya bibliográfica, que en conjunto hacen de este libro un ejemplo de buen gusto y de delicado espíritu.—*Manuel Rojas*.

VIAJES

CÓMO ESTÁ RUSIA, por *Liam O'Flaherty*.

Un hermoso prólogo de Antonio Marichalar abre este libro. Este prólogo era necesario, Son pocos los que conocen a Liam O'Flaherty en castellano y poquísimos los que tienen una idea cabal del carácter y temperamento de este original escritor irlandés. Su obra no ha sido apreciada todavía por el gran público y sólo los espíritus curiosos, que andan la caza de novedades, han logrado captar la belleza de sus páginas. Su primer libro, *El delator*, dejó ver ya la calidad de su obra. Siguió *Dos años*, especie de autobiografía, libro delicioso de humorismo. Y ahora este (1).

En la mañana del día 23 de abril de 1930 salí para Moscou en un barco soviético a fin de reunir datos para un libro sobre el bolchevismo. Me duele reconocerlo, pero es la verdad. Empeñé el viaje para unirme a la gran horda de mentiro-

(1) Espasa Calpe. Madrid, 1932.

sos, sinvergüenzas y desmañados torpes que durante los diez años últimos han inundado el mercado universal de libros acerca de los bolcheviques. Estaba acostumbrado a viajar decorosamente por distintas partes del mundo, con el único objeto de respirar, pasearme, descansar, sentarme, comer, beber y amar; pero nunca había tenido el propósito de curiosear edificios extraños o gentes raras, ni de recoger para Sociedades culturales o periódicos información acerca de costumbres distintas de las nuestras.

Después de leer este párrafo, el lector presume lo que sucederá. Y lo que sucede es que en el libro de Liam O'Flaherty Rusia queda relegada a segunda parte, pues el escritor habla más de sí mismo que de los demás. El libro debería llamarse *Liam O'Flaherty en Rusia* o *Rusia a través del temperamento de Liam O'Flaherty*, títulos que seguramente sería más exactos que el que tiene. El autor procede por las reacciones que la visión o el pensamiento de esto o de aquello despiertan en su humor, humor excesivamente variable, apasionado y sentimental a veces hasta el extremo de parecer ingenuo. Tan pronto el autor se siente bolchevique y piensa quedarse en Rusia para trabajar por el advenimiento de la sociedad que sueñan los rojos, como piensa en irse a su casa y abandonar un pueblo en que unos pocos quieren levantar, sobre la vida y la fatiga de

las masas, una sociedad de igualdad que a él repugna. El temperamento de Liam O'Flaherty tiene tres tonos: el humorista, el apasionado y el sarcástico y estos tres tonos nunca suenan al unísono, mezclando sus diferentes gradaciones para hacer un todo armónico, no; suenan siempre por separado y según sea el estado de ánimo del escritor. Es lo que advierte muy sagazmente Marichalar en el prólogo:

O'Flaherty es un aventurero, un trotamundos cínico, desenfadado. Pero una vez en Rusia, hace lo opuesto de lo que ha ofrecido: empieza por apasionarse, unas veces en pro, otras en contra. Captando así ambas notas, la aguda y la grave, O'Flaherty acabará por dar una constante de autenticidad a su reportaje. Su libro es fiel por que no está animado de eso que en Rusia llaman, peyorativamente, «objetividad menchevique», sino por una última lealtad a sí mismo, que es la que enfervoriza a su raza.... O'Flaherty al ir a Rusia se tenía por comunista; sus libros se estaban editando por el Gobierno soviético. No era, pues, menchevique. Pero bolchevique tampoco. Era irlandés, y esto es lo que importa. Esto hace que su libro aparezca sincero, libre, espontáneo, arrebatado.

En realidad, es un libro literario más que otra cosa, un espléndido viaje a través de un temperamento casi primitivo.—M. R.

GLOSARIO

LA formación de una sociedad de escritores es una tarea llena de dificultades. Porque lo importante es no constituir una sociedad más, en la que presida un directorio compuesto de cuatro o más personas, sino formarla para que su destino se prolongue más allá de las circunstancias efímeras del momento. Importa prescindir de muchos prejuicios de escuela, olvidar las odiosidades, dejar de mano las arrogancias o los orgullos, a menudo, inconsistentes. Los que han asistido a la gestación de la *Sociedad de Escritores*, de reciente fundación, comprenden esto que decimos y conocen además las dificultades que ha sido preciso vencer y las susceptibilidades que ha sido necesario borrar para seguir adelante sin renunciar a la tarea.

El ambiente literario de Chile—creemos que es igual al de otros países hispanoamericanos—no es propicio a la formación de sociedades de esta naturaleza. Es más fácil la formación de grupos que se hacen la guerra. Suele ocurrir que tales grupos están apenas formados por tres o cuatro escritores; otros lo están por... uno solo. El individualismo agresivo de que siempre hemos dado muestra, alcanza no sólo a las organizaciones políticas, en las que todos aspiran a ser jefes, sino también a las organizaciones de carácter social. Las literarias no podían escapar a la regla. Decimos esto, porque para muchos, La Sociedad de Escritores, les resultaba un grupo más y no querían, por tanto, pertenecer a ella. Un error que felizmente ha sido eliminado después de conocer las finalidades de la Sociedad misma y el crecido número de adherentes.

Lo cierto es que en ningún momento es más urgente que ahora la unión de los escritores. Por encima de las escuelas y de las tendencias individuales, literarias, en las que la Sociedad no tiene ingerencia alguna, hay la suprema realidad de un destino común y de una defensa común frente a la incomprensión y a la hosti-

lidad del ambiente. Nunca ha existido en Chile, respeto por el escritor. Y no porque el escritor no fuera digno de él, sino porque la dispersión y el desconocimiento en que han vivido, unos respecto de otros, ha permitido la difusión de la especie de que el escritor era incapaz de realizar el ideal de la unión. En todas partes han sido desnucidos y explotados. Se les ha marcado con los más pintorescos nombres. Se ha hecho mofa de ellos. Se les ha desconocido en su labor. No debemos olvidar que más de alguno, ha llevado su vida, con prescindencia de toda dignidad; pero esos no formaban la mayoría. El burgués no analiza, no examina el fondo de las cosas. Por esto mismo ha hecho pagar a justos por pecadores. . . Y esto lo saben de sobra los escritores chilenos. La Sociedad de Escritores quiere, ante todo, la defensa del escritor contra una sociedad utilitaria y troglodita que nunca ha querido saber nada del esfuerzo intelectual. Quiere que la profesión de las letras, profesión heroica, sea enaltecida y reconocida en toda su admirable grandeza. En Chile o mejor en América, el que toma una pluma en su mano, con la seriedad que el acto requiere y no para comerciar, se convierte en un santo o en un mártir. Esta es la verdad.

Por eso la tarea que *La Sociedad de Escritores* ha echado sobre sus hombros es digna de aplauso. No es tarea sencilla. Debe luchar contra los prejuicios de muchos de los escritores, primero y luego con los obstáculos que el medio colocará inevitablemente en su camino. Pero lleva como divisa, propósitos sinceros de cooperación, de defensa, de enaltecimiento, de solidaridad. Y esto basta para dar energía a tan bella empresa.



EL Suplemento semanal de *El Tiempo* de Bogotá ha consagrado, como homenaje, un número íntegro a Baldomero Sanín Cano, el ensayista más considerable de América hispana. La aparición del libro *Crítica y Arte*, colección de brillantes ensayos, justifica tal homenaje. La figura de Sanín Cano rebalsó desde hace tiempo las fronteras de su patria. Y es que en el escritor colombiano no se da como en otras mentalidades americanas, el fenómeno del estancamiento. En Sanín Cano hay una juventud permanente que le permite recorrer todos los climas espirituales y abordar todas las materias con un vigor siempre mozo. Sorprenden en él, además, la universalidad de los conocimientos, su profundo sentido de la cultura, que le ha permitido trazar ensayos de la magnitud de los consagrados a

Bernard Shaw e Ibsen, y un dominio perfecto de las ideas. En el libro que ha motivado el justiciero homenaje de El Suplemento de El Tiempo de Bogotá se han reunido, entre otros y fuera de los dos nombrados, los siguientes ensayos: *Aldous Huxley o la idolatría de la vida*; *Eugenio O'Neil o el predestinado*; *Fray Luis de León o el lirismo judaico*; *Miguel Cané o los hombres que hicieron Argentina*; *Guillermo Valencia o el Modernismo*, etc. En la segunda parte, ensayos cuyo título sólo es ya una magnífica definición: *Existe una literatura hispanoamericana?* *Nuevos rumbos de la biografía*; *Una Gran aventura: el Arte*; *La conciencia de una raza*, etc.

Por su parte, en el prólogo del Suplemento, se sintetiza de este modo la figura literaria del célebre ensayista:

«La cultura de Sanín Cano da la impresión casi física del Amazonas. A ella convergen, con el fácil y poderoso rodar de los ríos, no solamente el más copioso volumen de conocimientos estéticos y filosóficos, de lecturas prolijas y de reactivos mentales de la mayor audacia, sino también el aporte riquísimo de un temperamento de excepción que realiza en el Trópico la diversidad climática de las zonas templadas».

Firman los artículos de este Suplemento, escritores de la importancia de Pedro Henríquez Ureña, Jaime Barrera, Leopoldo Gil, Max Grillo, Alberto Gerchunoff, Francisco Contreras, Roberto F. Giusti, Felipe Lleras, Luis Araquistain, etc.



LA Misión del Escritor es un tópico de trascendental interés que apasiona hoy a todos los espíritus. ¿Debe el escritor ser un Narciso en permanente onanismo cerebral, mirándose vivir, sintiéndose genio porque ha perjeñado dos o tres cosillas con olor a colonia o jabón de rosas o debe penetrar en la corriente tumultuosa del tiempo y tomar la posición que corresponde a los 'hombres y no a los muñecos?

El Presidente de la Sociedad de Escritores Orientalistas, J. C. Mardrus pronunció no hace mucho en París en un banquete de escritores un discurso en el que puntualizó algunos de los aspectos de la misión del escritor. Dijo entre otras cosas:

«Sé que esta palabra—«revolucionario» había expresado en un acápite anterior—tan usada corre el peligro de servir de espantajo en ciertos medios; se que los que están a ración de la inteligencia, los precarios del entendimiento, se pasan repitiendo que el espíritu revolucionario es poco favorable al desarrollo del arte, a la expansión de las bellas letras y del humanismo, a la creación de obras maestras. Pero la historia nos prueba que el genio alcanza su

plenitud en la tempestad. Una de las épocas más violentas, el Renacimiento, vió florecer los grandes príncipes del espíritu: un Dante, un Shakespeare, un Leonardo, un Ariosto, un Montaigne, un Camoens, un Galileo, un Cervantes, un Erasmo, un Copernico y tantos otros, mientras el saqueo de Roma no hacía ni temblar las manos divinas de Miguel Angel. Poco más tarde nuestro Descartes meditaba su inmortal método bajo el vivac y en los campos, en medio de los azares de una vida aventurera. Es sabido asimismo, que durante la más fina civilización de nuestro orbe, el estado habitual de la antigua Atenas era el terror. La seguridad de los ciudadanos era bastante problemática y los más eminentes, a la menor denuncia eran llevados ante el más cruel de los tribunales demagógicos. Sócrates era condenado a beber la cicuta y Platón era vendido como esclavo en Siracusa. Y mientras fuera amenazaba el enemigo y se encendía la guerra civil, el demiurgo Esquilo recreaba el mundo mediterráneo, Fidias infundía vida a su Minerva, Praxiteles immortalizaba la sonrisa de Afrodita, los arquitectos ponían el último toque a la indestructible Acrópolis.

Los escritores padecerían una incurable estupidez si creyeran en el régimen de la olla llena, régimen de una intolerable vulgaridad. La quietud beata de la burguesía ha resultado mortal para la civilización. Termina ahora con la quiebra de los fetiches consagrados. Es por eso que debemos instaurar profundamente en los corazones el *espíritu revolucionario moderno* que no es, según la creencia de los simples, un complejo de motines sangrientos, de violencias, de incendios, de pavimentos levantados, de gases asfixiantes. A nosotros, escritores modernos, que aceptamos libremente la severa disciplina del trabajo con la pluma bien llevada, nos incumbe reemplazar una organización en estado de carencia por un orden nuevo científicamente establecido sobre bases de solidaridad y de cooperación universal.

No se nos oculta que vamos contra los mezquinos intereses de meros lacayos de la pluma que se pretenden escritores y no son más que dueños de casa, candidatos a la Academia, cazadores de condecoraciones, adulones de Ministros y parlamentarios. No nos preocupan. No es hora de vacilaciones, pues el tiempo de un mundo agónico ha comenzado».

Palabras, cuya profunda intención no tenemos para qué recalcar en esta América del conformismo y del asalto al presupuesto. . . .



PARA nuestro próximo número anunciamos un interesante ensayo de nuestro colaborador Ricardo A. Latcham sobre la obra del escritor Alberto Edwards, de cuyo sensible fallecimiento dimos ya cuenta en ATENEA. Latcham ha rastreado la obra del que se llamó a sí mismo «*El último pelucón*», con penetrante espíritu crítico y podemos anticipar que este trabajo será una de las buenas contribuciones al estudio de la interesante personalidad de Alberto Edwards.—M.

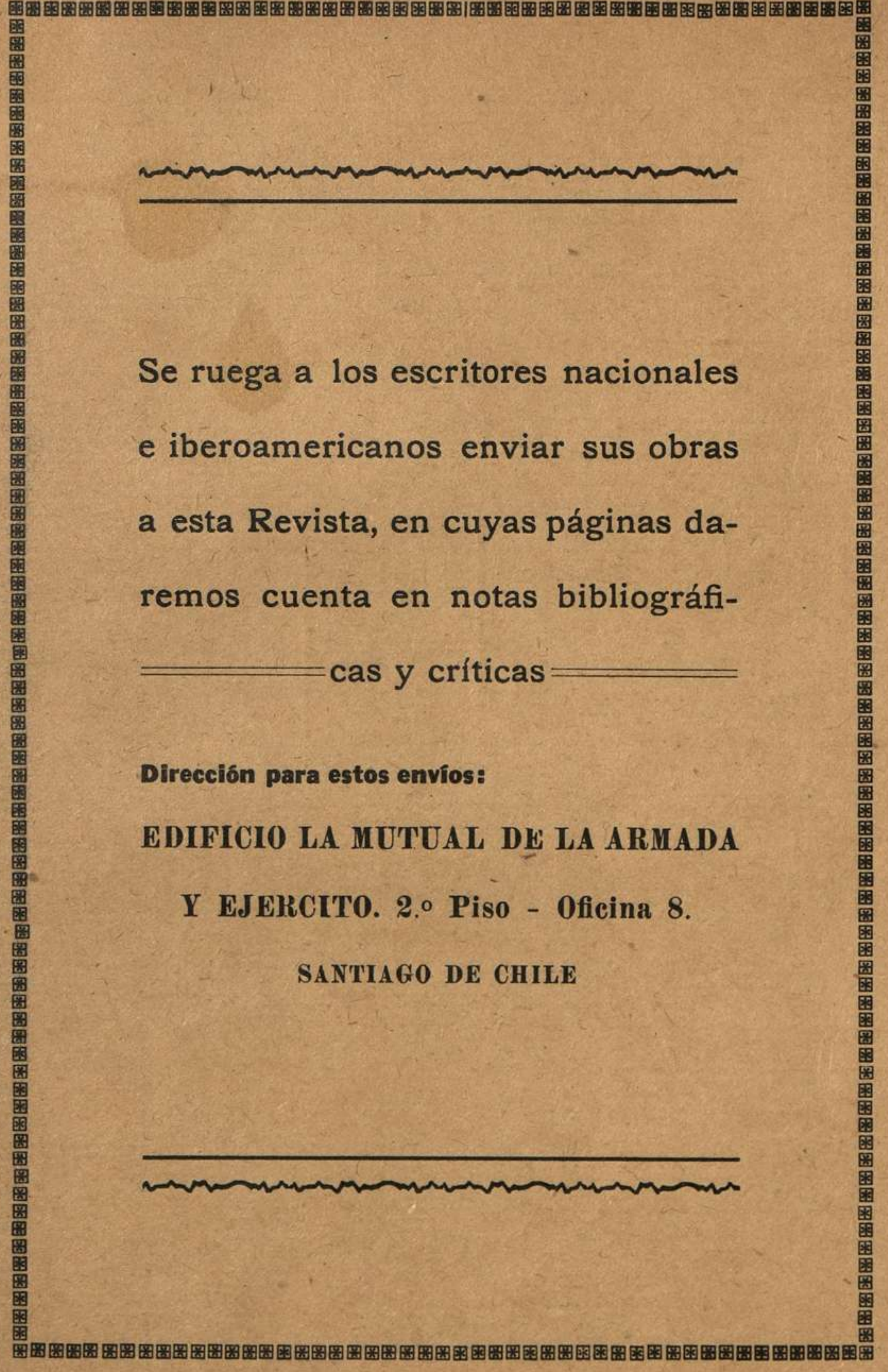
INDICE

TOMO XIX DE ATENEA CORRESPONDIENTE A
ENERO, FEBRERO Y MARZO DE 1932

	<u>Págs.</u>
RICARDO E. LATCHAM.	La colonización de nuestros campos 1
ILDEFONSO PEREDA VALDÉS ...	Elegía a Aquiles Claudio Debussy. . 18
AUGUSTO D'HALMAR.	El Poeta Nacional. 21
HÉCTOR FUENZALIDA.	Cuento de Verano (I). 31
R. BLANCO FOMBONA.	La República Española entres actos. 46
SERGIO ATRIA.	Vida de Pablo Gauguin. 49
HANS KARL FLUGEL.	La Psicología de los trajes. 55
HENRY BARBUSSE.	Taine teórico de la literatura mo- derna. 59
J. SANTOS CHOCANO.	El latifundio en nuestra América y el problema de la desocupación. .. 62
E. GALLARDO NIETO.	Generalidades sobre la educación primaria en el Japón. 72
LOS LIBROS. (Crítica). La Asonada, novela mexicana por JOSÉ MAN- CISIDOR: C. P. S.—Hilvan, novela por JULIO VERDIÉ: C. P. S.—Re- pistas, cuentos por JOSÉ DE LA CUADRA: GUILLERMO KOENENCAMPF.— Un Escritor Ruso, Vsevelod Ivanov: DOMINGO MELFI.—Panorama de la Literatura Chilena durante el Siglo XX, por ALONE: RICARDO A. LATCHAM.—Réplica a una crítica: FRANCISCO CONTRERAS.—La clase, apuntes por EDUARDO DE SALTERAIN y HERRERA: ARTURO TRONCOSO.—En memoria de Armando Ulloa: CARLOS VATTIER.— Desamor, versos por JULES REMEMBER: P. S.—Encuentro en el allá seguro, por WALLY ZENNER: CARLOS PRÉNDEZ S.—Rubén Darío. Casticismo y Americanismo, por A. TORRES RÍOSECO: RAUL SILVA CASTRO. 77	
GLOSARIO.	98
RICARDO A. LATCHAM.	Litton Strachey. 101
MARIANO AZUELA.	El que la Debe. 108
ARTURO TORRES RÍOSECO.	Romance a Talca. 122
PAUL MORAND.	El Tío Sam tiene sed y hambre. . . . 126
HÉCTOR FUENZALIDA.	Cuento de Verano (II). 138
ALFONSO ESCUDERO.	Tres Ratos con el autor de <i>UN HEURE AVEC</i> 151

	Págs.
DOMINGO MELFI.	161
MARIO ANTONIOLETTI.	165
JORGE PINOCHET E.	173
LOS LIBROS. (Crítica). Panorama de la Literatura Chilena en el siglo XX, por ALONE: RAÚL SILVA CASTRO.—Ensayos de un excéptico, por BERTRAND RUSSEL: M. R.—Bajo el Signo de Clío, por RICARDO BAEZA: MILTON ROSSEL.—Imagen, versos por FERNANDO DIEZ DE MEDINA; El niño que quiere tener alas, versos por ESTRELLA JULIO; Mirras, versos por HORACIO ZÚÑIGA y Los Nocturnos del Fuego, versos por SARAH BOLLO: P. S.—Línea del Alba, poemas por JUVENAL ORTÍZ SARALEGUI: GUILLERMO KOENENKAMPF.—El Séptimo Camarada, novela por BORIS LAURENEV: JUAN URIBE ECHEVERRÍA.—Carnalavaca, novela de las tierras rojas, por ANDRÉS GARAFULIC: RICARDO A. LATCHAM.—Dos Años, por LIAM O'FLAHERTY: M. R.—Mujeres y Frailes, por J. KALINIKOV: M. R.—En el País de Lenin, por EUGENIO ORREGO V.: RICARDO A. LATCHAM.	179
GLOSARIO.	201
REDACCIÓN.	205
JUAN W. GOETHE.	208
MARIANO PICÓN SALAS	224
ERNESTO MONTENEGRO.	232
P. STAFFER.	245
JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS.	251
HÉCTOR FUENZALIDA.	256
FRANZ WERFEL.	265
MANUEL UGARTE.	274
CARLOS PEREYRA.	278
LOS LIBROS. (Crítica). Rectificación de la República, por J. ORTEGA Y GASSET: MILTON ROSSEL.—Historia del I año de la revolución rusa, por VÍCTOR SERGE: M. R.—Un Panorama político del Mundo: DOMINGO MELFI.—Técnica del golpe de Estado, por CURZIO MALAÉPARTE: E. G.—Dantón, por JAQUES ROUJON: MILTON ROSSEL.—Magda Aguilar, novela por DELIE ROUGE: CARLOS VATTIER.—Saint Saturnin, novela por JEAN SCHLUMBERGER V.—Cortesana de Día, novela por JOSÉ KESSEL: E. G. R.—Sol de Otoño, novela por RUPERTO MURILLO: CARLOS VATTIER.—La mariscala, por JUAN MARIO MAGALLANES: P. S.—Rosas de Cera, poemas por YOLANDA REYES: C. VATTIER.—Río de Janeiro, poemas de GASTÓN FIGUEIRA; Línea del Alba, poemas por JUVENAL ORTÍZ y Poemas Automáticos por MANUEL A. AGUIRRE: P. S.—La Conquista de la Felicidad, por BERTRAND RUSSEL: MANUEL ROJAS.—Los Caminos de la Libertad, por BERTRAND RUSSEL: M. ROJAS.	282
Alberto Edwards, necrología, por M.	302
GLOSARIO.	305

Nota.—En próximas entregas daremos los índices correspondientes a los tomos XVII y XVIII.



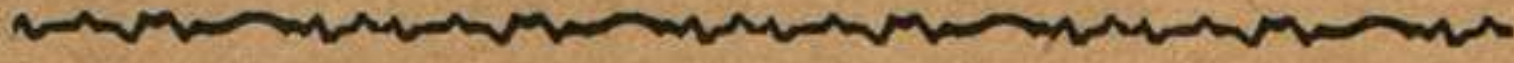
Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA

Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.

SANTIAGO DE CHILE





DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago

